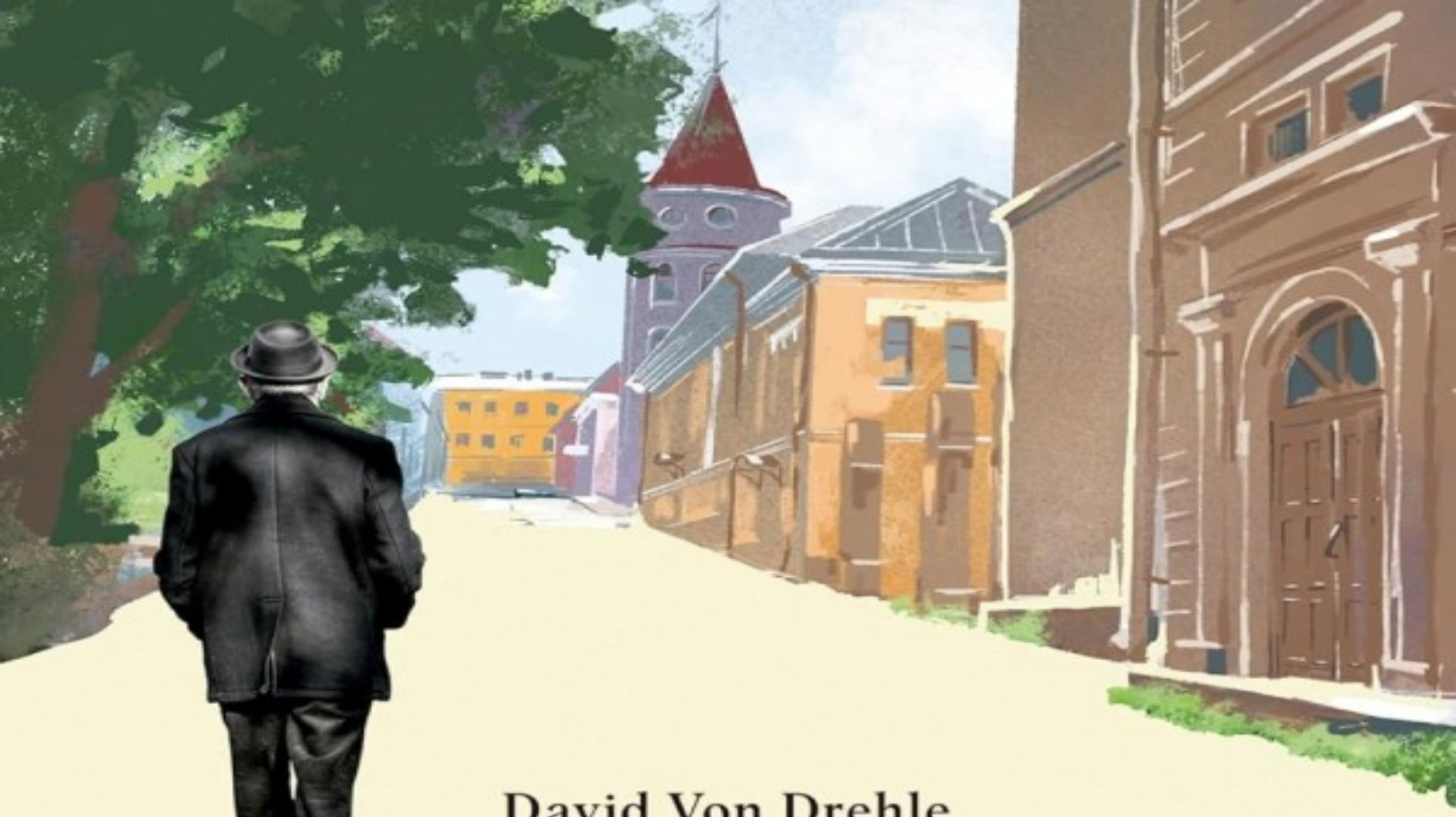


David Von Drehle

Lo que aprendí sobre la felicidad

LECCIONES DE VIDA DE MI VECINO DE 102 AÑOS

MAEVA

Si tienes un club de lectura
o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás
guías de lectura de algunos de nuestros títulos
http://www.maeva.es/guias-lectura

Índice

Cubierta
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Agradecimientos
Créditos
Notas

Para Robert D. Richardson Jr. Bob
1934-2020 Maestro, capitán y amigo

Uno

Cuando mis hijos eran pequeños, me sentaba cada noche con una linterna en el suelo del pasillo, delante de sus cuartos, y les leía novelas para niños. Leímos miles de páginas de *Harry Potter*, y conocimos Narnia con los niños Pevensie. Devoramos los *Diarios de Greg* y releímos varios tomos de *Catastróficas desdichas*. Por supuesto, también volvimos en más de una ocasión a la granja de los Arable, donde se urdían milagros en *La telaraña de Carlota*.

Disfruté muchos años de un público de oyentes entregados, pero cuando los niños empezaron a desarrollar sus propios intereses supe que se estaba terminando nuestro tiempo en común. Pronto tendrían exámenes finales para los que estudiar, y novios y novias con quienes hablar por FaceTime, y Netflix que ver hasta altas horas de la noche. El momento que temía llegó tras leer la página final de otra aventura de *Peter y los cazadores de estrellas*. La mediana de mis hijas propuso que suspendiéramos de forma indefinida nuestras lecturas nocturnas, y los otros se mostraron de acuerdo (más deprisa de lo que me hubiera gustado).

Algo antes del final de esas lecturas, los niños se enteraron de que papá era una especie de escritor, así que empezaron a pedirme que les escribiera un libro, uno que pudiera leerles en voz alta, a oscuras y con mi linterna. Yo tenía muchas ganas de cumplir, de sacarme de

la chistera un relato tan estimulante como divertido, una historia de jóvenes sobrados de valor y de recursos que se abrieran camino por un mundo lleno de maravillas y peligros. Pero mis intentos de escribir una novela infantil siempre fallaban en algo, y poco a poco me di cuenta de que mi época de lector llegaría a su fin sin haber satisfecho su deseo, y de que mi incapacidad de brindarles un relato adecuado acabaría sumándose al catálogo de decepciones que se llevarían de mí como padre. Los padres, para no dar nunca pie a sus hijos de llevarse una desilusión, siempre esperan ser tan excepcionales como son capaces de imaginárselos sus vástagos gracias a su inocencia. Puede que algunos lo consigan. En mi caso, maduraron y, percatándose de las carencias del suyo, desistieron de pedir un libro escrito solo para ellos.

Y sin embargo, aquí está.

No es el que esperaban, cierto. Las siguientes páginas son una sucesión de hazañas, peligros, tragedias y momentos cómicos, pero en ningún momento aparecen castillos o barcos piratas. Por no haber, ni siquiera hay efusiones amorosas en exceso. Pese a no carecer de un gran atractivo, el protagonista no es un héroe, y menos aún un superhéroe. En este libro brillan por su ausencia los magos, los huérfanos que resuelven crímenes, los viajes en el tiempo y las arañas con el don de la empatía y del lenguaje. No es el libro que me pidieron. Creo, sin embargo, que es un libro que necesitarán.

Y lo es porque habla de sobrevivir, e incluso prosperar, frente a las adversidades y los cambios revolucionarios. Los niños de hoy en día tienen por delante una vorágine de cambios, algunos previsibles y otros que llegarán con tanta brusquedad como una pandemia

mundial. Mi previsión es que los coches sin conductor y los robots que dan conversación serán solo el principio, las primeras y suaves ráfagas de viento de una tempestad. Porque los coches y los robots entran en la categoría de los artefactos, los inventos cuya evolución no cambia necesariamente el mundo. A fin de cuentas, mi generación se hizo mayor en la época de los transistores y las pantallas Trinitron de diecinueve pulgadas. Ahora tenemos Spotify y televisores UHD de ochenta y cinco pulgadas, pero seguimos escuchando música con aparatos que se activan con la mano, y viendo películas en dos dimensiones a través de una pantalla de cristal.

Los cambios revolucionarios son otra cosa. Las revoluciones tienen la capacidad de rehacer sociedades, culturas, economías y sistemas políticos. Basta con analizar la imprenta de Gutenberg: antes de su aparición, la mayoría de la gente no tenía por qué estar alfabetizada; la información viajaba de manera lenta y poco fiable, de boca en boca o en manuscritos copiados a mano, y el saber se acumulaba muy despacio, porque la gente solo sabía lo que podía aprender de sus mayores, dentro de la familia o en el pueblo. Gracias a la imprenta, por primera vez se hizo posible establecer contactos baratos y eficaces entre personas separadas por grandes distancias, físicas e incluso temporales. Las repercusiones fueron extraordinarias: la Reforma, la Ilustración, las revoluciones científica e industrial, el ascenso de la democracia y de los mercados libres, el final de la esclavitud legal y la era de las exploraciones, incluida la del espacio. Todo ello lo hizo posible la imprenta. Si los tipos móviles —simples bloques de madera y piezas de plomo— podían tener esos efectos, ¿qué cambios no comportará una revolución que pone en la

palma de la mano, de cualquier mano, todas las bibliotecas y los idiomas del mundo, y que confiere a todo ser humano el poder de la comunicación de masas?

También la esencia del trabajo está cambiando a medida que la productividad mundial deriva cada vez más de la interacción entre personas y ordenadores. La historia nos enseña que las revoluciones laborales dejan siempre una estela de grandes trastornos. El paso de la caza y la recolección a la agricultura convirtió un mundo de tribus y nómadas en otro de ciudades, estados, naciones e imperios. No hay lugar donde la agricultura de subsistencia se haya visto sustituida por la industrialización y las economías de mercado sin que la cultura haya experimentado un vuelco radical. El mundo feudal de los reyes y los zares dejó paso a un mundo mecanizado de finanzas y de burocracia. Para algunos, este nuevo mundo se caracterizaba por la alienación y los conflictos; para otros, en cambio, era campo abonado para la libertad y las aspiraciones personales. Para las mujeres, por ejemplo, fue una liberación poder tener menos hijos. Así podían vivir más, y tenían más tiempo para pensar; no solo eso, sino que los hijos que tenían estaban mejor alimentados y no les esperaban trabajos tan penosos. Vivir más se tradujo en tener tiempo para una educación que, a su vez, enseñaba a la gente a soñar. Aunque en la actualidad demos por hecho que los padres siempre han albergado la esperanza de un futuro mejor para sus hijos, durante la mayor parte de la historia humana la expectativa de los progenitores era que sus vástagos tuvieran vidas tan zafias y breves como ellos. El destino estaba marcado por la cuna, bien se tratara de un palacio o una choza.

Yo creo que de la revolución digital ya han empezado a derivarse efectos tan drásticos y de tan gran alcance como de las anteriores. La fuerza subversiva de las redes sociales está transformando la política. A nuestras fuentes de noticias e información —que es de donde mana la conversación cívica— se les están saltando las costuras a causa del poder de elección entre infinitas opciones. Los cotillas algorítmicos y los bares de solteros virtuales están reformulando los rituales de emparejamiento. Se están viendo socavadas las instituciones y hay toda una serie de peligros que han pasado de estar muy acotados a adquirir dimensiones mundiales, desde el terrorismo hasta los nuevos virus.

Los padres quieren dar a sus hijos las herramientas necesarias para triunfar en la vida, pero el mundo al que llegan estos nuevos ciudadanos es tan raro, tan imprevisible, que siempre existe el miedo de que lo que hoy es una herramienta se convierta mañana en una carga. Solo faltaría que nuestros consejos los llevaran por mal camino.

Como testigo de la creciente magnitud de la revolución digital, se me ha despertado el temor de no saber bastante sobre el cambio para servirles de ayuda a mis hijos. Lo conozco a nivel de inventos, de aparatos, pero lo he visto bastante poco a escala de toda una cultura y una sociedad. Por muy impresionado que me hayan dejado mil y un prodigios tecnológicos, mi vida tampoco ha sido tan distinta de la que tuvieron mis padres.

Cuando ellos eran pequeños, acababa de nacer la radio, y yo la he visto escindirse en emisión convencional, emisión por satélite y *streaming* por internet, pero tanto mis padres como yo hemos vivido en la época de la radio. Lo mismo se podría decir de los aviones, los

periódicos, los motores de combustión interna, las cadenas de televisión, el bipartidismo estadounidense, la «medicina moderna» y un largo etcétera de categorías que han proporcionado estabilidad a nuestra vida, a pesar de las sorpresas de los nuevos inventos. Es muy posible, en cambio, que durante la vida de mis hijos se produzca la sustitución de unas categorías por otras.

Me di cuenta de que, para buscarles un modelo, un explorador, alguien que surfeara de verdad en el mar del cambio, tenía que retroceder una o dos generaciones más. Tenía que remontarme a los últimos años del pasado agrícola, esos momentos en que la gente de clase media vivía sin electricidad ni agua corriente, en que los seres humanos no volaban ni existían los antibióticos. Necesitaba encontrar a alguien cuyos primeros pasos en la vida pudieran haber sido reconocibles para campesinos de la época de Napoleón o de Leonardo da Vinci; alguien de ese mundo en que había muchísimos más carros de caballos que automóviles, en que no había imágenes en movimiento, pero sí reyes que regían imperios.

Un estadounidense que, habiendo nacido en los primeros años del siglo XX, hubiera logrado vivir hasta la década de los 2000, tendría un pie en la época de las bestias de tiro y la difteria —cuando solo el 6 % de sus compatriotas terminaban los estudios secundarios— y el otro en la de las estaciones espaciales y la cirugía robótica. Sería una persona que habría hecho el viaje desde *El nacimiento de una nación** hasta Barack Obama, desde la prohibición del voto femenino a la presencia de mujeres al frente de países y grandes compañías, desde los encuentros parroquiales en que los vecinos se llevaban la comida hasta el frenesí dominical de los partidos de fútbol americano, donde cualquier jugada que destaque se repite al

momento en pantallas tan altas como edificios de cinco pisos. Cuando nació esa persona, nadie había tocado aún ninguno de los polos de la Tierra, ni tampoco el Everest, pero su vida fue tan larga que llegó a ver pisadas en la luna.

Los que nacieron en los primeros años del siglo XX y llegaron a edades muy avanzadas fueron testigos de cómo se desmoronaban y resurgían con nuevas formas sus lugares de trabajo y culto, y también sus familias y costumbres. Llegaron al mundo justo cuando a la historia, por decirlo en palabras del historiador estadounidense Henry Adams, «le partía el cuello la súbita irrupción de fuerzas completamente nuevas», y conocieron de primera mano el vaivén de consecuencias en que todo aquello se tradujo. ¿Qué se necesitaba para prosperar y hallar la felicidad en una época de tantos trastornos? Esas son las herramientas que quiero legarles a mis hijos: las de la resiliencia y la ecuanimidad frente a las grandes convulsiones y la incertidumbre generalizada.

Por eso decidí escribirles un libro que les desvelase los secretos de la vida en plena tempestad. Desde el momento en que entendí que era lo que me tocaba como padre, hubiera ido hasta el final del mundo en busca de una historia así. Pero resultó que no hacía falta porque, una tórrida mañana de agosto, al levantar la vista del camino de entrada de mi casa, la vi al otro lado de la calle.

Dos

Era 2007. Mi mujer y yo habíamos arrancado de Washington a nuestros hijos —de nueve, siete, seis y cuatro años—, con raíces y todo, para replantarlos en los alrededores de Kansas City, Misuri. Como dijo una vez Karen al explicar nuestra decisión, estaba cansada del ajetreo de ser madre en la ciudad: atascos, colas interminables, clases de natación a dólar por minuto… También yo estaba cansado, en mi caso de las discusiones, principal pasatiempo en la capital del país. Había encontrado un empleo nuevo y podría teletrabajar. Después de muchos años llenos de emociones en la Costa Este, me disponía a regresar, como hijo de Colorado, al centro del país, donde los cielos son más grandes que los egos.

La mañana a la que me refiero, nuestra nueva casa aún estaba llena de cajas de mudanza a medio vaciar. Caía una de esas olas de calor de agosto, con el resultado de que solo eran las ocho y ya se me había echado encima todo el peso de una nube de vapor al salir a por el periódico de los domingos, como si me hubiera dado demasiada prisa en abrir el lavavajillas. Hacia la mitad del camino levanté la vista y, un poco deslumbrado por un sol que ya quemaba, vi algo que me hizo pararme de golpe. Al otro lado de la calle, mi nuevo vecino estaba lavando un coche en la entrada de su casa. Tal como lo recuerdo (aunque es un detalle sobre el que no hay

consenso en el barrio), el coche en cuestión era un Chrysler PT Cruiser nuevo y reluciente del color del mosto rojo. Quiero pensar que tengo mejor memoria que los que dicen que era un coche menos llamativo. Por otra parte, mi imaginación no da para concebir un automóvil de color Fanta en el camino de entrada del vecino. Ahora bien, si resulta que es cierto que el coche berenjena solo existe en mi imaginación, hay que entenderlo como un homenaje a la dueña, una mujer tan carismática que cualquier otro modelo más normal no estaría a su altura. (A su debido tiempo la conoceremos. Vale la pena esperar).

Sobre lo que no hay discrepancia posible es sobre que mi vecino estaba lavando el coche de su novia una mañana de agosto, a pleno sol. No se me pasó por alto que el citado vehículo estaba aparcado en el mismo sitio donde lo había dejado ella por la noche. Deduje que la cita nocturna del vecino con la glamurosa conductora del posible coche morado había desembocado en una noche compartida, de esas que hacen que por la mañana los hombres luzcan toda su simpatía.

Mi vecino estaba desnudo de cintura para arriba. De hecho, solo llevaba un viejo bañador, además de una manguera de jardín en una mano y una esponja llena de jabón en la otra. A cada nuevo chorro de agua, al aplicar la esponja, flexionaba su pecho musculoso y se le caía el pelo ondulado sobre un ojo. Era Charlie White.

Ciento dos años.

Hacía pocos días que su yerno Doug, que vivía en la casa de al lado de la nuestra, me había presentado al apuesto doctor. Por aquel entonces, la mujer de Doug era la hija pequeña de Charlie, y se habían instalado en la misma calle que su padre para vigilarlo,

aunque a mí me parecía innecesario, la verdad, porque a Charlie se le veía sano, fuerte y de una lucidez a prueba de bombas. Cuando nos conocimos recibí de él un apretón de manos de esos que antes se denominaban «viriles»; no en plan quebrantahuesos, sino en plan «choca esos cinco»; con firmeza y sinceridad. Sus ojos, de color azul zafiro, no tenían nada de turbios. Oía bien y, al conversar, se movía sin problemas entre el pasado, el presente y el futuro. Su ondulado pelo blanco y su gallardo bigote le daban un aire de elegancia vagamente teatral, ampliado por el bastón que sostenía con una mano de forma despreocupada. Fue divertido caer en la cuenta de que, en realidad, se trataba de un hierro de golf al revés. La única manera de que quede estiloso el detalle de usar un palo de golf como bastón es que te salga de dentro. El primer día, compungido, me explicó que no podía jugar al golf por unos pequeños problemas de equilibrio, pero que esperaba volver muy pronto al campo (añadió, agitando el hierro al revés).

En resumen: Charlie era todo un personaje, pero si te presentan a un hombre de ciento dos años lo último que te esperas es que sea el principio de una larga y fecunda amistad. En las tablas de mortalidad no hay margen para sentimientos ni deseos, y lo que recogen es lo siguiente: entre cien mil varones elegidos al azar, solo trescientos cincuenta —menos del 1%— llegan a los ciento dos años. Como media, a cada uno de estos robustos supervivientes le quedan menos de dos años por delante. A partir de los ciento cuatro, las vidas van cayendo como los últimos granos de un reloj de arena.

Esa mañana pegajosa de domingo, sin embargo, cuando Charlie levantó la vista del coche que estaba lavando para saludarme con un gesto jovial de la mano en que tenía la esponja, vi algo que me hizo

pensar que su futuro no cabía en ninguna tabla u hoja de datos. Daba la impresión de que la vida pesaba menos sobre él que sobre el resto de los hombres. Si bien, como pronto veremos, tenía un gran bagaje de tristeza y de trabajo arduo a sus espaldas, no estaba resentido por los insultos de la vida ni protestaba contra sus humillaciones. Tampoco dejaba de disfrutar nunca de sus efímeras bondades y destellos de belleza, a los que acababa de sumarse la rara oportunidad de lavar a mano el coche de una novia poco después de cumplir ciento dos años, bajo la ancha copa de un viejo árbol que se estaba muriendo más deprisa que él, y mientras todo —el coche, el árbol, la esponja con jabón, el vecino perplejo que arrastraba los pies hacia el periódico, la novia dormida, el propio Charlie— giraba a gran velocidad por el espacio a bordo del milagroso planeta al que llaman Tierra.

Más adelante me contaron una anécdota de Charlie en la que parecía resumirse esa virtud tan propia de él, la de prestar una atención agradecida a la belleza de la vida, que es lo que los franceses llaman *joie de vivre*. Es un momento pasajero, sin nada de complejo ni de alambicado, pero, en el fondo, hace hincapié en la más liberadora —y empoderante— de todas las enseñanzas de la vida.

Maybelle Carter, la matriarca de la música *country*, aconsejaba sin rodeos, mientras rasgueaba su guitarra Gibson, ir siempre por el lado de la vida donde da el sol. Tras sobrevivir a la peste negra, Juliana de Norwich, mística y visionaria del siglo XIV, escribió confiada que «todo irá bien, y toda suerte de cosas irán bien». La lección, tan simple y difícil a la vez, es que es posible saborear la vida por muchas penalidades, decepciones, luto y hasta brutalidad

que nos depare. La opción de ver su belleza está a nuestra disposición en todo momento.

Los protagonistas de la anécdota eran Charlie y su querido golf. Mucho después de que pasaran a mejor vida sus compañeros de promoción del club de golf, Charlie siguió jugando con hombres mucho más jóvenes (octogenarios). Un día se quedó en el *green* mientras su pareja de golf bajaba a una trampa de arena donde había acabado una pelota descarriada. Poco después de perderlo de vista en el profundo búnker, Charlie advirtió un chorro de arena, junto con la pelota de su compañero, que se elevó, aterrizo en el suelo y rodó hasta detenerse en el césped. Luego... nada. Transcurrido un tiempo, Charlie se acercó al borde del *green* y, al asomarse, vio que su joven pareja (más joven que él, en todo caso) no conseguía salir de la trampa. Charlie no se veía capaz de sacarlo a pulso. ¿Qué hacer? No reaccionó con inquietud ni con alarma. Tampoco pensó: «¿Qué hacemos aquí? Ya no tenemos edad para estas cosas». Lo que se le escapó fue una carcajada, que se prolongó hasta que su pareja empezó también a troncharse de risa; y así estaban, riéndose, cuando llegó el siguiente grupo a rescatar al ochentón embarrancado.

Charlie hacía de vivir un arte. Y, como los grandes artistas, entendía que la vida siempre es una mezcla de comedia y tragedia, de alegrías y penas, de coraje y miedo. Entre esas notas contrapuestas, elegimos el tono de nuestra existencia. Incluso cuando a Charlie le fallaban las fuerzas, cuando el campo de golf se había convertido en un campo de obstáculos, cuando la debilidad impuesta por el tiempo ya no se podía negar, optó por convertir su hierro en un bastón y llevarlo con garbo.

Quiso el destino que irnos a vivir enfrente de Charlie White fuera el principio de siete años de amistad. Desafiando a la estadística, llegó a ser uno de los últimos supervivientes, uno de los cinco entre cien mil de quienes se esperaba que llegaran a los ciento nueve. (Según las estadísticas, solo llegan dos a los ciento diez, y el último se apaga hacia los ciento once). Charlie fue uno de los últimos testigos vivos de la presidencia de William Howard Taft (1909-1913), uno de los últimos oficiales supervivientes de la Segunda Guerra Mundial; fue también uno de los últimos médicos que sabían lo que era ejercer la medicina antes de la penicilina, uno de los últimos estadounidenses que podían explicar cómo era conducir un coche antes de que hubiera autopistas y una de las últimas personas que se habían maravillado al ver, por primera vez, imágenes moverse en una pantalla y salir sonidos de una caja. Murió habiendo vivido casi la mitad de la historia del país. Nacido años antes de que Walter P. Chrysler (1875-1940) construyera el primero de sus coches, seguía en pie más de siete décadas después de la muerte de este, bastantes años para haber visto cómo envejecía el edificio homónimo, que pasó de ser un símbolo del glorioso futuro de Nueva York a un tótem de su pasado; bastantes años para haber deslizado (si no miente mi memoria) una esponja por un descapotable morado y muy brillante con el emblema de Chrysler cuando este ya llevaba mucho tiempo muerto (un Chrysler, por cierto, equipado con control de apertura a distancia y entrada de USB para iPod).

Charlie era de ciencias. Como médico, sabía cómo funciona el cuerpo humano y cómo se detiene. Era el primero en defender que la extraordinaria longitud de su vida respondía a una carambola de la genética y la suerte. Aun así, mis reflexiones acerca de la vida de

este amigo excepcional me han llevado a la conclusión de que él era algo más que una lección de historia viva o el ganador del gordo en una lotería genética. Fue un ejemplo digno de estudio de cómo prosperar —no solo sobrevivir— a lo largo de cualquier período de tiempo, corto o largo. Le preguntaban a menudo por el secreto de su longevidad, y él siempre hacía gala de una sinceridad escrupulosa: no hay secreto, solo suerte. Ahora bien, quizá no supiera ningún secreto para vivir tantos años, pero sí muchos sobre ser feliz. Capeando tragedias, pérdidas de seres queridos, pobreza, reveses, pasos en falso y ocasiones desaprovechadas, mantuvo siempre una constancia, una serenidad y una confianza en sí mismo que hoy en día podrían llamarse resiliencia. Tenía el don de sacarle todo el jugo a la alegría, aprovechar las oportunidades y aferrarse a lo importante. También le tenía pillado el truco como poca gente a algo aún más difícil: prescindir de todo lo demás.

Una vez, su hija Madelyn le contó a mi mujer un episodio que refleja a la perfección lo esencial del temple de su padre. Madelyn se había visto involucrada en una especie de drama vecinal: alguien le había dicho no sé qué a otra persona, quien, nada más darse la vuelta, le había hecho no sé cuántos a una tercera, y ¿puedes creer que tal y tal han dicho y han hecho esto y aquello? De forma inevitable, Madelyn se vio expuesta a una llamada telefónica iracunda. Charlie, que lo oía todo desde la mesa de la cocina, esperó a que ella se hubiera quitado de encima a su interlocutor, y a que hubiera descrito la situación para hacer una pausa y aconsejar a su hija pequeña que no le diera importancia. Le dijo que alterarse era quitarse años de vida. «Yo para gente así no tengo tiempo», sentenció.

Su lacónico consejo condensaba siglos de sabiduría. Aunque Charlie no hubiera estudiado Filosofía, reconocí en sus palabras la esencia del estoicismo, una de las escuelas de pensamiento más duraderas y útiles que se han creado. Es una filosofía tan atractiva para un esclavo maltratado como Epicteto, el romano del siglo I que sonrió cuando el sádico de su dueño le retorció la pierna hasta rompérsela, como para el emperador romano del siglo II Marco Aurelio. Los estoicos defendían que para vivir bien se necesita una comprensión profunda de lo que controlamos y, lo que es más difícil, de lo que no está en nuestra mano controlar. Lo único que determinamos son nuestras propias acciones y reacciones, nuestras decisiones voluntarias. Epicteto enseñó que la verdadera educación consiste en aprender «a distinguir que, entre todas las cosas, algunas están en nuestro poder, pero otras no; están en nuestro poder la voluntad y todos los actos que dependen de ella. Lo que no está en nuestras manos son el cuerpo, las partes del cuerpo, las pertenencias, los padres, los hermanos, los hijos, nuestro país y, en líneas generales, todos aquellos con los que vivimos en sociedad».

Desde el punto de vista del esclavo, esta percepción era un testimonio de lo resuelto que estaba a vivir con sentido y dignidad a pesar de que su cuerpo y sus actos estuvieran controlados por un dueño. Aunque pudieran comprarlo y venderlo como un animal, a lo que no podían obligarle era a pensar, actuar o ser como un animal. «Las circunstancias difíciles son las que muestran a los hombres —les enseñaba, una vez libre, a sus alumnos—. Por tanto, cuando des con una dificultad, recuerda que la divinidad, como un maestro de gimnasia, te ha enfrentado a un duro contrincante [...] para que

llegues a ser un vencedor olímpico. Pero no se llega a ello sin sudores».

Por los mismos motivos sedujo el estoicismo a Viktor Frankl, un neurólogo austríaco que sobrevivió a los campos de trabajo nazis. Durante su cautiverio en Dachau, observando a prisioneros ejemplares que ni en circunstancias tan abyectas renunciaban a su dignidad y buena fe, Frankl llegó a la conclusión de que «a un hombre se le puede quitar todo salvo una cosa: la última de las libertades humanas, que es la de decidir la propia actitud en cualquier circunstancia, la de elegir uno mismo la manera de hacer frente a lo que nos depara la vida». Con esta filosofía han sintonizado también varias generaciones de alcohólicos resueltos a ser libres de una adicción que los esclavizaba. «Que Dios me conceda la serenidad para aceptar lo que no puedo cambiar —es lo que rezan—, valor para cambiar lo que puedo cambiar y sabiduría para distinguir entre lo uno y lo otro».

Lo que entendió Marco Aurelio, por su parte, fue que, en algunos aspectos, somos todos esclavos, incluido el emperador de Roma. Somos esclavos del tiempo y el azar. Estamos unidos al destino de forma indisoluble. «Amar únicamente lo que te acontece y lo que es tramado por el destino. Pues ¿qué se adapta mejor a ti?», escribió en sus *Meditaciones*. Otra de sus perlas fue la siguiente observación: «Muchas veces me he preguntado con admiración cómo cada uno se tiene en más estima que a todos y, sin embargo, toma en menos consideración su propia opinión que la de los demás».

Es la misma enseñanza a la que llegó el escritor y filósofo estadounidense Ralph Waldo Emerson: «En presencia de cualquier oposición, un hombre debe comportarse como si todo fuera nominal

y efímero a excepción de él mismo». El escritor y periodista indio Rudyard Kipling, por su parte, elogió a los que «encuentran por azar al Triunfo y al Desastre, y a los dos impostores aceptan por igual».

«No le des importancia», aconsejaba Charlie sobre lo que no podemos controlar. Sin embargo, la compostura estoica también es el cimiento sobre el que se edifican las cualidades a las que nos referimos hoy en día como tesón y resiliencia. Entre todos los combustibles humanos, el que más lejos nos lleva es el estoicismo. Unos versos más allá, el famoso poema de Kipling mencionado antes encomia la independencia que permite…

> *… forzar a tu cuerpo, al corazón y al nervio,*
> *a obedecer tu orden, aunque ya se desinfle*,
> *a aguantar el vacío de tu interior desierto*
> *porque tú se lo mandas y le dices ¡resiste*!

«No le des importancia» y «¡Resiste!». Como en tantas grandes filosofías, lo que parece una dicotomía resultan ser dos caras de una misma moneda. Para asirse con firmeza a los designios bien formados de la propia voluntad hay que quitarle importancia a la vanidosa idea de que se puede controlar a la gente, los acontecimientos o los altibajos del destino. No es posible cambiar lo que ya ha pasado, ni controlar del todo lo que está por llegar, pero sí elegir quién se es, qué se defiende y qué se tratará de conseguir.

Hace una sesentena de años que aprendo, olvido y vuelvo a aprender esta lección, pero creo que Charlie asimiló su esencia en un solo día y ya no la olvidó. No solo aprendía deprisa, sino que era un alumno prodigio, porque esta enseñanza, esta escurridiza clave de la satisfacción vital, la aprendió a los ocho años. Increíble.

Claro que tuvo un maestro desalmado, de severa eficacia.

Tres

Charlie era el tercer Charles Herbert White de su árbol genealógico, pero él no le daba mucha importancia al nombre. «Supongo que fue lo que se encontró mi madre —me dijo una vez —: la tradición familiar de ponerles a los hijos varones el nombre de su padre». De lo que sí estaba orgulloso, y mucho, era de sus vínculos con la historia norteamericana. Según él, entroncaba por línea materna con el capitán Thomas Graves, integrante de la primera colonia de Virginia, y por la paterna, con la aristocrática familia de los Carter de Virginia; ambas familias habían sido fundadoras de Jamestown, el primer asentamiento inglés permanente en Norteamérica. «Es raro e inusual que acabaran juntándose las dos familias. Las probabilidades eran como de una entre mil millones —decía, pensando en voz alta—. Se podría decir que ambas familias fueron las primeras pioneras de Estados Unidos. Tengo suerte de ser heredero de esa coyuntura».

Nacido el 16 de agosto de 1905, Charlie llegó a un mundo donde la guerra de Secesión estadounidense (1861-1865) aún era algo tangible. Los veteranos del traumático y sangriento choque entre azules y grises formaban parte de la vida cotidiana, y sus batallas estaban más cerca de Charlie que las de Vietnam de un niño que acaba de nacer. Pese a que el primer lugar donde vivió fue

Galesburg, en Illinois —la tierra de Lincoln—, su ascendencia virginiana le hacía simpatizar con los rebeldes. De pequeño idolatraba a su abuelo paterno, el primer Charles H. White, que había sido explorador de la caballería confederada, y cuyas dotes de jinete persistieron hasta después de cumplir los ochenta años. A Charlie le encantaba ir a la granja donde vivían sus abuelos. Su abuela le contaba anécdotas como la de cuando escondía la cubertería de la familia en bidones de leche para que no la encontrasen los yanquis. Fue ahí, también, donde le transmitió su abuelo el amor a los caballos. Casi un siglo después, Charlie seguía explicando con deleite cómo a su abuelo, ya en su vejez, durante una carrera de carruajes se le rompió el eje del suyo, y cómo el anciano jinete se subió al caballo para el último tramo hasta la meta.

Ese espíritu lo heredó su nieto, un niño intrépido cuyo primer recuerdo definido, a los tres o cuatro años, era el del tranvía que pasaba por delante de su casa, situada justo al final de la línea: a Charlie y otro niño del barrio les encantaba aprovechar el cambio lento de sentido para montarse en el guardabarros, y a veces intentaban colarse para un viaje gratis. El conductor le exigió a la madre de Charlie que pusiera fin al peligroso juego, pero las exigencias de su joven familia tenían demasiado ocupada a Laura White como para estar fijándose en todos los tranvías que pasaban, de modo que cogió una cuerda de tres metros y la ató por un extremo al tobillo de Charlie y por el otro, a un árbol. «No voy a vigilarte —recuerda que le decía con naturalidad—. Te ato aquí, como al ganado, y santas pascuas».

Galesburg era una ciudad de unos veinte mil habitantes emplazada en las Grandes Llanuras, una vasta y fértil extensión de

pastos y campos de cereales salpicada de granjas, cruzada por caminos de tierra y marcas de rodadas de carretas y con un silencio diurno y una oscuridad nocturna que hoy en día pocos podríamos imaginar. Supongo que es lo que se llamaría la América rural, aunque en esa época el contraste entre ciudad y campo no era tan drástico, ya que, según el censo de 1900, solo seis urbes del país superaban el medio millón de residentes. A partir de los doscientos mil ya se entraba en el Top 20 de ciudades a escala nacional, y en el Top 40 a partir de los cien mil. Todo indicaba que Galesburg, un auténtico hervidero de comercio y ambiciones, escalaría pronto puestos en la clasificación.

El padre de Charlie era pastor de la Iglesia Cristiana (los también llamados Discípulos de Cristo), una confesión universal nacida en Kentucky (Tennessee) y el oeste de Pensilvania a principios del siglo XIX, durante el gran impulso religioso a escala nacional que se conoce como el Segundo Gran Despertar. Convencidos de que Dios estaba apelando a la unión de sus hijos, los Discípulos aspiraban a abatir los muros doctrinarios que dividían a los protestantes en sectas enfrentadas.

Charles H. White Jr., que pasó su infancia en Misuri, en la granja de sus padres, era un joven fuerte, de pelo rizado con entradas y nariz prominente. En la Universidad de Kentucky, donde lo mandaron a estudiar sus padres, conoció a una chica, hija de unos granjeros de otro pueblo de la zona llamado Pinckard. Se enamoró de ella. Se llamaba Laura Graves. En 1893, poco después de ordenarse y quedar a cargo de su primera iglesia, el reverendo White se casó con su novia, que tenía entonces veinte años.

Más de un siglo después, el hijo del joven pastor lo recordaba como un hombre afable, bien considerado y de ágil sentido del humor. En sus homilías, menos propensas a los arrebatos líricos que a decir las cosas por su nombre, tocaba temas que con el paso de los años tendrían eco en la filosofía de Charlie. «Los errores cometidos se tienen que olvidar —aconsejaba en un sermón—, porque, al lamentar las equivocaciones del pasado, con frecuencia olvidamos el presente. (…) Mientras unos se entristecen por los últimos rayos del sol poniente, otros miran al este en busca de la primera luz del alba».

Pronto descubriría, sin embargo, que su fuerte no era el púlpito, sino la gestión del lado empresarial de la vida eclesiástica, que tantas veces se descuidaba. «Se le daba muy bien el cristianismo práctico», por decirlo en palabras de Charlie. La vida del joven pastor se convirtió en un ir y venir entre congregaciones endeudadas, a las que dedicaba el tiempo justo para cuadrar las cuentas y reinstaurar la confianza de los feligreses. Al término de su primera misión —rescatar de un mar de números rojos a una congregación de Misuri—, el reverendo White fue llamado a una iglesia de Joplin, localidad a la que se llegaba siguiendo hacia el oeste la futura y famosa Ruta 66 (entonces un simple camino de carros). Su siguiente destino, ya con las cuentas de Joplin saneadas, y con su feligresía de nuevo en crecimiento, fue Iowa, en el suave paisaje de colinas del valle del Misuri.

La congregación de Discípulos de Cristo de Iowa se enfrentaba a la quiebra, aunque es posible que la culpa no fuera solo suya. La década de 1890 fue una época de grandes altibajos para la economía norteamericana, y parece que de los sucesivos batacazos

de Wall Street se resentían, sobre todo, los granjeros del Medio Oeste, con caídas en picado del precio de las cosechas, ejecución de hipotecas y quiebras en las iglesias. Mucha gente sospechaba que se manipulaba la economía para beneficiar a los magnates y los financieros. La prensa alternaba artículos sobre los palacios de Newport y Rhode Island, a los que se llegaba por caminos revestidos de mármol, con otros en que se atisbaba a niños hambrientos viviendo en chozas o tugurios. Es probable que más de uno de los fieles del reverendo White se dejara llevar por la marea de populismo que empezaba a calar entre la población, un populismo a menudo cerril, contrario a la inmigración y hostil a las influencias externas.

No eran esas las aguas en las que le gustaba bañarse al pastor White, que en Iowa aceptó un papel destacado dentro del movimiento Chautauqua, una celebración anual de las artes y las ideas que se difundió por el centro del país con el cambio de siglo. A gente que no tenía radio, televisor ni fonógrafo, y que vivía a varias horas de la biblioteca o del teatro más cercanos, este movimiento le permitía disfrutar de una celebración de la humanidad y la belleza destilada en toda una semana de largos y lánguidos días estivales. Ciudades y pueblos se unían al circuito para ofrecer festivales a familias que hacían pícnic bajo el cielo de las grandes praderas.

Así, el reverendo White ayudaba a elegir, de entre los cientos de conferenciantes, grupos teatrales, músicos y personajes públicos que ejercían sus actividades en el circuito.

En la primavera de 1899, White se trasladó con su familia a Galesburg, escenario del enésimo trabajo de recuperación por parte de un «hombre de personalidad afable como pocas», según lo

describió el periódico local. En noviembre ya había recaudado 3750 dólares para saldar las deudas de su iglesia, que gracias a él contaba con setenta nuevos miembros. También su familia iba en aumento: Charlie tenía tres hermanas mayores a las que acabaría sumándose otra, menor que él.

Así amanecería el siglo xx, en un mundo que aún no había visto volar a ningún ser humano, y un país con solo ocho mil automóviles para más de setenta y cinco millones de personas; un país donde solo el 10 % de los médicos tenía estudios universitarios y donde una de las principales causas de mortalidad era la diarrea. A pesar de todo, desde las grandes ciudades del mundo se extendía una sensación de posibilidades infinitas que llegó a todos los rincones del país. Seguro que más de uno de los feligreses de White había ido pocos años antes en tren a la Exposición Mundial Colombina de Chicago, donde Eadweard Muybridge ofreció las primeras proyecciones cinematográficas de pago y donde George Ferris brindaba la emoción de subirse a la enorme noria de hierro que él mismo construyó, y que le dio el nombre en inglés a la actual atracción conocida en todo el mundo (*Ferris wheel*). Seguro que alguno también leyó artículos sobre la Gran Exposición de 1900 en París, con su Galería de las Máquinas, que dejaba boquiabiertos a los visitantes, testigos de cómo se capturaba y administraba la fuerza del relámpago mediante gigantescos generadores que apenas hacían ruido. El nombre con el que se llamaba a esas máquinas allá por 1900, «dinamo», lo dice todo sobre la emoción con que los observadores trataban de imaginarse sus repercusiones. Con un poder así era posible derrotar a la noche, regular la temperatura, acabar con los trabajos más pesados y hacer posibles, algún día

(demasiado lejano para que lo viera casi nadie), los ordenadores. Fue en París, frente a una dinamo, donde el historiador estadounidense Henry Adams declaró —con una mezcla de admiración e inquietud— que «a la historia le habían partido el cuello» ante la repentina irrupción de una fuerza nueva que llevaría al mundo a la modernidad.

En estos albores llegó al mundo Charlie White, para que lo colmaran de mimos sus hermanas y lo atara su madre a un árbol del jardín, aunque solo de forma pasajera, ya que Laura Graves White no era nada propensa a soluciones de ese tipo. De hecho, es el único recuerdo de infancia en el que Charlie no aparece como el feliz beneficiario del benévolo descuido de su madre, que le daba plena libertad para ir a su aire, explorar, hacer hogueras, construir fuertes y jugar a indios y vaqueros.

El mundo de Charlie se ensanchó justo cuando se disponía a entrar en el colegio, al aceptar su padre la propuesta de ponerse al frente de una iglesia con problemas de un barrio obrero de Kansas City. Con lo que ganaba un pastor era difícil criar a cinco hijos, y al reverendo White la gran ciudad le permitía complementar sus ingresos ejerciendo como agente de seguros de vida. La vida itinerante de rescatador de iglesias ya no se adecuaba tanto como antes a un padre de familia.

Para un niño de cuatro o cinco años, Kansas City era una auténtica metrópolis, con doscientos cincuenta mil habitantes y casi el mismo número de vacas, cerdos, ovejas y caballos en los concurridos establos y corrales de la ciudad. Quién sabe si, al aproximarse en

tren a la localidad, los White respiraron en el interior de su vagón el penetrante aroma de la prosperidad de Kansas City, cuya concentración de cebaderos solo se veía superada en todo el mundo por Chicago, y que era olida antes que divisada por sus visitantes. Entre mataderos, el tren donde iba Charlie penetró en el Union Depot, un batiburrillo arquitectónico en el que habían dejado sus huellas las inundaciones. Una vez recogido su equipaje, la familia White salió al bullicio de la calle, donde al niño se le llenaron los oídos de mugidos y relinchos mezclados con la música de las tabernas y los burdeles. Con su avalancha visual y sonora, y el hedor de la sangre y el estiércol, Kansas City abrumaba los sentidos. Quizá otro niño se hubiera sentido intimidado, pero Charlie no. El trayecto junto a su familia en tranvía vertical desde la estación de tren hasta el centro, con la zona de los mataderos al pie de un alto risco, brindó a su ávida mirada la primera visión de la ciudad que durante más de un siglo consideraría como suya.

Los White no eran, en absoluto, ricos, pero la laboriosidad y prudencia del reverendo eran tales que en 1912 pudo comprarse una elegante casa nueva de tres plantas al borde de uno de los barrios más pudientes de la ciudad. Campbell Street era un desfile casi militar de viviendas similares, todas rodeadas con esmero de un pequeño terreno y antecedidas por el amplio porche tan característico de la Kansas City de antes de la guerra. A solo dos manzanas de esta concentración de familias venidas a más, se erigía la imponente mansión del gran magnate de los tranvías, William J. Smith, una recia mole neorrománica de treinta habitaciones hecha con arenisca del Gran Cañón que aventajaba en tamaño a todas sus vecinas de la llamada «Hilera de los Millonarios».

Por impresionantes que fueran las mansiones, en las horas libres que le dejaba su colegio, Charlie prefería tomar la dirección opuesta. Había encontrado cerca una colina desde la que seguir la construcción del mayor proyecto de Kansas City en esa época: una nueva estación de tren para sustituir la ubicada cerca de los mataderos.

Sentado en la colina, se pasaba horas contemplando la descomunal empresa. Una vez terminada, los ochenta mil metros cuadrados de Union Station la convertirían en la tercera estación más grande del país. Con todo, a pesar de su ambición, este monstruo en estilo *beaux arts* (o estilo arquitectónico clásico que se enseñaba en las escuelas de París) se hizo con tecnologías poco más avanzadas que las de la época de Miguel Ángel. El enorme foso destinado a los cimientos se abrió con grandes palas tiradas por mulas y caballos, o a fuerza de pico y pala. La fuerza con que se movían montañas de tierra, se levantaban toneladas de piedra y se vertían metros y metros cuadrados de cemento procedía del músculo humano y animal. Durante más de tres años, con calor o frío, el niño siguió acudiendo a lo alto de la colina para ver crecer el edificio. El vestíbulo principal tenía veintinueve metros de altura, suelos de terrazo y lámparas de araña de casi dos toneladas cada una. Terminada sobre las mismas fechas en que Charlie cumplía nueve años y abierta al tráfico a finales de 1914, la nueva estación de Kansas City pronto se convirtió en una de las más concurridas del país.

El niño de la colina, sin embargo, no era un mero observador. La facilidad de Charlie para los estudios le dejaba mucho tiempo para jugar. En la ciudad triunfaba un nuevo juego llamado «baloncesto».

De hecho, su inventor, James Naismith, estaba cerca, en la Universidad de Kansas, entrenando a un equipo de corta vida. Charlie y sus amigos se sumaron a la nueva moda fijando una cesta de fruta a una pared y usándola como aro. También les gustaba el *shinny*, una modalidad de hockey callejero a la que se jugaba con palos y una lata.

Además, era habitual que jugaran con cerillas. Un día, Charlie y sus compinches hicieron una fogata en el jardín, y Charlie, que había oído que los indios más valientes saltaban sobre el fuego en sus danzas de guerra, empezó a dar brincos de un lado al otro de las llamas. Se había disfrazado de indio y, en uno de sus saltos, prendió fuego en los flecos de sus pantalones. Por suerte, su madre estaba cerca y le oyó gritar de miedo. Laura White llegó corriendo con un cubo y sofocó las llamas. De este accidente en el que el peligro fue inminente, Charlie sacó una lección que aplicaría años más tarde durante las celebraciones de un 4 de julio, cuando un petardo prendió fuego al vestido de su pequeña sobrina, a la que salvó de quedar desfigurada, o de morir, envolviéndola con una estera del porche.

Si durante sus ocho primeros años hubo algo que no fuera idílico en la vida de Charlie, él nunca me lo comentó, ni me consta que se lo dijera a nadie más. Recordaba su primera infancia como una diversión continua. Rememorarla, sin embargo, comportaba, de forma inevitable, llegar al día en que todo dio un vuelco en cuestión de segundos: aquel en que Charlie descubrió la indiferencia del destino.

Fue en 1914. Union Station estaba casi terminada, y Europa y Asia seguían en manos de príncipes y pachás cuyas colonias se extendían por todo el planeta. El 11 de mayo empezó como un día más de primavera, el del quinto cumpleaños de la hermana pequeña de Charlie. Siendo lunes, el reverendo White prescindió de sus ropajes de pastor para vestirse de agente de seguros y, una vez desayunado, puso rumbo al centro. Es probable que cogiera el tranvía, aunque podría haber parado un taxi de caballos.

El padre de Charlie tenía edad para acordarse de cuando el edificio más alto de la mayoría de las ciudades era un campanario o un silo, pero en esos momentos su despacho estaba en la novena planta de un rascacielos de doce, en pleno centro de Kansas City. Dos eran las tecnologías que convergían en semejante prodigio constructivo: la ingeniería de puentes y el ascensor eléctrico. En cierto modo, el esqueleto de un hotel o torre de oficinas con vigas de acero era un puente de caballetes apoyado en vertical. Como habían demostrado los puentes ferroviarios, estas estructuras en principio livianas podían soportar pesos muy grandes, abriendo la vía a un crecimiento sin límites de altura. Por todo el país surgieron torres. Según un recuento, entre 1900 y 1910 se acababan cada semana en Nueva York tres nuevos edificios de diez o más plantas. Seguro que la familia White había leído la noticia de la inauguración del rascacielos que ostentaba desde hacía poco tiempo el récord mundial de altura: el edificio Woolworth de Nueva York se elevaba más de doscientos cuarenta metros sobre el bajo Manhattan.

Sin poder rivalizar en modo alguno en tamaño, el edificio Gloyd en Kansas City, donde tenía White su despacho, alcanzaba unos respetables cincuenta y cuatro metros. Terminado en 1909, quedaba

a la sombra de otro edificio, el del National Bank of Commerce, y el *skyline* en ciernes que formaban esas y otras torres anunciaba la pujanza del antiguo centro ganadero. El edificio Gloyd no se jactaba solo de sus dimensiones, sino también de su seguridad y, al haber sido la primera torre de hormigón reforzado levantada en la ciudad, ostentaba el sello de «completamente incombustible».

Hacia las diez de la mañana, el padre de Charlie se levantó de su mesa, se puso su abrigo y su sombrero, encendió su pipa y salió de su despacho para hacer un encargo. Su intención era ir al City Market caminando, porque estaba cerca, y cobrar la prima del seguro de vida de un cliente. Es posible que, al llegar al ascensor, le llamara la atención no ver al ascensorista de siempre, sino a un sustituto con la puerta abierta y la mano en la palanca.

Justo cuando el reverendo White entraba en la cabina, el ascensorista puso en marcha el ascensor de forma inopinada, impulsándolo hacia arriba sin que se hubiera cerrado la puerta. El resultado fue un vacío entre el suelo inmóvil del rellano y el del ascensor, que, al haberse desplazado hacia arriba, ya llegaba al nivel de la cintura. Todo sucedió tan deprisa que, en vez de pisar la cabina, el pie de White se hundió en el espacio abierto de debajo.

La parte superior de su cuerpo chocó con la base de la cabina, que seguía subiendo, mientras sus piernas se quedaban colgando en el hueco del ascensor. De pronto, la cabina comprimió el torso del pastor contra la parte superior del marco de la puerta, con tal fuerza que incluso abolló este último. Al verlo medio fuera medio dentro, el inexperto ascensorista, horrorizado, se dejó llevar por el pánico y puso el ascensor en marcha atrás, pero el brusco cambio de sentido hizo que la parte superior del cuerpo de White se desprendiera y

siguiese a sus piernas por el hueco. Nueve plantas de caída acabaron con la vida del padre de Charlie, cuyo cuerpo rebotó varias veces entre las paredes. Tenía cuarenta y dos años. En el suelo de la cabina se encontraron su pipa y su sombrero.

Charlie debió de contármelo cinco o seis veces, como mínimo, pero nunca le oí hacer las típicas preguntas de «¿por qué, Dios?» que con tanta naturalidad suscitan accidentes tan extraños como el de su padre. Nunca hacía ningún comentario sobre la aparente injusticia de la muerte prematura de aquel hombre bueno en un mundo donde a los déspotas más criminales de la historia —como Hitler, Stalin y Mao— aún les quedaban décadas de vida. Charlie no estaba para «y síes». ¿Y si hubiera manejado la cabina un ascensorista experimentado? ¿Y si el reverendo White hubiera salido a hacer su encargo cinco minutos antes o después? ¿Y si hubiera dado media vuelta por haberse olvidado el tabaco en su despacho? Para Charlie, lo hecho, hecho estaba. Él no podía cambiarlo.

Ese aplomo, todo hay que decirlo, le costó lo suyo. Justo después de la tragedia, se quedó tan desolado que casi no comía, hasta el punto de que su madre y sus hermanas mayores temieron por su vida. Toda la familia estaba consternada. «Mi madre se quedó destrozada», recordaba él. De pronto, por caprichos del azar, Laura White se había quedado sola con cinco hijos y sin ingresos.

Nuestros años de amistad dieron pie a que me pasara muchas horas oyendo a Charlie contar su vida, y con el paso del tiempo me fijé en que la muerte de su padre marcaba un cambio de tono. De vez en cuando, en su relato seguía apareciendo el niño intrépido al que había que atar a un árbol, pero con una nueva armadura: la de la autosuficiencia. Con solo ocho años, Charlie se hizo tan

independiente como Huckleberry Finn, y tenía tantos recursos como el Jack Dawkins de *Oliver Twist*. Reflexionando sobre este sutil cambio de tonalidad, llegué a la conclusión de que, después de haber sufrido una pérdida tan grande y de haber sobrevivido a ella, Charlie decidió que podía con todo. Enfrentado a los límites de su capacidad de dominar el destino o revertir el tiempo —la suya y la de todos—, empezó a centrarse en lo que sí podía controlar: sus propios actos, sus propias emociones, su propia perspectiva y su propia intrepidez.

Cuatro

Mientras en Kansas City un niño consumido de dolor movía la cena por el plato sin comerla, y su madre, estremecida y llena de congoja, se preguntaba cómo mantener unida a su familia tras la impactante muerte de su esposo, lejos, en Viena, un tal Sigmund Freud, médico, se afanaba en resolver cuestiones relativas al luto y los traumas. ¿Por qué algunas personas no podían sacudirse de encima hechos traumáticos, sino que, empantanadas en su dolor, lo revivían sin descanso a través de obsesiones, pesadillas o lo que se conocía entonces como «reacciones histéricas»?

Por aquel entonces, Freud aún no era un personaje de fama mundial. De hecho, tras su dramática ruptura con su acólito Carl Jung, el pionero de la neurología pasaba por momentos bajos en su trayectoria, temeroso de que el psicoanálisis, su atrevida aportación al estudio de la mente humana, se apagara por sí solo. Su libro sobre la función y el significado de los sueños había causado sensación en ciertos círculos intelectuales, pero en Kansas City no podían ser muchos los que conocieran su nombre. Escandalosas, creativas y perspicaces (amén de erradas, a menudo), las conjeturas de Freud sobre la psicología humana eran como la mecha encendida de una bomba aún por detonar, una bomba cuya explosión destruiría

los pilares en los que se apoyaba la represión victoriana y abriría las puertas a la libertad sexual del siglo xx.

De momento, sin embargo, Freud estaba insatisfecho. Su concepto de la psique humana se basaba en su teoría de una fuerza vital, un deseo compulsivo de vivir y amar. Esa fuerza vital, o libido, se manifestaba en apegos que cambiaban en función de las fases del crecimiento, aunque su objetivo era siempre el mismo: la vida y el placer. Freud la identificaba con el dios griego Eros. No obstante, a medida que crecía su fama de radical, y que se sentaban más y más pacientes en la alfombra turca que cubría su diván para que los analizara, Freud iba llegando con grandes reticencias a la conclusión de que su marco erótico era demasiado simple. En algunos pacientes, la fuerza del trauma y el dolor parecía todo lo contrario de una fuerza vital, y él no podía explicarla en términos de un «principio del placer», como había descrito su anterior idea.

La base de datos de traumatismos de Freud estaba a punto de crecer de modo drástico: a los tres meses de morir el reverendo White, Europa se lanzó de forma irreflexiva a una conflagración continental que dejaría millones de muertos y heridos. Al paso de esa guerra mundial tan tremebunda, Freud, como toda su generación intelectual, quedó atribulado y desilusionado de forma insondable. «No solo destruyó la hermosura de las comarcas que la tuvieron por teatro y las obras de arte que rozó en su camino —escribiría más tarde—; quebrantó también el orgullo que sentíamos por los logros de nuestra cultura, nuestro respeto hacía tantos pensadores y artistas, nuestra esperanza en que, por fin, superaríamos las diferencias entre pueblos y razas. Ensució la majestuosa imparcialidad de nuestra ciencia, puso al descubierto

nuestra vida pulsional en su desnudez, desencadenó en nuestro interior los malos espíritus que creíamos sojuzgados por largo tiempo por la educación que durante siglos nos impartieron los más nobles de nosotros».

Esta catástrofe le llevó a la conclusión de que en la mente humana actúa también otra fuerza —asociada por sus discípulos al dios Tánatos, la personificación de la muerte en la mitología griega— que hace que la psique herida caiga prisionera del dolor, la pena y la muerte. Eros y Tánatos, vida y muerte, ser y no ser: las observaciones de Freud desencadenaron una auténtica revolución en la psicología, comparable a las que provocó la llamada Gran Guerra en la literatura, el arte, la música y la sociedad. Mucho después de convertirse su diván en un estereotipo cultural, varias generaciones de sucesores de Freud siguieron centrando su atención en los efectos duraderos de los daños psíquicos. A lo largo de un siglo de una violencia y una confusión sin precedentes —en el que la Gran Guerra dio paso a la Revolución rusa y el genocidio armenio, seguidos a su vez por la Gran Depresión, las purgas comunistas, las hambrunas en Ucrania y la masacre de Nankín, y estas, apenas sin respiro, por la Segunda Guerra Mundial, el Holocausto y las luchas violentas por la independencia colonial— si de algo no anduvieron cortos los médicos fue de traumas que estudiar.

Durante ese siglo de dolor, las ideas de «histeria» y «neurosis de guerra», comunes en la infancia de Charlie, fueron reformulándose hasta cuajar en el actual diagnóstico de trastorno de estrés postraumático (TEPT), una alteración psíquica cuya sintomatología puede llegar a ser letal: no en balde, se le atribuyen homicidios, suicidios y accidentes mortales. Se ha calculado que un 10 % de las

mujeres y un 5 % de los hombres la experimentarán en algún momento de su vida. Son estimaciones de 2014, el año en que murió Charlie, justo un siglo después de ese 1 de mayo en que su padre no regresó del trabajo.

Hasta el final de ese siglo no empezaron los médicos a profundizar en las fronteras y los límites de Tánatos, preguntándose cómo y por qué se escapan algunas personas de sus garras. ¿Qué características permiten experimentar un trauma sin que destruya ni deje tocado a quien lo sufre? Antes he citado al gran estoico del Holocausto, Viktor Frankl, que en su libro *El hombre en busca de sentido* se planteó esa misma pregunta en las más espantosas condiciones. Frankl, vienés y psiquiatra, como Freud, y seguidor suyo, sobrevivió más de dos años y medio en un campo de concentración nazi gracias a su utilidad como médico. Durante ese tiempo fue testigo del estrés y el trauma en sus formas más atroces y se sintió fascinado por los presos que, entre tanta inhumanidad, no solo conservaban su bondad, integridad y dignidad, sino que llegaban incluso a reforzarla. Su conclusión fue que el ser humano tiene siempre la opción, incluso cuando más sufre, de dar sentido a lo que vive: «Lo que ha de dar luz debe soportar el fuego».

En las últimas décadas, los psicólogos expertos en tratar a supervivientes de traumas han dado nuevos pasos en esta dirección. Hace poco, algunos estudios mostraron sus conclusiones en una receta clara para la resiliencia en situaciones de estrés. Al leer sobre lo que distingue a las personas resilientes y sobre las estrategias que estas usan, me encontré cara a cara con el joven Charlie White.

Estos estudios aconsejan a quien haya pasado por un trauma que «actúe con determinación». No hace falta que sean actos

revolucionarios ni trascendentales, pero sí afirmativos. Actuar con determinación es un reflejo del poder que tenemos sobre nuestra voluntad, aunque no lo tengamos sobre las circunstancias. Frankl describe una marcha con un frío glacial para hacer trabajos forzosos en Dachau. Cuando peor lo estaba pasando, se puso a pensar en cuánto quería a su mujer y, en un destello de trascendencia, «comprendí —escribió— cómo el hombre, desposeído de todo en este mundo, todavía puede conocer la felicidad, aunque sea solo de forma momentánea». En esas horribles circunstancias, la elección de en qué pensar era la única manera que tenía Frankl de «actuar con determinación», y una muestra de lo resuelto que estaba a liberarse de Tánatos mediante una afirmación de la fuerza vital. En manos de la depresión o la ansiedad, siempre es mejor la acción que la parálisis. Los actos fomentan nuevos actos, las decisiones crean decisiones y vivir genera vida.

Al retomar el hilo de la vida de Charlie en los momentos de conmoción que siguieron a la violenta muerte de su padre, vemos que era un niño que, de alguna manera, ya captaba esta verdad existencial. Un día, les anunció a su madre y sus hermanas que dormiría en el exterior de la casa cada noche durante un año. Tan impactante como su propuesta fue que su madre se lo permitiera. «Los niños tienen ocurrencias, ya se sabe —diría él años después, recordando la anécdota—, pero el caso es que mi madre me dejaba llevarlas a la práctica». Según su relato, sacó un catre a uno de los porches de la vivienda y lo usó para dormir todas las noches, tanto en el bochorno de julio como en el frío gélido de enero. «Aún me acuerdo de esas mañanas tan frías, glaciales —contaba—. La cuestión es que mi madre me dejaba. ¿Te das cuenta?».

Laura White cultivaba la confianza de su hijo tanto a pequeña como a gran escala. «Ahora eres el hombre de la casa», recordaba Charlie que le dijo después de la muerte de su padre. Le asignaba encargos y responsabilidades, empezando por la de cuidar del pequeño jardín y siguiendo, cuando fue bastante fuerte, por la de ocuparse de que hubiera carbón. «El carbón lo dejaban en la calle». Toda una tonelada; para un niño, una montaña. «Luego era yo el que tenía que trasladarlo con una carretilla hasta la ventana del sótano, echarlo en un cubo y vigilar que no se apagara —recordaba —. Por la mañana me levantaba hacia las cuatro, sacaba la escoria y metía carbón fresco para encender el fuego. Mi madre me cargó desde muy pronto con las responsabilidades de la vida».

Quizá con otro niño le hubiera salido el tiro por la culata, pero a Charlie la confianza de su madre le resultó liberadora. Ser tratado como un superviviente le ayudó a sobrevivir. Muerto su padre, asumió la idea de que «era hora de crecer», y lo vio como una oportunidad, más que como una carga.

También en este aspecto era un modelo de las características de la resiliencia. «Reforzar la confianza en tu capacidad de resolver problemas y confiar en tu intuición ayuda a ser más resiliente», consideran los psicólogos; o, por usar las palabras con que recordaba Charlie su niñez: «La verdad es que no había restricciones; te salían las cosas bien o mal en función de tus capacidades». «Mi madre nos guiaba no guiándonos. Guiaba haciéndonos cargar con nuestras propias responsabilidades».

Las enseñanzas de Laura White consistían también en dar ejemplo. Era una mujer inteligente, «fuerte y testaruda», según su hijo. «Sabías cuál era su postura, y que sus principios eran firmes y

con fundamento». Actuando con determinación, seguridad y confianza, no tardó en encontrar trabajo como organizadora de viajes de proselitismo de una entidad religiosa. Complementaba sus ingresos con los que obtenía de tener inquilinos en su casa, y así, con dos trabajos, conseguía llegar a fin de mes.

Durante años, Charlie y sus hermanas cenaron en la misma mesa que los hombres solteros que se alojaban a media pensión en las habitaciones libres de la casa. Se servían platos caseros, del repertorio de recetas sureñas de Laura White. (Charlie tenía preferencia por las galletas y el bizcocho de su madre). El niño masticaba sin dejar de estudiar a sus comensales como posibles versiones de su propio e irreprimible futuro. Eran, por decirlo en sus palabras, personas «de gran calidad»: «En la mesa conocí a hombres como George Mansfield», director de difusión del periódico local, o Jack Noonan, un electricista que acabó casándose con una de sus hermanas. Sentía especial atracción por los misioneros que llegaban por el intermediario del trabajo de su madre con la iglesia: hombres intrépidos, trotamundos y curadores. Fue en esa mesa, por lo que me contó, donde se imaginó por vez primera como médico.

Pero no adelantemos acontecimientos. Nuestro tema, de momento, son los traumas y la resiliencia. La imagen previa a nuestra visita a Freud en Viena era la de un niño desolado, que acababa de quedarse huérfano de padre y que casi no comía. Acababan de empezar las vacaciones de verano. Las conversaciones animadas de los misioneros en la mesa eran algo aún desconocido, y en casa de los White todo era pesadumbre. «Entre la depresión y todo lo demás —decía Charlie, recordando estos momentos bajos—, a mi madre le pareció mejor que no estuviera rodeado de tantas

niñas». Laura White y sus hijas hacían todo lo posible por consolarle, pero quizá lo que el niño necesitaba fuera aquello que había perdido: una influencia masculina. Así que la madre de Charlie decidió mandarlo a un campamento de verano.

La idea de organizar estancias en la naturaleza para niños (y más tarde, también para niñas) de ciudad era otra manifestación de los enormes cambios que se estaban extendiendo por la sociedad. La industrialización y la urbanización se veían como dos grandes amenazas contra la virilidad en ciernes. Para el filósofo victoriano John Stuart Mill existía una relación directa entre el progreso y la muerte del heroísmo. «Una de las consecuencias naturales del progreso de la civilización —escribió— es el afeminamiento natural, [y] la incapacidad de enfrentarse a cualquier tipo de dificultades». En su influyente libro *Adolescence*, de 1904, el psicólogo Stanley G. Hall propugnaba la idea de que los niños tenían que empezar siendo salvajes antes de domesticarse al madurar. Ese desarrollo lo interrumpía la vida urbana, amansando su espíritu. «Un niño no es un animal hecho para sentarse —predicaba Robert Baden-Powell, el fundador de los Boy Scouts, que organizó su primer campamento en 1907—. El auténtico objetivo del movimiento *scout*, y la clave de su éxito, es el aire libre».

Según un estudio, en el país se multiplicaron por más de diez los campamentos de verano durante la infancia de Charlie, pasando de menos de cien con el cambio de siglo a más de mil en 1918. El que encontró la madre de Charlie se llamaba Boy Crusaders y tenía como escenario los montes Ozark, en el extremo suroeste del estado de

Misuri. Casi un siglo después, Charlie aún se acordaba de que el dueño —y único organizador, al parecer— era un osteópata soltero cuya familia se ganaba muy bien la vida cerca de Kansas City gracias a una clínica especializada en el tratamiento no quirúrgico de las hemorroides. El campamento estaba pensado para adolescentes, pero Laura White necesitaba ayuda para su apenado hijo de forma tan urgente que logró inscribirlo en el último momento. El día marcado como fecha de inicio del campamento, en puertas de su tercer curso de escolaridad, Charlie subió a un tren con una docena de niños mayores que él, casi todos adolescentes, para pasar un mes en las montañas.

Al llegar al espartano campamento, descubrió que este llevaba a su extremo el credo del retorno a la naturaleza. «En cuanto llegamos nos quitó toda la ropa —recordaba, refiriéndose al director—. Dijo: "Tenéis que quitaros la ropa". Estuvimos todo un mes corriendo desnudos, como los nativos. ¡Qué contentos estábamos! Vivíamos igual que los indios. Eso sí que era vivir a la intemperie». No parece que el osteópata fuera un gran amante de los preparativos, porque cuando se quedaron sin leche mandó a dos de los niños que se vistieran y fueran a buscarla a una granja cercana. Según Charlie, casi siempre comían gachas de avena, dieta que curó cualquier excentricidad alimentaria por su parte. «Cuando volví a casa era como un aborigen: comía de todo».

En esa época se veía de otra manera la desnudez, hasta el punto de que en los Boys' Clubs, en La Asociación Cristiana de Jóvenes (YMCA por sus siglas en inglés) y hasta en los centros de enseñanza públicos, los niños tenían que nadar desnudos debido a la teoría de que era más saludable que hacerlo en los rudimentarios bañadores

de entonces. Incluso en esos tiempos, sin embargo, era una anomalía pasar sin ropa todo un mes, y, durante los años de nuestra amistad, conforme oía varias veces las mismas anécdotas, empecé a sospechar que en sus explicaciones sobre el campamento Charlie se dejaba algo; algo traumático.

Veamos lo que sí explicaba. Una vez definida a grandes rasgos su improbable estancia en «el campamento más loco que te puedas imaginar», a veces añadía como si tal cosa que los Boy Crusaders solo duraron unos años después de ese verano a causa de una serie de denuncias sobre abusos sexuales contra los desnudos participantes. Según Charlie, cuando lo investigaron las autoridades, la familia del osteópata hizo uso de sus influencias para sofocar el escándalo, al tiempo que mandaba a su hijo a vivir a Europa. No he encontrado ninguna documentación sobre el campamento ni sobre el escándalo, pero sí constancia escrita de que el médico en cuestión se fue de Kansas City para pasar muchos años en Europa. Estudió arte, llegó a ser un buen acuarelista y se hizo socio de varios clubes exclusivos de Londres. En 1940 vivía en París, donde conoció de primera mano la ocupación nazi. No volvió a Estados Unidos hasta después de la Segunda Guerra Mundial. A su regreso, se dedicó a dar conferencias sobre los nazis en festivales. De vez en cuando, Charlie leía sus críticas de arte en el periódico *Kansas City Star*.

El campamento no era grande. Por lo que deduje de lo que contaba Charlie, es muy posible que en el tren que salió de Kansas City viajaran todos sus integrantes. Pese a esta intimidad, Charlie insistía siempre en que él quedó al margen de cualquier abuso. «Al ser tan pequeño a mí no me afectaba», decía, y yo, dentro de lo que cabe, le creía: no es inverosímil que un depredador sexual atraído

por los adolescentes dejara en paz a un niño de menor edad. Sin embargo, su alegre testimonio siempre me dejaba cierto resquemor, y al final confirmó mis dudas una entrevista grabada por Charlie poco después de cumplir los cien años. Eran tres grabaciones de una hora, un ejemplo de historia oral que su familia me permitió escuchar después de su muerte.

Al oírlas, me llamó la atención una frase: «Recuerdo que me volví muy duro», decía en referencia al campamento. El adjetivo «duro» no cuadraba con el resto del relato, al que siempre daba un toque lúdico, humorístico. Es posible que fuera una simple referencia a su afirmación de que estar en el campamento «sí que era vivir a la intemperie», pero Sigmund Freud se habría preguntado si en esa palabra no se traslucía algo reprimido. Charlie era un niño de ocho años entre adolescentes desnudos y expuestos a abusos. Está bien documentado que las víctimas de abusos sexuales tienen tendencia a cometerlos a su vez, y los casos de niños mayores que intimidan a otros más pequeños son tan lamentables como familiares. Con su frase de que «al ser tan pequeño a mí no me afectaba», Charlie se refería a los supuestos abusos del doctor, pero se me ocurrió que en un ambiente así no se podía descartar que se hubieran ensañado con él uno o varios niños mayores. Quizá por eso se hubiera vuelto tan duro a lo largo de ese verano.

Mi sospecha de que el campamento le dejó algún tipo de trauma me ha llevado a ver con otros ojos una parte distinta de la historia. Casi siempre que contaba lo del campamento loco, Charlie ponía como colofón una anécdota del viaje de regreso. Decía que, en su impaciencia por llegar a casa, se había bajado del lento tren de vuelta a unos treinta kilómetros de Kansas City, y había caminado

solo hasta el tranvía más cercano. Al oírlo las primeras veces me quedaba encantado con la idea de un diablillo que se orientaba por el campo sin ayuda, entre granjas desperdigadas, hasta llegar a su casa, pero, cuanto más lo pensaba, menos sentido le veía. Es difícil que un tren sea más lento que un niño a pie, incluso suponiendo que rodeara el centro para llegar a la estación antigua, cerca de los mataderos. Con ocho años, Charlie tampoco era un viajero tan curtido como para saberse todos los atajos. Algo de experiencia tenía en ir en tren a la granja de sus abuelos, pero ese trayecto no pasaba por la misma zona que el de ida y vuelta al campamento.

¿Se bajó del tren por las ganas de llegar a casa… o por alejarse de sus compañeros? Si le habían intimidado o molestado los mayores, no le habrían faltado motivos para separarse de ellos a la primera oportunidad.

Al margen de por qué motivos terminó el camino por su cuenta, cuando llegó a su casa tardó un poco en ser reconocido por su madre. Después de un mes desnudo al sol, estaba moreno como una bellota. Laura White le preguntó qué tal el campamento y su hijo le dio la misma versión jovial que seguiría repitiendo el resto de su vida, fuera o no del todo cierta. Estaba resuelto a no darle más preocupaciones de las que ya tenía. «Yo a mi madre le tenía tanto respeto que nunca le daba más problemas en los que pensar», explicó más tarde, y le pareció que la mejor manera de protegerla era no convertir sus propias experiencias, buenas o malas, en una carga. Vivir, aprender y seguir adelante. En resumidas cuentas: puede que lo más destacado de lo que contaba Charlie sobre el campamento, más allá de lo que sucediese en ese sitio donde «¡qué contentos estábamos!», sea que Charlie no volvió al año siguiente.

Cuando ya hacía un tiempo que no estaba Charlie entre nosotros, le expuse las dudas que seguía inspirándome el campamento a su yerno, mi amigo y vecino Doug, que es un talentoso abogado penalista que destaca por su habilidad para encontrar lagunas en historias que no encajan del todo, y resultó que él también tenía sus reparos sobre esta historia, en la que intuía que faltaba algo.

Doug aportó algunas pruebas circunstanciales de su propia cosecha. Se acordaba de que en el invierno de 2012 había pasado mucho tiempo con Charlie, justo cuando la noticia de un escándalo de abusos sexuales en la universidad acaparaba los informativos. La carrera del mítico entrenador de fútbol americano Joe Paterno llegó a un final ignominioso por las revelaciones de que uno de sus ayudantes de toda la vida se duchaba y viajaba en compañía de chicos menores que se encontraban en situaciones vulnerables. Varios responsables de la universidad, entre ellos Paterno, se abstuvieron de tomar medidas ante una acusación de agresión sexual contra él, a quien, al final, un jurado de Pensilvania encontró culpable de más de cuarenta abusos contra diversas víctimas. Para sorpresa de Doug, Charlie quitó hierro al asunto.

Barajamos la hipótesis de que en su niñez hubiera optado por minimizar una experiencia traumática en el campamento, y de que años más tarde esa decisión le impulsara a quitar importancia a los perjuicios causados en otras personas por experiencias similares. Pienso en cómo solía reaccionar mi padre ante los moratones, las contusiones y los huesos rotos de sus hijos: nos aseguraba que él había pasado por el mismo tipo de dolor sin que le quedara ningún tipo de secuela. «Tenéis que espabilar», nos decía. Es una actitud

que podría interpretarse como indiferencia al sufrimiento ajeno, pero que también es una estrategia para aprender a resistir y para alimentar la esperanza. «Cultivar la capacidad de olvidarse de los hechos traumáticos» es otra de las herramientas para ser resiliente, y una de las maneras de lograrlo es reducir al mínimo el poder que tienen esos hechos de seguir doliendo con el tiempo.

De pequeño, a Charlie ya le parecía que no había otra opción que seguir adelante. «No recuerdo haber sido tremendamente feliz», dijo una vez, hablando de su infancia. Pero optó por no mortificarse; por decirlo con sus palabras: «No teníamos tiempo de estar tristes». A través de esta actitud manifestaba un estoicismo precoz, el de no estar dispuesto a ser esclavo de los actos, decisiones, destinos u ofensas ajenos. Se adelantaba así al consejo del escritor Leo Buscaglia: «¿Por qué te aferras al dolor? Las injusticias de ayer ya no tienen remedio». Los estudios lo plantean del siguiente modo: en lugar de «ver las crisis como problemas insuperables», las personas resilientes entienden los traumas como oportunidades dolorosas de volverse más fuertes. Recordemos a Epicteto: los infortunios son el duro entrenamiento que pone en forma al atleta olímpico que llevamos todos dentro.

De cualquier forma, Charlie no dejaba de ser un niño, y nos equivocaríamos si diéramos a entender que no tenía sus momentos de desolación. Ya en su vejez, al acordarse de esos tiempos, le dolían más los momentos de soledad que los traumas en sí. Guardaba muy vivo el recuerdo de cuánto sufría al ver a niños de su edad acompañados por sus padres; padres de carne y hueso, vivos, presentes, con los que se reían, comían o jugaban a la pelota. Según él, los peores momentos eran esos: cuando se topaba de frente con

la pena y se le echaba encima con todo su peso la tristeza. Tuvieron que pasar meses, y años, para que aprendiera a confiar en que, tarde o temprano, se alejarían las oscuras olas de la depresión.

Ahora bien, una vez aprendido nunca lo olvidó, y saberlo fue un recurso del que seguiría echando mano a lo largo de una vida llena de contratiempos y pérdidas. «Las dificultades no las afronta todo el mundo igual», decía, y es verdad: hay quien cae en su trampa y quien las usa para afianzar su más genuina libertad.

Charlie sabía explicarlo todo con gracia, incluso su asistencia semanal obligatoria a la Iglesia. Está clarísimo que Laura White se había hartado de misas mientras era la mujer del pastor, porque mandaba a Charlie y se quedaba en casa. «Me decía "ve a la iglesia", pero ella no venía», recordaba él, reconociéndolo como algo «insólito», pero también como un reflejo de su creciente independencia.

A Charlie le gustaba bastante la iglesia. Las clases bíblicas de la escuela parroquial de los domingos podían ser bastante áridas, pero las alegraba el marido de la esforzada maestra, inspector de policía en Kansas City, con historias sobre forajidos, escamaruzas fronterizas y pioneros en apuros. Otro de quien tenía buena opinión era el predicador, autor, según él, de «sermones estupendos». El niño se tomaba la asistencia a la iglesia con la misma obstinación que dormir al aire libre; tanto era así, que le dieron un pin en recompensa por no haberse saltado un solo domingo en siete años.

Entre semana iba al colegio en un barrio pudiente al que podía ir a pie desde su casa. Él se definía como un alumno «ni bueno ni

malo». En eso discrepaba de sus profesores, que acabaron viéndolo como el más maduro de la clase, sobre todo después de la muerte de su padre y del verano en el campamento. A mitad del tercer curso, lo pasaron a cuarto, y el siguiente año lo cambiaron otra vez de quinto a sexto; en suma, que entró en el instituto con dos años menos que el resto de la clase, pero se integró con entusiasmo y sin la menor dificultad.

Era la época en que el país transitaba a pasos agigantados desde una sociedad en que la educación era cosa de pocos a otra en que era un derecho y una expectativa universal, al menos para los niños blancos como Charlie. Su instituto, solo para blancos, ejemplificaba como pocos ese cambio: en 1908, cuando abrió las puertas su imponente edificio de ladrillo rojo, solo estaban escolarizados en torno al 10 % de los norteamericanos de entre catorce y diecisiete años, mientras que, en 1917, cuando entró Charlie en noveno curso, el porcentaje se había triplicado.

A medida que la educación secundaria se volvía más inclusiva (en algunos aspectos), los educadores empezaron a preocuparse por el auge simultáneo de hermandades elitistas para alumnas y alumnos. Eran frecuentes los ensayos y las mesas redondas en que los responsables de escuelas importantes atribuían a estos grupos, a menudo clasistas, toda suerte de vicios y desavenencias entre el alumnado. En 1904, por ejemplo, un informe de las autoridades escolares de Chicago aseguraba que «las sociedades secretas tienen como efecto dividir la escuela en camarillas, destruir la unidad y la armonía de actos y de sentimientos y dificultar la relación de ayuda mutua que debería existir entre alumnos y profesores».

Charlie no podía estar menos de acuerdo. «En esa época, las hermandades de los institutos eran algo fantástico», decía con cariño sobre la pandilla de muchachos que lo inició en su propia hermandad. Se llamaba Delta Omicron Omicron, y tenía normas propias, aplicadas por sus miembros de mayor edad, que se reunían como tribunal en sesiones periódicas. «En todas las reuniones se hacían simulacros de juicios —recordaba él—. Si alguno de los más jóvenes se saltaba las reglas, tenía que someterse a las críticas de los muchachos». A pesar del recuerdo de haber visto llorar en esas circunstancias a más de un amigo descarriado, albergó toda su vida la firme convicción de que ese ejercicio de rendición de cuentas «era una de las mejores influencias que se podía tener. No hay nada mejor que que te critiquen tus iguales. Eso, en el instituto, lo vivimos desde muy jóvenes».

Cogían el tranvía para ir a divertirse a Electric City, un paraíso de luces, chorros de agua y atracciones situado en el extremo sur de la ciudad. También iban a buscar pelotas perdidas a un campo de golf de la zona y aprendían solos a jugar, o quedaban cerca del instituto y hacían un recorrido en grupo por las casas de las chicas. Según Charlie, en una sola tarde de domingo «podíamos hacer media docena de visitas». Los padres no estaban muy contentos de verlos llegar, porque «todos fumaban» y se guardaban las colillas en los bajos de los pantalones. Ahora bien, como apuntaba el propio Charlie, muchos de esos parranderos acabaron triunfando como abogados, jueces, médicos y empresarios. En 1927, uno de sus mejores amigos de la hermandad, Charles Parker, zarpó para Inglaterra para estudiar en Oxford como beneficiario de una beca Rhodes.

En todo ese tiempo, el trabajo estuvo tan presente en la vida de Charlie como la escuela y los amigos. Les cortaba el césped a los vecinos, ayudaba en una granja de la zona al llegar la cosecha y a los dieciséis años pasó a ser aprendiz de su cuñado Jack Noonan, el electricista. A partir de entonces, al salir de clase, iba cada día al centro, a la tienda de lámparas: «Me daban todo un cargamento de lámparas para colgar, y uno de sus coches. En una tarde instalaba las lámparas de toda una casa», recordaba. Como en esa época muchos hogares estaban pasando del gas a la electricidad, el joven aprendiz se volvió todo un experto en desconectar las volátiles conducciones de gas y enchufar las lámparas eléctricas, de las que saltaban chispas. Aunque parezca mentira, no se le incendió ninguna casa.

Ese mismo año, al graduarse del instituto, Charlie White se sentía puesto a prueba por la adversidad y también agraciado por el éxito. Se había hecho amigo de sus compañeros de clase, que le trataban de igual a igual, pese a ser todos mayores que él. Ayudaba a su madre y hacía sus contribuciones a la economía familiar. La muerte inesperada de su padre le había obligado a hacerse mayor antes de tiempo, pero gracias a ello confiaba sin miedo en sus capacidades. Había demostrado recursos, responsabilidad, autodisciplina y resiliencia.

Fue entonces, con este estado de ánimo, cuando se embarcó en un viaje que pocos habían hecho antes: una excursión por el futuro, una búsqueda, un épico periplo sobre ruedas.

Cinco

Poco después de la mañana en que vi a Charlie lavando el coche de su novia, mientras me encontraba fuera con los niños, apareció en su puerta y empezó a llamarnos, saludando con la mano. Quería enseñarnos algo. Nos llevó al jardín trasero por la verja lateral de su parcela. Al fondo, en un rincón, había una cabaña con la misma forma y el mismo color verde musgo que la casa. Se le notaban los años en desuso, pero los niños se dieron cuenta enseguida de su potencial, a pesar de las telarañas.

—Usadla siempre que os apetezca —les dijo él.

Cruzamos otra vez la verja para acompañarlo a su casa. En el recibidor había un Papá Noel de tamaño natural (y eso que estábamos a mediados de agosto).

—¡Preparaos para ver algo bueno! —exclamó Charlie con los ojos brillantes.

Se agachó con agilidad para agarrar un cable, sin que se le notaran los problemas de equilibrio, y lo enchufó en la pared casi a la primera, haciendo que se le encendieran los ojos y se le inclinara la cabeza.

«¡Jou, jou, jou!», dijo el muñeco con una voz reconocible, apoyándose en el otro pie.

El Papá Noel robot empezó a cantar un villancico, gesticulando con las manos y moviendo la boca.

Los niños me miraron de reojo sin saber qué pensar. Un muñeco de metro setenta, y que encima cantaba era algo emocionante, no se podía negar, pero ¿qué pintaba en el salón de un viejo, y encima en pleno verano? Charlie explicó que se lo había regalado una de sus hijas, y que le hacía tanta gracia que no había querido guardarlo.

—Me gusta tenerlo todo lleno de cosas.

Acto seguido nos llevó a la habitación de al lado para enseñarnos su valioso juego de pistolas de duelo antiguas.

Desde entonces, nunca desaproveché la menor ocasión de entrar en su casa, ni salí de ella sin una buena anécdota, o una decena. Hablar con él era ir saltando sin esfuerzo por las décadas y las generaciones, siempre con grandes dosis de arrojo, ingenio y sorpresa. La memoria es selectiva por naturaleza. No hay ninguna autobiografía que no esté abreviada, y tan revelador puede ser lo que omitimos como lo que explicitamos. Lo que contaba Charlie era de un optimismo obstinado. En su caso, la nostalgia abría nuevas posibilidades y el pasado miraba hacia el futuro.

Me di cuenta, por ejemplo, de que en sus historias nunca aparecían la Primera Guerra Mundial ni la epidemia de gripe de 1918, pese a que vivió de cerca ambas desgracias. Para un niño de doce o trece años debió de ser impresionante ver cómo jóvenes no mucho mayores que él salían hacia Europa para salvarla de una catástrofe en la que se había metido ella sola. Uno de ellos, seis

años mayor que Charlie, trabajaba en el *Kansas City Star* y se llamaba Ernest Hemingway.

El contingente estaba encabezado por un héroe local, o casi, porque Kansas City presentaba como uno de sus hijos al apuesto general John J. Pershing, alias «Black Jack», comandante de la Fuerza Expedicionaria Estadounidense. El gallardo oficial había acaparado poco tiempo atrás los titulares con sus hazañas en persecución del revolucionario Pancho Villa. Su posterior éxito en Europa le valió ser nombrado General de los Ejércitos, algo que no sucedía desde George Washington, y que no ha vuelto a repetirse. Después de la Gran Guerra, Kansas City honró a Pershing con un majestuoso monumento a los caídos para cuya construcción se recaudaron entre la población dos mil quinientos millones de dólares en tan solo diez días. Fue en la misma colina desde donde Charlie había visto cobrar forma pocos años antes a la nueva estación donde se levantó una imponente torre con una llama en lo más alto.

También la epidemia de gripe tuvo tintes locales, ya que el origen del temible bicho acabó localizándose en los campos de Kansas, en una zona de instrucción militar. Los jóvenes reclutas enviados al frente propagaron el virus por todo el país, y también por Europa. Acabó infectando a un tercio de la población mundial. Hubo ciudades enteras aisladas, y en los depósitos apenas cabían los cadáveres. Las instrucciones de quedarse en casa y no salir sin mascarilla levantaron ampollas entre la ciudadanía. Murieron casi setecientos mil ciudadanos, muchos en la flor de la vida.

Fueron dos de los hechos más dramáticos del siglo xx, pero no de la historia de Charlie. En un mundo oscurecido por tanta muerte y sufrimiento, él se encontraba en el apogeo de la vida. Todo indica

que en el instituto ya era consciente de que solo sería joven una vez, y no pensaba desaprovecharlo en las piras fúnebres de la guerra y la enfermedad. A sus dieciséis años, en la recta final de su escolaridad, soñaba con su propia declaración de independencia.

El episodio que le marcó a él fue otro: una odisea a California en los albores del automovilismo. Fue lo que más veces le oí contar en mis visitas. Le gustaba tanto que no se cansaba de rememorarlo, lo usaba a modo de talismán, como si se pudiera evocar todo un siglo a través del recuerdo de una sola experiencia.

Desde sus saltos sobre hogueras con flecos en los pantalones, Charlie estuvo contagiado de la misma fiebre que le había creado Kansas City: la de ir hacia el oeste. Las oleadas humanas que se abatieron sobre las tierras de los nativos americanos —olas de pioneros en sus carromatos y carretas—, tuvieron la ciudad como punto de reunión y partida. Sobre ruedas, quien se lo pudiera permitir, y a pie quien no, cruzaban mares de hierba que alcanzaban hasta los hombros, desiertos más secos que el pedazo de carne salado con que combatían el hambre y montañas no menos escarpadas que sus sueños, siempre hacia el oeste, en pos del crepúsculo.

Los fantasmas de Charlie todavía eran jóvenes el día en que llegó a Kansas City, donde se acababa el este y empezaba el oeste; Allí fue donde pusieron en marcha su expedición Lewis y Clark tras la compra de Louisiana por parte del presidente Thomas Jefferson, con la intención de cartografiar el territorio y abrir una ruta segura. La ciudad también fue la puerta al mayor robo de tierras de la historia mundial, y también al mayor negocio inmobiliario. Esta ruta abrió el camino a buscadores de oro, plata, libertad y suelo virgen;

cazadores de bisontes, evangelizadores a golpe de Biblia y un sinfín de norteamericanos persiguiendo su futuro en barcos, carromatos y trenes: ¡todos al oeste! Todos adonde desaguaba el río Kaw (ahora, río Kansas) en el Misuri, en el centro vital del continente, de donde arrancaron todas las grandes rutas del oeste: la de California, la de Santa Fe y la de Oregón.

En la odisea de Charlie se unían pasado y futuro. El caso es que, poco después del octavo cumpleaños de nuestro protagonista, la Ford Motor Company presentó una de las innovaciones más trascendentales de la historia de la economía: la cadena de montaje industrial. La nueva fábrica de Ford en Michigan reducía en un 75% el tiempo necesario para confeccionar la carrocería de un automóvil. Pronto se le sumaron varias cadenas más que hicieron maravillas similares en la fabricación de motores, transmisiones y chasis. En 1916, el mismo Ford T que en 1912 tardaba doce horas en ser construido salía de la cadena de montaje en solo noventa y tres minutos. Gracias a este descomunal aumento en la eficiencia, Ford casi duplicó los sueldos de sus trabajadores a la vez que recortaba en un tercio el precio de los coches.

El Ford T dejó al país anonadado. Baratos, resistentes y fáciles de reparar, estos coches tan sencillos —vendidos, se decía, en cualquier color, siempre y cuando fuera negro— desencadenaron algo primigenio en el genoma de la especie. Durante miles de años, las velocidades y distancias de los seres humanos se habían medido por el caminar. Con sus bufidos y sus traqueteos, la nueva máquina reformuló de golpe la geografía, la economía y la sociedad. Las carreteras, las estaciones de servicio, los moteles, los restaurantes de comida rápida, los centros comerciales, los suburbios… Todos

tienen su origen en este invento: el automóvil asequible y fiable. Era la libertad en estado puro: poder ir adonde se quisiera y parar donde le diera a uno la gana.

Antes de la cadena de montaje, solo uno de cada cien estadounidenses tenía coche. Nueve años después, en 1921, el número había aumentado en más de un 800 %, hasta casi uno de cada diez. La mitad de esos coches eran Ford T, y muchos se habían montado en la segunda fábrica más moderna de la Ford, inaugurada en 1913 en Kansas City.

En lo esencial, el Ford T alumbró la edad del automóvil, y en él tuvo su cuna la cultura automovilística, otro de los grandes terremotos que sacudieron el mundo de Charlie. Los coches cambiarían nuestra forma de comprar, de comer, de ligar y de morir. Con ellos, la gente ya no viviría en los mismos sitios que antes, ni se relacionaría igual, ni conocería igual a sus vecinos. Modificarían el estado físico de los cuerpos humanos y el olor del aire que respirasen. La fetidez del estiércol de caballo dejaría paso al toque punzante de los gases salidos de un tubo de escape, y el traqueteo de las ruedas de carro al rumor entrecortado de un motor de combustión.

Cuando esta erupción volcánica empezó a perforar el manto cultural, Charlie iba al instituto, y sucumbió enseguida al embrujo de la libertad; tanto fue así, que fraguó un plan secreto con dos compañeros de clase para ir en un Ford T desde Kansas City hasta Los Ángeles.

La idea, audaz para un adulto, no lo era tanto para tres adolescentes. Las carreteras, cuando las había, eran un desastre, sin pavimentar, llenas de baches, barro o polvo; en muchos ríos no

había puentes, y de los arroyos mejor ni hablar. Las leyes de tráfico eran inexistentes.

Uno de los primeros argonautas de la automoción fue Floyd Field, que un verano, recién terminada la Primera Guerra Mundial, salió de Atlanta con destino a Oregón a bordo de un Ford T que se iba abriendo camino campo a través con lentitud, y que era conocido como «la Tartana Errante». Field necesitó cinco semanas de ida y otras tantas de vuelta. El límite de velocidad lo ponía la naturaleza: unos ciento diez kilómetros al día por carreteras sin señalizar, lechos de lava en bruto, puertos de montaña e infinitas rodadas de carros que cruzaban las praderas.

El viaje que se imaginaban los tres chicos era algo similar. Sabían —o creían saber— lo arduo que sería el recorrido. Las carreteras de Kansas City tenían muy mala fama. El mismo año en que acabaron los estudios el chico y sus amigos, un joven artista pocos años mayor, de nombre Walt Disney, trataba de poner en marcha su negocio a no mucha distancia de la casa de Charlie. Dedicado a una nueva forma artística llamada «animación», Disney vendió a un teatro del centro varios cortometrajes de dibujos animados, llamados *Laugh-o-Grams* («risogramas»), que trataban temas locales. Las noches en que no había función de vodevil en el teatro, estos breves episodios se proyectaban antes de la película que hubiera ese día en cartel. Una de las animaciones de Disney se burlaba de los peligros de conducir en Kansas City. El joven artista dibujó a dos pasajeros que se elevaban más de un metro por encima de su «carricoche» —un Ford T— al subirse una de las ruedas a un saliente de roca, mientras la otra se hundía en un bache.

El público estaba encantado con esos cortometrajes tan originales que casi parecían tener vida propia, pero el negocio de Disney en Kansas City no llegó a levantar el vuelo, así que Walt hizo lo mismo que Charlie: poner rumbo a California, con la diferencia de que se decantó por el tren.

En Kansas City tenía su sede una organización resuelta a convertir los Estados Unidos en un país de coches. La National Old Trails Road Association —nombre que evocaba las antiguas comitivas de carromatos— apelaba a los entusiastas de los automóviles para que demandasen al Estado el tendido de la primera carretera que enlazaría las dos costas sin interrupción. La ruta que proponían seguía el mismo itinerario que la ya existente National Road de Maryland a Illinois. A partir de ahí, retomaría el camino abierto por Misuri por los primeros expedicionarios, y en Kansas City enlazaría con la más que habitual Ruta de Santa Fe a fin de cruzar Kansas y las Rocosas, penetrar hacia el sur por Nuevo México y virar hacia el suroeste hasta alcanzar Los Ángeles por el desierto. Este recorrido lo promocionaban poniendo señales en cercados, árboles y rocas por la red de senderos que iban enlazando granjas en dirección al Pacífico. La asociación publicó también una guía en la que se hacía constar qué droguerías vendían gasolina en el trayecto y en qué colmados podían encontrarse ruedas de repuesto. Se añadían indicaciones para no salirse del camino: «tuerza a la izquierda al llegar a la granja encalada» o «siga recto a partir del tocón retorcido». Cosas así.

Uno de los compañeros de hermandad de Charlie en el instituto era Bob Long, hijo, según sé por Charlie, de «un promotor inmobiliario con dinero» y dueño de un Ford T de 1917 con guardabarros de bicicleta, asientos como sofás y una capota

plegable. Long, que se moría de ganas de cruzar el país con su bólido, invitó a Charlie y otro de sus compañeros, Edgar Snow, a salir para California después de haberse graduado del instituto, en mayo de 1922.

Long había elegido bien a sus compañeros. El arrojo de Edgar Snow no tenía nada que envidiar al de Charlie, sino todo lo contrario. Se habían hecho amigos por ser los más jóvenes de su clase y ambos veían el mundo como un lugar lleno de posibilidades en el que ponerse a prueba de forma constante. Snow aspiraba a una vida de viajes y descubrimientos. Quería dedicarse a ir adonde no se atrevía a ir nadie y poner por escrito las historias que encontrase, cuanto más sonadas mejor. Cuando no escribía en el periódico de la hermandad, atizaba sus sueños de explorador recalcitrante. Siempre había soñado con bajar en balsa por el Misisipí, pero la propuesta de Long de viajar a California ocupó el lugar de ese proyecto.

Aunque entonces Snow no pudiera saberlo, la proeza del Ford T sería el primer paso de una trayectoria que acabaría convirtiéndole en uno de los corresponsales en el extranjero más famosos del mundo. Faltaba poco más de una década para lo que se llamó en su día la «exclusiva del siglo», conseguida por Snow al localizar a un líder insurgente en lo más remoto del interior de China. La experiencia de haber sido el primer occidental en entrevistar a Mao Zedong la cuenta el propio Snow en *Estrella roja sobre China*, un gran éxito de ventas publicado en 1937. En los años cincuenta, durante la caza de brujas, fue acusado de comunista y se exilió por su cuenta a Suiza, a donde fue a verlo su viejo amigo de infancia, Charlie White. Su última exclusiva, publicada en 1970 en portada de

la revista *Time*, fue otra entrevista con Mao, mucho después de su victoria en 1949 en la Guerra Civil china. El ya anciano dictador aprovechó el regreso de Snow para invitar al presidente Richard M. Nixon a que visitara China. El resto es historia.

Pero eso es condensar casi cincuenta años en unas pocas frases. Volvamos a 1922 para encontrarnos con tres chicos, un viaje y dos obstáculos.

El primer impedimento eran sus padres. Según Charlie, Long se resistía a solicitar la autorización de los suyos, sospechando que dirían que no, así que, suscribiendo la filosofía de que es más fácil pedir perdón que permiso, quiso discurrir una artimaña que encubriese su partida. Charlie, en cambio, estaba seguro de que su madre estaría encantada con el viaje si se lo explicaba, pero la idea de ayudar a Long en su engaño tenía la gracia de lo subversivo.

Del segundo obstáculo surgió el engaño. Charlie y Ed Snow no tenían dinero para el viaje, pero en las praderas de Kansas el trigo estaba a punto de cosecha, y la demanda de mano de obra en su punto más alto. Los muchachos les dijeron a sus padres que querían ahorrar para la universidad. Lo que se callaron fue que, una vez llenos sus bolsillos, seguirían hacia el oeste.

Salieron a finales de la primavera de 1922: dos en el asiento delantero y el tercero arrellanado en el banco de atrás. De la ciudad salieron despacio, casi a paso de marcha, siguiendo las caravanas. De ahí, por campos casi sin delimitar, pasaron a las Flint Hills, con sus pastos aplanados por el viento, y subieron hasta la meseta. Iban enlazando indicadores sin otra ayuda que la de la guía

de la asociación. «La verdad es que no había carreteras ni mapas —recordaba Charlie—. Teníamos una especie de guía que te iba dando indicaciones como "sigue quince kilómetros en tal o cual dirección y, al llegar a un abeto grande, tuerce a la derecha"».

En casi todas las encrucijadas veían letreros escritos a mano donde se ofrecía trabajo de peón a seis dólares el día. Charlie me explicó que, si algo no le faltaba a Bob Long, de familia acomodada, era dinero, así que continuaron hasta llegar a una localidad bastante grande como para contar con un buen hotel, donde Long cogió una habitación y estuvo ocioso mientras Charlie y Ed faenaban cerca, en una granja. «No parábamos de amontonar trigo desde que salía el sol hasta que se ponía, con un calor tremendo», recordaba.

A los jóvenes urbanitas les quedaba mucho que aprender. El primer día, los dos graduados de menor edad descubrieron el *header*, un artefacto primitivo (y predecesor de las actuales cosechadoras) consistente en un tambor abierto con palas giratorias que, arrastrado por un tiro de cuatro caballos, iba cortando el trigo y lo depositaba en una trémula cinta transportadora, la cual, a su vez, lo hacía caer en un carro tirado por caballos que se desplazaba a su lado con lentitud. Era duro conducir los caballos por los campos, pues, quien lo hiciera, se pinchaba las piernas con las espigas. El polvo del trigo se les metía en la nariz y cubría sus cuerpos sudorosos. Cuando el carro estaba lleno, lo llevaban a un punto de encuentro donde preparaban las gavillas resultantes para la trilladora.

«Dormíamos en el suelo de lo agotados que estábamos —me contó Charlie—. De vez en cuando, nos bañábamos en un abrevadero de caballos». Lo decía con una seguridad que nunca

dejaba de maravillarme, por muchas veces que se lo hubiera escuchado. Por si fuera poco salir a recorrer el país por caminos de tierra a los dieciséis años sin informar a nadie de adónde iba ni de cuándo volvería, lo hizo sin nada en los bolsillos, confiado en que de alguna manera se las arreglaría. No sabía nada de trabajar en el campo, pero tenía fe en su capacidad de aprendizaje y de trabajo. «La gracia es que acabábamos de salir del instituto —decía, pensando en voz alta— y no teníamos ni idea de cómo se les ponían los arreos a los caballos ni nada de eso. A las cuatro de la madrugada, recién llegados, los granjeros nos tiraron los arneses diciéndonos: "¡Venga, id preparando los caballos!". ¡Lo pasamos fatal!». El recuerdo le hacía reír. «Al final lo conseguimos, y en pocos días ya éramos unos expertos; lo normal en chicos de instituto, vaya».

Me encanta la expresión: «lo normal en chicos de instituto». Además del coraje necesario, Charlie y su amigo, el intrépido Ed, tenían conciencia de lo que aportaban. Si los veteranos les aventajaban en maña y experiencia, ellos lo compensaban con sus ganas de crecer y adaptarse. Hay un estrecho parentesco entre los recursos y la resiliencia. En vez de dejarse vencer de antemano por su falta de experiencia y referencias, Charlie y Ed exprimían al máximo lo que tenían a mano, empezando por la predisposición de la juventud a aprender.

Después de una semana y media en los campos de trigo, ya eran peones hechos y derechos, con la musculatura endurecida y cincuenta dólares por cabeza. Notaban que el dinero les quemaba los bolsillos. «Dijimos: "¡Somos ricos!" —rememoraba—. "¡Vámonos a California!"».

Llevar un Ford T no se parecía en nada a lo que es conducir hoy en día. Para arrancarlo, el conductor o un pasajero insertaban una manivela extraíble en el motor a través de una ranura situada debajo de la rejilla frontal del vehículo y, con el estárter (un dispositivo que facilitaba el arranque en frío del motor) y el carburador a punto, le imprimían media vuelta con energía. Si salía todo bien, el pequeño magneto generaba bastante electricidad para prender el combustible en el primer cilindro y poner el motor en marcha. La manivela era uno de los aspectos más peligrosos de la conducción en sus primeros tiempos, porque si la mezcla de combustible y aire no era la correcta, el petardeo del motor podía expulsar de forma violenta la manivela, fracturando la muñeca. Una vez en marcha, el motor de cuatro cilindros en línea del Ford T —*four-banger*, como lo llamaban entonces— generaba una potencia de veinte caballos, que para la época no estaba nada mal, y que se trasladaba a las ruedas traseras gracias a una transmisión de dos velocidades.

Dentro del coche, el conductor tenía frente a él dos pequeñas palancas que sobresalían de la columna de dirección. No eran para señalar los giros, ni para limpiar el cristal, porque el Ford T no llevaba intermitentes ni limpiaparabrisas de serie. La palanca izquierda controlaba las revoluciones del motor y la derecha regulaba la velocidad.

Del suelo del vehículo sobresalían tres pedales metálicos y una palanca grande. Accionándolos juntos, formaban el embrague. Pisando el pedal de la izquierda y levantando la palanca, el conductor pasaba de punto muerto a la marcha más baja, y de esta a la más alta. El pedal del medio era para dar marcha atrás,

mientras que el de la derecha controlaba el freno, que funcionaba por fricción en el tambor de transmisión. (Pedal de gas no había; ya hemos visto que el acelerador estaba montado en la columna de dirección).

Con la carretera en condiciones y el viento a favor, en el supuesto de que el conductor llegara a dominar las elaboradas combinaciones de pedales y palancas, el Ford T podía llegar a los sesenta y cinco y hasta setenta kilómetros por hora. Con sus, más o menos, dos mil setecientos kilómetros, la ruta hasta Los Ángeles suponía conducir unas cuarenta y dos horas a una velocidad de sesenta y cinco, pero la «tartana» casi nunca alcanzaba ese tope. En las accidentadas carreteras sin asfaltar del oeste del país, los viajeros se daban por satisfechos con llegar a la mitad de esa velocidad, la cual se reducía todavía más cuando había que evitar obstáculos, dar la vuelta en caminos sin salida o volver tras haberse equivocado de ruta. Siempre estaba el peligro de sufrir una avería. Los motores tendían a sobrecalentarse, y en los baches más profundos podían partirse las ruedas, que en el caso del Ford T eran de madera. Los caballos, principales ocupantes de las carreteras, dejaban un rastro de clavos de herradura que eran toda una amenaza para las finas paredes de goma de los neumáticos.

De todas formas, los chicos no tenían prisa. Se pusieron el apodo de «los Tres Inconscientes», y les gustó tanto que lo pintaron en un lateral del coche. Acusando en sus carnes la menor sacudida por lo rígido que era el acero de la suspensión y a merced del balanceo de los muelles que se escondían bajo la tapicería de los asientos, salieron a explorar el ancho mundo.

En 1922, quien quisiera cruzar Kansas en automóvil por rutas ya conocidas tenía dos opciones. Por desgracia, no lo he descubierto hasta después de la muerte de Charlie, porque me habría encantado comprobar cuál de las dos siguieron ellos. Al haberle oído mencionar su guía di por supuesto que habían optado por el itinerario de Old Trails. Sobre esta ruta, A. L. Westgard, autor de los primeros libros publicados en Estados Unidos sobre viajes transcontinentales en automóvil, escribió: «Ocupa el primer lugar en lo tocante tanto al estado de las superficies como al interés paisajístico e histórico y a las instalaciones hoteleras».

Para Charlie y Ed Snow debía tener un interés muy especial, en la medida en que pasaba por Emporia, localidad de Kansas donde un aspirante a periodista como el segundo podría haber comprado la *Emporia Gazette*, publicación de prestigio mundial. No cabe duda de que, en esa época, su director, William Allen White, era el hombre más famoso de Kansas, y quizá de todo el Medio Oeste. Durante medio siglo se reimprimieron y leyeron de costa a costa sus editoriales, y se tiene constancia de que por su suntuosa mansión pasaron figuras como el expresidente Theodore Roosevelt o el actor de cine Douglas Fairbanks (*La fierecilla domada* o *La máscara de hierro*).

Justo cuando recorrían Kansas los muchachos, el famoso White era noticia por haberse enzarzado en una cruzada contra el Ku Klux Klan, que vivía un nuevo auge propagando su veneno populista por el centro del país. En plena resaca de la guerra en Europa y de la aguda recesión de 1920, el resurgido Klan prometía defender «el americanismo al cien por cien» contra los inmigrantes y los ciudadanos de razas distintas a la blanca. White usó las páginas de

su periódico para denunciar los chabacanos encantos de la organización, y en 1924, pareciéndole que no se hacía oír bastante, se presentó a gobernador de Kansas al frente de una plataforma antiKlan. Al final perdió, para vergüenza de Kansas. Es posible que la reacción a su derrota ayudara a rebajar la fiebre del odio, pero en 1922 las espadas seguían más en alto que nunca.

Para alguien tan aficionado a las historias del Viejo Oeste como Charlie, tenía más atractivo otra parada del itinerario: Dodge City, la última y más legendaria de las poblaciones que medraron al calor del auge ganadero del siglo XIX y hogar de pistoleros como Wyatt Earp y Bat Masterson, personalidades de las cuales se hicieron diversas películas a lo largo del siglo XX. Ambos eran asiduos del Long Branch Saloon de Kansas, escenario habitual de altercados y tiroteos, y estaban decididos a evitar una estancia como inquilinos fijos en el cementerio.

Después de la guerra de Secesión, durante unas décadas no por breves menos pintorescas, los ganaderos de Texas hacían llegar sus reses a los mercados urbanos por la Ruta de Chisholm, que enlazaba con el nuevo tendido del ferrocarril en Kansas. Eran los mismos años en que las praderas del estado se llenaban de nuevas granjas, y en que el ganado iba extendiéndose cada vez más hacia el oeste. La localidad de Abilene*, el primer destino para la carne de Texas, pasó el relevo a Ellsworth, que, en sus escasos y sangrientos años de gloria, se alzó con la palma de la perversión en las llanuras, al menos en la imaginación popular. También de ahí se vieron expulsados los vaqueros, que acudieron en masa a Dodge City, llamada la «Sodoma del Oeste».

Y fue la población de esa localidad la que, en las elecciones de 1883, llevó al poder a un grupo de reformadores con el mandato de erradicar las borracheras, las peleas y la prostitución que tan mala fama le habían dado, empezando por el Long Branch Saloon, mezcla de cantina y burdel, que se convirtió en objeto de redadas hasta su clausura por las autoridades. Los reformadores le dijeron a Luke Short, terrateniente y proxeneta, que se fuera de Dodge City, pero él se limitó a refugiarse en Kansas City el tiempo justo para reclutar a una serie de amigos diestros con la pistola. Para cuando volvió junto con Masterson, Earp y algunos más, la economía de Dodge City se hundía bajo el peso de unos insatisfechos vaqueros, y los más beatos de la localidad empezaba a arrepentirse de sus coqueteos con la virtud. Al término de breves negociaciones, Luke Short reabrió el Long Branch sin que se disparara un solo tiro, y conmemoró la victoria posando con sus pistoleros para una foto que se haría famosa, entre otras cosas por su irónico comentario al pie: «la Comisión de Paz de Dodge City».

Son historias que evocan el ruido de espuelas y de pianola de los tópicos hollywoodienses, pero a los pasajeros del Ford T no les quedaban lejos, menos de cuarenta años; tanto es así que, si es cierto que pasaron con su coche por la polvorienta calle principal que habían pisado antaño los caballos de los legendarios pistoleros, lo hicieron cuando aún estaban vivos tanto Bat Masterson como Wyatt Earp. En 1922, Masterson era comentarista deportivo de un periódico de Nueva York, y a su pluma se debía la siguiente y memorable observación: «A todos nos toca la misma cantidad de hielo. Los ricos la reciben en verano y los pobres en invierno». Menos pródigo en citas, pero igual de pintoresco, Earp, por su parte,

trabajaba como asesor de decorados en películas mudas del oeste, con lo que fue uno de los forjadores de su propia leyenda.

Así, los tres muchachos transitarían por la frontera entre el pasado y el futuro, internándose en un territorio por donde hacía solo décadas que habían vagado manadas de bisontes que parecían infinitas. El traqueteo del motor los habría llevado por localidades donde los más viejos del lugar aún se acordaban de las incursiones comanches y las represalias de la caballería. Eran tierras inmensas, pero menos que sus cielos, abiertos de par en par sobre un horizonte rectilíneo. Detrás del Ford, los trenes de la línea de ferrocarril eran simples puntitos que iban creciendo desde el este hasta acabar adelantándolos en medio de una humareda cargada de cenizas. La misma trayectoria seguía el sol, que achicharraba a los tres pasajeros en sus asientos de cuero negro.

Entre los papeles que dejó Charlie al morir estaba la transcripción de una entrevista concedida por Bob Long al biógrafo de Edgard Snow casi sesenta años después del viaje. Por lo que recordaba Long, los Tres Inconscientes habían cruzado Kansas por un itinerario más al norte. Según él, se habían ceñido a una ruta menos famosa, la Midland Trail, abierta por los mineros de la fiebre del oro de 1859 hasta la ciudad de Colorado Springs, al pie de la cima montañosa de Pikes Peak. A partir de ahí, según su recuerdo, habían ido hacia el sur para evitar cruzar la imponente cordillera central de las Rocosas y, al poco tiempo, se habían reintegrado a la ruta de Old Trails, cerca de La Junta (Colorado), a no mucha distancia del punto de Sand Creek donde, en 1864, un grupo de colonos de la generación de sus abuelos había masacrado a decenas de personas de tribus de

nativos americanos cheyenes y arapahoes, incluidos mujeres y niños, que acampaban de forma pacífica en esas tierras.

Los aventureros paraban para aprovisionarse y repostar en pequeños establecimientos de ramos generales. «No había gasolineras —me explicó Charlie—. La gasolina la comprabas en los colmados. Que yo recuerde, tampoco había donde dormir. Lo hacíamos en el suelo. Si llovía, nos poníamos debajo del coche, claro».

Si conducían tras haberse puesto el sol, la intensidad de los faros del coche, alimentados por el pequeño magneto, aumentaba o disminuía en función de la velocidad. «Si conducías de noche tenías que ir como mínimo a cuarenta por hora, para tener bastante electricidad —me contó—. Cuanto más deprisa ibas, mejor funcionaban las luces, pero las carreteras eran tan malas que casi te salías del coche por los saltos».

El itinerario seguía por los yacimientos de carbón del sur de Colorado, famosos, por desgracia, por la dura represión contra los levantamientos de los mineros. Tan solo ocho años antes del viaje de Charlie y sus amigos, el gobernador de Colorado había enviado a la Guardia Nacional para disolver una concentración de mineros en huelga. Los huelguistas, empleados de la Colorado Fuel & Iron Company —y en su mayoría inmigrantes y afroamericanos—, estaban plantando cara a un terrateniente cuyo apellido era sinónimo de riqueza y poder: John D. Rockefeller Jr. La Guardia Nacional llegó a caballo y en un vehículo blindado con una ametralladora. Apostados en una altura desde donde se dominaba el

campamento, abrieron fuego y mataron como mínimo a siete mineros. Más de una docena de mujeres y niños se pusieron a cubierto en un búnker, donde murieron por asfixia al prender fuego la Guardia Nacional a las tiendas que había encima. En represalia, se generalizaron por toda la región los asesinatos de vigilantes, capataces y directores de minas, una auténtica guerra que hizo estragos hasta que el presidente Woodrow Wilson envió al ejército para que reinstaurase el orden.

Lo único que recordaba Charlie era cómo fue cambiando poco a poco el paisaje al pasar por La Junta, uno de los primeros puestos comerciales de la Ruta de Santa Fe: después de varios cientos de kilómetros de praderas entre grises y marrones, penetraron en la verde masa de los arbustos del altiplano. Lejos, al oeste, se recortaba por todo el horizonte la escarpada sierra. En ese horizonte, de haber sido alpinistas, los muchachos habrían encontrado algunas de las cumbres más inhóspitas de toda la cordillera de las Rocosas, pero no: encaminaron su tartana hacia el sur, dejando a la derecha las montañas, y salieron en busca de un lugar más fácil por el que cruzar.

Cuando llevaban una semana de viaje se les reventó un neumático. Como en el coche no había gato, Ed Snow, el más fuerte de los tres, bregó por levantar bastante una esquina del vehículo para que los demás cambiaran la rueda. Siguieron hasta el siguiente pueblo con miedo a sufrir otro pinchazo, y allí, en la tienda de ultramarinos, compraron cuatro neumáticos de repuesto.

Pero no podían evitar las Montañas Rocosas para siempre; en algún momento tendrían que atravesarlas. Encontraron el punto idóneo cerca de la frontera con Nuevo México. Al iniciarse el ascenso, las cuestas, cada vez más pronunciadas, eran toda una odisea para los cuatro cilindros. «Me acuerdo de que eran tan empinadas que el coche no daba más de sí, así que mientras uno conducía los otros dos bajaban y empujaban», me explicó Charlie. Turnándose al volante, «pasamos la frontera literalmente a empujones, pero el coche pesaba muy poco y éramos chicos bastante fuertes».

Bajaron a gran velocidad por la vertiente sur del puerto de montaña, donde el aire fresco les secó el sudor en poco tiempo. «Si el turista tiene la suerte de asistir a una puesta de sol mientras baja de la montaña, se le quedará grabado para siempre su esplendor», escribió el fotógrafo A. L. Westgard, no sin añadir un aviso a los automovilistas que pasaban por Nuevo México: el de que pronto tendrían que esquivar «obstáculos naturales en forma de suelos de adobe, rocas volcánicas y tramos de arena», todos los cuales les resultarían «más arduos de vencer que los que se encuentran en la mayoría de los estados».

En la pequeña localidad de Las Vegas —pequeña pero casi el doble de poblada que la diminuta aldea de Nevada con la que compartía su nombre y que sería famosa en el futuro por su vida nocturna— el itinerario se dirigía de nuevo hacia el oeste, entre los aislados matorrales y desiertos del Suroeste. Era el territorio más nuevo, salvaje e inexplorado del país; al menos, en tierra firme. Habían pasado diez años desde que, en 1912, Nuevo México y Arizona añadieran sus estrellas a la bandera, las número cuarenta y

siete y cuarenta y ocho. Juntos, los dos estados eran tres veces y media más grandes que Misuri; sin embargo, su población no llegaba ni a la quinta parte de este. Incluso Kansas, tan dispersa, tenía una densidad poblacional siete veces mayor que la de esas agrestes extensiones donde, en términos prácticos, se hablaban el español y el navajo tanto como el inglés.

Los viajeros se asombraban con las mesas y pináculos de aquellas tierras tanto como con las plazas de adobe dejadas por las misiones españolas y los redondeados *hogans,* las casas tradicionales de los pastores navajos. Tras una infancia transcurrida entre relatos patrioteros sobre el salvajismo de los indios, de pronto se encontraban ellos mismos entre los nativos, circulando sin prisa en coche por la tierra de los zuni, los navajos y los hopis y descubriendo la hospitalidad de los primeros pobladores del país. «Por la noche acabábamos en campamentos indios, y nos daban carne de serpiente y cosas por el estilo», me contó Charlie. La duda de si eran fantasías se me despejó al averiguar que uno de los manjares más exquisitos de los zuni son langostas fritas con pan de maíz, que tomaban de forma tradicional a finales de la primavera.

Al oeste de las montañas aún era todo más accidentado: «ni grava; solo tierra y arena», recordaba el hombre. Si se quedaban atascados, como les ocurrió más de una vez, el Ford era bastante ligero para sacarlo empujando entre todos. Esa suerte no la tenían los que conducían vehículos más grandes: los Tres Inconscientes se encontraron con los restos de más de un coche pesado hundido en tierra blanda. «Vimos un montón de coches; los grandes se quedaban atascados y era imposible sacarlos».

Sin embargo, en lo más inhóspito de Arizona, bajo un sol de justicia, el Ford tuvo una avería. Noventa años después, Charlie aún se acordaba de que se «quemó» un rodamiento. Guardaba tan fresco como el primer día el recuerdo de quedarse tirados en un entorno hostil. «No había nada en ochenta kilómetros a la redonda, ni pasaba casi nadie. Nos quedamos sentados sin saber qué hacer, y así estuvimos alrededor de una hora».

Puede que fueran tres.

O cinco.

Transcurrido el tiempo en cuestión, «pasó un granjero con otro Ford T, pero esta vez era un modelo de camioneta pequeña», recordaba. Una de las mejores prestaciones del Ford T —y una de las razones de su increíble éxito— era la facilidad con que podía adaptarse una misma plataforma mecánica a diversos usos. Se tardaba muy poco en convertir un turismo como el del acaudalado Bob Long en una camioneta como la del granjero de Arizona; solo había que desenroscar el asiento trasero, con sus muelles, y poner en su sitio una resistente caja de madera. Encima, su funcionamiento era bastante sencillo como para que lo entendiera cualquier manitas un poco seguro de sí mismo.

Un siglo después, los coches son muchísimo más complejos, y quien no se conforme con cambiar el aceite o reponer el líquido del limpiaparabrisas necesitará formación e instrumental específicos. Aun así, yo creo que sigue siendo importante tener unos conocimientos básicos sobre la tecnología presente en nuestras vidas, del mismo modo que Charlie y sus amigos entendían el funcionamiento de su coche averiado. Habría que animar a los estudiantes a aprender a montar una página web sencilla, a cambiar

un grifo que gotea y a plantar un jardín. Cuanto más se sabe hacer, más seguro se está de uno mismo, lo cual es un antídoto contra la sensación de que los cambios son una fuerza hostil que arrastra al mundo sin que podamos hacer nada para evitarlo.

—¿Qué os pasa, chicos? —preguntó el granjero desde la camioneta mientras frenaba.

—Que se nos ha quemado la rueda; bueno, los rodamientos —se acordaba Charlie de que contestaron.

La respuesta del granjero fue una sorpresa y un alivio.

—A mí el mes pasado me pasó lo mismo. —Aparcó a un lado de la carretera y rebuscó en una caja de madera hasta sacar la pieza que hacía falta—. Tengo uno de repuesto.

«Total, que nos dio el rodamiento de repuesto, lo pusimos y seguimos —recordaba—. ¿Y dices que no estaba Dios con nosotros?».

Otro día sufrieron un segundo percance, puede que aún más peligroso, teniendo en cuenta que el desierto no perdona, en el que el coche se sobrecalentó y se rascó uno de los cilindros del motor. No se dieron cuenta de que se habían quedado sin agua hasta que el radiador estuvo seco. O volvían a ponerlo en marcha o, una vez más, se exponían a un golpe de calor, por no decir a la muerte, porque no había ninguna población en varios kilómetros a la redonda. Dejaron que se enfriase el motor y vertieron en el radiador la última botella de refresco que les quedaba; y, si bien la espuma que se formó no presagiaba nada bueno, el plan salió lo bastante bien como para llevarlos a trancas y barrancas hasta la tienda de ultramarinos más cercana.

Más adelante en el camino, al despertarse una noche al raso en el desierto, se encontraron al lado de su coche, sentado en silencio, a un nativo americano con una manta en los hombros que le protegía del frío de la madrugada. Muy paciente, el hombre estaba esperando para saludarlos. Los chicos le invitaron a desayunar y, al felicitarle por su inglés, se llevaron la sorpresa de oír que era licenciado en Harvard.

Al cabo de dos semanas en la carretera, a una media de unos quince kilómetros por hora, los Tres Inconscientes bajaron la ladera oeste de la sierra de San Gabriel y llegaron a Los Ángeles montados en su Ford lleno de polvo. En comparación con lo que llegaría a ser, una de las grandes ciudades del siglo xx, Charlie la recordaba como un pueblo. «Los Ángeles eran unas cuantas casas con naranjos entre medio, pues todo estaba lleno de naranjas y de naranjales».

Acababan de cruzar medio continente en un artilugio no mucho más complejo que un cortacésped y estaban viendo por primera vez el mar. No habían pedido permiso a nadie, ni habían necesitado ayuda más allá de su propio espíritu de iniciativa y la amabilidad de algún que otro desconocido. De pronto, sin embargo, con ese bajón tan típico de los viajeros, cayeron en la cuenta de que sus previsiones y sus fuerzas no iban más allá de Los Ángeles, y se enfrentaron a la cuestión de cómo regresar.

Entre los tres a duras penas conocían a una sola persona en toda California. Charles Rogers, *Buddy*, un año mayor que Charlie White, era de Olathe (Kansas), localidad que se podía visitar en un solo día desde Kansas City en carro de caballos. Siendo

pequeños los dos, una línea de tranvía había enlazado la gran ciudad con los pueblos de su entorno inmediato, abriéndoles un mundo de posibilidades a los hijos de los granjeros. Buddy Rogers había sacado provecho del panorama musical de Kansas City para pulirse como intérprete, y lo más probable es que los tres muchachos le conocieran de algún concierto o baile que hubiera dado en sus comienzos; de ahí que recibieran con interés la noticia de que Rogers había interrumpido sus estudios para irse con su madre a Hollywood a probar suerte en el mundo del cine.

La tuvo, y no poca: a los cinco años de partir, Buddy Rogers era una estrella de primera magnitud, «el Novio de América». En 1927 hizo historia en Hollywood como pareja masculina de Clara Bow en *Alas*, galardonada con el primer Oscar de la historia a la mejor película. Más tarde, su relación con Mary Pickford fue uno de los detonantes del divorcio entre la actriz y el gran ídolo del cine de acción, Douglas Fairbanks, en 1936. El posterior matrimonio entre Rogers y Pickford, por el contrario, fue uno de los más longevos del mundo de la farándula, ya que duró hasta la muerte de ella, en 1979. En 1982, la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas volvió a reconocer a Buddy Rogers con un galardón a su labor humanitaria, el mismo que han recibido con los años estrellas de la talla de Paul Newman, Frank Sinatra, Audrey Hepburn y Angelina Jolie.

Todo eso, sin embargo, estaba por venir. De momento, Buddy Rogers era un adolescente anónimo y lleno de sueños en cuya puerta acababan de plantarse tres conocidos de Kansas City, que, en palabras de Charlie, se las ingeniaron para localizarlo en «una casita en la propia Los Ángeles», donde estaba viviendo mientras aprendía

el oficio cinematográfico. Al explicarle cómo habían llegado, Rogers los invitó a pasar y a desayunar. Se entretuvieron lo suficiente como para quedarse y pasar aquella noche al raso, pero por la mañana, según Charlie, «decidimos no aprovecharnos de Buddy», decisión alentada sin duda por el propio Rogers y su madre.

Charlie explicaba que estuvieron comiendo de gorra uno o dos días a base de ir a presentaciones de agencias inmobiliarias con la excusa de haber sido enviados por sus padres, que querían invertir en California. Por otra parte, las panaderías permitían probar de forma gratuita sus productos, al menos hasta que los panaderos los pillaban repitiendo. Ninguna de las dos estratagemas era una solución a largo plazo, así que la necesidad de regresar a casa tardó muy poco en volverse apremiante.

En el caso de Long, el viaje de vuelta pasaba por algo tan sencillo como ponerse en manos de sus padres, así que vendió el destartalado Ford por unos pocos dólares y buscó habitación en un hotel, desde donde les pidió ayuda a través de un telegrama. Su madre, exasperada, tomó el primer tren a Los Ángeles para ir a buscarlo.

Charlie y Ed no tenían nadie a quien recurrir. Se les había acabado el dinero ganado con el trigo. Ya no tenían el Ford T de su amigo rico. Buddy Rogers les había cerrado su puerta, y en el mundo inmobiliario ya no quedaban más almas caritativas a las que apelar. «Pensamos que todo era cuestión de subirnos a un tren sin que nos vieran», explicaba Charlie.

El plan tenía un solo defecto: «Nunca antes habíamos saltado a un tren en marcha».

Tras llegar a pie a la estación de carga de Los Ángeles, recorrieron con sigilo los apartaderos en busca de un tren que fuera hacia el este. Eran conscientes de que les convenía subirse con el convoy en movimiento, a fin de reducir las posibilidades de que los pillasen. Ahora bien, este no podía estar avanzando a gran velocidad, pues eso solo multiplicaba el nada desdeñable peligro de trepar a una montaña de metal en movimiento. Lo ideal sería subirse a uno que acabara de salir.

Cuando tuvieron localizado uno que prometía, se agazaparon hasta que los vagones se pusieron en marcha con un chirrido de ruedas. Entonces salieron disparados de su escondite para subirse a un vagón. Estaban eufóricos, llenos de orgullo, pero, al acomodarse para el viaje, se dieron cuenta de que no iban en la dirección correcta. «Nos habíamos subido a un tren pensando que iba hacia el este, pero iba hacia el norte», me dijo Charlie años después, riéndose entre dientes.

Tras todo un día de viaje, pararon cerca de la ciudad de San Francisco. La jornada les había deparado una mezcla de cosas buenas y malas. Los dos amigos habían aprendido a subirse a un tren; eso era bueno, pero no estaban más cerca de casa, y encima su pobreza era acuciante.

Al salir de la estación, mientras buscaban algo para comer, descubrieron que habían elegido para su bautismo ferroviario una de las peores huelgas de la historia del ferrocarril en el país. Después de nacionalizar el sector durante la Gran Guerra, el Gobierno estaba poniéndolo de nuevo en manos privadas, y las operadoras estaban decididas a recortar gastos. A la propuesta de reducir un 12 % los

salarios de los obreros de los talleres, estos respondieron convocando un paro de costa a costa.

Los muchachos se enteraron por los carteles que rodeaban la estación. Las empresas ferroviarias habían montado campamentos de «esquiroles», como los llamaban, para que la huelga no paralizara la circulación. «En un cartel ponía que necesitaban servicio de mesa para los trabajadores mexicanos que refrigeraban los vagones con los que se transportaba verdura hacia el este», recordaba. Siguiendo las indicaciones del anuncio, los dos viajeros sin blanca llegaron a una verja de alta seguridad, en Oakland. Un grupo de vigilantes armados los miró de la cabeza a los pies y los hizo pasar. Charlie y Ed se presentaron ante los encargados de contratación.

Estuvieron diez días sirviendo comida a los suplentes dentro de vagones de pasajeros adaptados. La paga consistía en tres dólares al día más la manutención y un lugar donde dormir. Cada día les pesaban un poco más los bolsillos. Cuando llevaban acumulados treinta dólares por cabeza, calcularon que con eso podrían llegar a casa sin percances.

Aun así, a esas alturas ya tenían tanta prisa por volver a casa que decidieron arriesgarse y saltar a un tren de pasajeros. Agazapados en las vías, encontraron uno del que ya salía vapor. Cuando oyeron el silbato que anunciaba el cierre de las puertas se lanzaron corriendo hacia la parte trasera de un vagón y se agarraron a la escalerilla que llevaba al techo. Mientras, con una sacudida, el convoy se ponía en marcha, subieron y se aplastaron contra el techo para no ser vistos desde el suelo. La masa rodante y basculante que tenían debajo fue adquiriendo mayor velocidad.

El tren salió de la bahía de San Francisco por el este, alejándose del sol poniente, y continuó hacia el norte antes de enderezar de nuevo su rumbo hacia el este. A los dos polizontes se les hizo de noche durante el ascenso de Sierra Nevada. Ninguno de los dos estaba preparado para el brusco descenso que sufrieron las temperaturas al caer la noche en las montañas. Se abrazaron tiritando. «Ed y yo nos atamos a la parte superior del vagón de pasajeros y casi nos morimos de frío viajando de noche por el cañón», recordaría Charlie después con pesadumbre.

No tuvieron frío mucho tiempo. Al alba, los dos pobres muchachos bajaron desde las montañas hasta el desierto al norte de Nevada, donde en julio la temperatura media diurna supera con creces los treinta grados. Tras una larga noche entre paredes de pinos y roca desnuda, se les hizo raro y chocante el vacío del desierto. Era una colosal meseta cubierta de polvo marrón de caliza, como un escenario listo para que actores gigantescos interpretasen una obra ante un público de cumbres lejanas y brumosas. A Charlie nunca le conté qué había pasado con todo ese vacío, pero, cuando nos conocimos, el desierto ya era famoso como sede del festival Burning Man, una bacanal de arte y misticismo, drogas y sexo, futurismo y atavismo que atrae cada verano a unas sesenta y cinco mil personas. Tampoco sé si se lo habría creído, y con razón, pues el día que los dos chicos pasaron por allí no había nada más que una sola torre de agua donde saciaron su sed las ávidas calderas del motor.

Para alarma de los dos muchachos, el guardafrenos se apeó del convoy y procedió a inspeccionarlo vagón por vagón. Al llegar al de ellos y verlos encima, les mandó que bajasen. Charlie y Ed le pidieron que no los dejara en el desierto, pero el ferroviario no les

hizo caso. Los depósitos de agua del tren estaban casi llenos. Se oyó un silbato de aviso mientras el guardafrenos reanudaba su camino hacia el furgón de cola.

A los dos polizontes les bastó echar un vistazo a las arenas recocidas por el sol para saber que no tenían alternativa. «No podíamos quedarnos solos en medio del desierto», argumentaba Charlie. Tras un breve convenio en voz baja, los muchachos aparentaron alejarse tranquilos, como si se dirigieran a la diminuta aldea que se adivinaba a lo lejos. Cuando lograron interponer el tren entre el guardafrenos y ellos, se arrastraron «como indios» hacia la locomotora y espiaron los movimientos de su némesis a través del hueco entre las vías y los vagones.

Encima de ellos, las calderas ya se habían llenado, y las llamas del fogón habían hecho brotar una columna de humo. En el frontal de la locomotora había un faldón metálico, el «apartavacas», parecido a unos bigotes. El nombre lo decía todo sobre su función: si en alguna pradera dejada de la mano de Dios se topaba un tren con un rebaño en medio de las vías, el invento haría dispersarse a las reses, abriendo camino a la locomotora. La cuña servía también para liberar los raíles de árboles caídos, rocas pequeñas y hasta nieve. Pero lo mejor de todo, desde el punto de vista de los muchachos, era que no era visible desde el interior de la locomotora.

Mirando otra vez debajo de los vagones, Charlie y Ed vieron desaparecer los pies del guardafrenos, que acababa de subir al tren. Entonces se lanzaron hacia el «apartavacas» y subieron a bordo. «Supongo que los siguientes doscientos cincuenta kilómetros los hicimos así», explicaba Charlie.

El juego del gato y el ratón se prolongó a lo largo de medio continente. «Nos echaban y volvíamos. Luego cambiábamos de tren», me contó. La huelga lo dificultaba todo más, porque se reforzó la vigilancia en previsión de posibles sabotajes. Charlie y Ed acabaron conociéndose hasta el último resquicio del exterior de los trenes. La escalerilla de un vagón de pasajeros era un trono digno de un rey, pero también el primer sitio donde miraban los vigilantes cuando el tren entraba en la estación. El «apartavacas» era emocionante por tener detrás la enorme fuerza de un convoy entero, pero al cabo de tres o cuatro horas resultaba incomodísimo, aparte de muy peligroso. «El sitio más normal para esconderse —me explicó Charlie— era el huequecito de detrás del vagón del carbón, en el enganche con el vagón exprés. En esa zona no miraban mucho, y era donde nos escondíamos».

Pero hasta esa guarida tenía sus inconvenientes. Cada vez que el tren pasaba por un túnel —y al internarse en las Rocosas los había a decenas—, «los trenes, que iban con carbón, soltaban ceniza caliente» por sus chimeneas hacia el techo del túnel, de donde volvían a caerse sobre el tren. «Aún me acuerdo de cuando nos llovía encima la ceniza ardiendo», me contó Charlie.

Alguna que otra vez los encontraban los vigilantes. «Los muy desgraciados nos tenían hasta la mañana —me explicó, refiriéndose a cuando los sacaban a él y a su amigo de la estación para llevárselos a la cárcel—, y luego nos daban bien de desayunar y nos echaban».

En varios momentos del viaje se encontraron en campamentos con hombres que vivían en las vías, y no les gustaba cómo los miraban. «Yo tenía un reloj de pulsera —recordaba—, y la primera

vez que pasamos por un asentamiento de vagabundos, uno me dijo: "Mejor que te lo quites, chaval, que alguien te matará para quedárselo". Desde entonces, lo llevaba en el tobillo».

Esta odisea californiana me la contó varias veces de principio a fin durante mis visitas desde el otro lado de la calle, y, tras escucharla por segunda vez, me di cuenta de que nunca hablaba de haber tenido miedo. Empecé a imaginarme los peligros de las zonas donde se extendían las vías, con sus toneladas de vagones en ciego movimiento y el potencial de amputación de sus ruedas; el mortífero calor del desierto; los calambres de los dedos aferrados al «apartavacas». Se me aparecían hombres capaces de cortarle el pescuezo a un muchacho a cambio de un reloj. ¿Por qué no tenía miedo Charlie?

Llegué a la conclusión de que lo había tenido, por supuesto, pero ¿qué otra manera había de volver? En *Juego de tronos*, de George R. R. Martin, hay un diálogo que es una maravilla. Bran le pregunta a su padre: «¿Un hombre puede ser valiente cuando tiene miedo?». Y su padre contesta: «Es el único momento en que puede ser valiente». Charlie entendía que contar historias sobre el valor hace que resulte más fácil ser valiente. Nuestras historias se pueden contar en clave mayor o menor. Podemos hacer hincapié en la derrota o en la determinación, y subrayar los reveses o los éxitos. Charlie insistía en la versión gozosa de su vida, y yo creo que eso le hizo ser más feliz como persona.

El relato siempre se acababa con la misma imagen: los muchachos en una plataforma de la línea que los llevaría, por fin, a casa. No había más pasajeros. «Me acuerdo de cuando cruzamos las Rocosas

de Colorado —explicaba Charlie—, y de cómo Ed y yo estábamos tumbados en la plataforma al pasar por la Royal Gorge».

En esta garganta de quince kilómetros de impresionantes precipicios y barrancos horadados desde tiempo inmemorial por el río Arkansas, el cielo se reduce a una cinta azul y el río discurre encajonado entre paredes de roca. Seguro que los chicos sabían que el desenlace de su viaje tendría un escenario mucho menos pintoresco, el de las breñas y pastos que los llevarían de regreso a un sitio que ya no sería nunca el mismo: su hogar. Durante esos momentos de gloria estaban hermanados, como caballeros de un espléndido reino. «¿Puede haber algo más lujoso? —le dijo Charlie a Ed, o Ed a Charlie—. Todo un vagón solo para nosotros». Tendidos boca arriba, contemplaban el estrecho cielo entre las suaves curvas que trazaba el convoy por la orilla del río. De un borde al otro del cañón pasaban nubes como bolas de algodón. Casi un siglo después, la escena no había palidecido en la memoria de Charlie. «Y recuerdo que dije: "Chico, esto es vida"».

Seis

El año en que conocí a Charlie también fue el de la presentación del primer iPhone de Apple. Al principio no entendí el porqué de tanto revuelo. No sé si es porque me gano la vida escribiendo y llevo tanto tiempo en el oficio que cuando empecé lo hacía a máquina, pero el caso es que, al principio, siempre veía los ordenadores como dispositivos sofisticados de escritura, y en la pantalla táctil del iPhone, tan pequeña, me pareció que se tenía que escribir fatal.

Reconozco que es un ejemplo garrafal de no entender las cosas. Si hubiera asistido a la conquista del fuego por el ser humano, quizá me hubiera quejado de que sus primeros usuarios quemaran algo tan útil como palos de madera. Ese error no lo habría cometido Charlie. Él sabía muy bien que cambiar a mejor empieza por entusiasmarse con *lo nuevo*.

Cuando Charlie y su amigo Ed Snow pasaron a las altas praderas a bordo del último tren, les esperaba en su ciudad algo *muy nuevo*. Al igual que el smartphone, la gran revolución tecnológica de 1922 fue un aparato que anuló las distancias, fomentó la creatividad, puso patas arriba la cultura y dio más poder a la fama. Con el tiempo se conocería como «radio», pero, en sus inicios, el milagro de la comunicación inalámbrica era algo tan inédito que estaba pendiente

incluso de nombrar. Pocos meses antes, el 16 de febrero de 1922, el *Kansas City Star* anunció en primera plana una emisión experimental. El artículo se refería en una frase a un «radioteléfono», y en otra a «un concierto telefónico sin hilos». Los pioneros de la radio comercial no sabían muy bien cómo llamarla, pero intuían que sería un notición.

La tecnología nunca surge de la nada, por supuesto. Labrando terrenos que había sembrado siglos antes Isaac Newton, los físicos del siglo XIX descubrieron que el universo está lleno de energía que se desplaza en ondas, y que los seres humanos la perciben de distinto modo en función de la distancia entre el pico de una onda y el de la siguiente, la llamada «longitud de onda». La luz es energía que se desplaza en forma de ondas muy pequeñas, separadas en sus picos por distancias que se miden en milmillonésimas de metro. Entre los 390 y los 700 miles de millones se encuentran todos los colores que el ojo humano es capaz de percibir, y también todo lo demás que vemos: los arcoíris, los cuadros de Rembrandt, las puestas de sol y la cara de una persona de la que estamos enamorados. Se averiguó que existían ondas incluso más cortas, bautizadas como «rayos X», que hacían visibles los esqueletos y los órganos de seres vivos, aunque científicos como Marie Curie descubrieron también, con consecuencias trágicas, que esta radiación de alta frecuencia podía ser mortal.

Partiendo de investigaciones anteriores, el ingeniero electrónico italiano Guglielmo Marconi encontró la manera de usar ondas largas, con cientos de metros entre pico y pico, para transmitir información por el aire. En 1895, el inventor logró mandar y recibir un mensaje en Morse sin necesidad de cables. El sector marítimo tardó muy

poco en darse cuenta del valor de la innovación: se abría la posibilidad de comunicarse con los barcos cuando estos ya no estaban a la vista. De pequeño, Charlie había oído contar la truculenta historia del doctor Hawley Crippen, un médico inglés que, en 1910, envenenó a su mujer y zarpó con su amante para Canadá. Scotland Yard mandó una orden de detención a los operadores de Marconi que había en el barco y, al llegar este a puerto, cayó el peso de la ley sobre el canalla.

En 1912, teniendo Charlie seis años, pasó algo aún más dramático: a los jóvenes operadores de Marconi destinados a bordo del vapor de lujo *Titanic* se les atribuyó el rescate de los más de setecientos supervivientes del naufragio, pues estuvieron mandando SOS urgentes hasta que el hundimiento del buque en el Atlántico Norte dejó inservibles los aparatos.

Para entonces, Marconi ya había sido superado por otros innovadores que empezaban a enviar voces y música mediante energía de longitud de onda. Sus experimentos avanzaron hasta el punto de que, en 1920, el Gobierno de Estados Unidos otorgó las primeras licencias para emisoras radiofónicas, mientras que el Federal Bureau of Standards publicó instrucciones para confeccionar receptores de radio caseros a través de un cristal semiconductor, denominadas «radios de galena». Transcurridos solo doce meses, a principios de 1922, el número de emisoras autorizadas había pasado de unas pocas a casi seiscientas en todo el país.

Una de las primeras fue la WDAF, propiedad del *Kansas City Star*, que también la gestionaba. La prensa escrita, que tenía miedo a que la radio la remplazara, desempeñó un papel muy destacado en los inicios de la radiofonía. El «concierto telefónico sin hilos» anunciado

en febrero tuvo tanto éxito que, hacia las mismas fechas en que Charlie y sus amigos salían para California, la emisora de Kansas City empezó a emitir con regularidad. Al volver a casa, Charlie se fabricó su primera radio de galena.

Una vez abiertas las ondas, las emisoras tenían que llenarlas. Por sí solo, el efecto de la novedad no retendría mucho tiempo a los oyentes. La WDAF encontró muy pronto un filón informando a diario sobre los precios de las materias primas desde la Cámara de Comercio de Kansas City (maíz, trigo, ganado porcino…). Era una información tan esencial que captó la atención de los granjeros en más de mil kilómetros a la redonda. Lejos, en Detroit, la emisora local cubrió un combate de boxeo de pesos pesados: habían nacido las retransmisiones deportivas. El primer sermón radiofónico lo pronunció en la emisora de Chicago un tal Paul Rader, evangelista, acompañado por una banda de música. Sin embargo, y a pesar de todas estas novedades, algo le faltaba a la radio. Algo que surgió poco después del regreso de Charlie, al encontrarse la radio y el jazz.

Fue un viernes por la noche, el 22 de septiembre de 1922, pocas semanas después del cumpleaños de Charlie. Como la Cámara de Comercio cerraba los fines de semana, la WDAF trasladó su equipo móvil de emisión a un teatro del centro de Kansas City, donde pocos meses antes se habían proyectado los primeros cortos de Walt Disney. Cuando no había cine, el gran escenario acogía espectáculos de vodevil. Esa noche encabezaba el cartel un grupo de la ciudad, la Coon-Sanders Novelty Orchestra, encabezada por las dulces voces del batería Carleton Coon y el pianista Joe Sanders.

En Kansas City había mejores músicos, empezando por Bernie Moten y su Kansas City Orchestra, donde hicieron sus pinitos gigantes del jazz como Bill *Count* Basie, Jimmy Rushing, Ben Webster y Walter Page, y que fueron la inspiración de una generación más joven de músicos de la ciudad, como Mary Lou Williams, Lester Young y, por encima de todos en talento, el deslumbrante (y maldito) Charlie Parker, *Bird*. Todos ellos eran músicos negros y, con el Ku Klux Klan en su apogeo, Coon, Sanders y su grupo, músicos blancos para públicos blancos, eran una elección radiofónica menos arriesgada. Hacían un jazz bailable, potenciado por una tuba enérgica, acompasado a golpes y caricias por la batería de Coon y acelerado por los rasgueos del banjo.

A los oyentes les encantó cómo sonaba. Fue tal el éxito del espectáculo en el teatro que la WDAF contrató a la banda de Coon y Sanders para que actuase cada noche en conciertos transmitidos en directo desde el elegante hotel Muehlebach. Al principio, el locutor no tenía nada claro que a esas horas de la noche las sesiones despertaran el interés de alguien más que de «un puñado de noctámbulos», pero resultó no ser un puñado, sino una multitud.

La señal de la WDAF, que llegaba hasta Canadá sin que le disputara las ondas casi ninguna otra emisora, iba cosechando por doquier a nuevos seguidores de la banda. Los líderes y cantantes de esta última la rebautizaron como «Orquesta de Noctámbulos Coon-Sanders». A medida que los oyentes los descubrían en sus radios de galena, la pasión por el jazz a medianoche adquirió dimensiones de fenómeno nacional, granjeándole al grupo el apodo de «la banda que hizo famosa la radio». Las tiendas no tardaron en llenarse de receptores de alta tecnología, muy mejorados respecto a las radios

caseras, con cajas de madera bruñida y prestaciones tan futuristas como «reóstatos de filamento» para controlar la intensidad de la corriente eléctrica y «osciladores Armstrong». Los adolescentes suplicaban a sus padres que les dejaran trasnochar el tiempo suficiente como para poder oír al grupo. Daba la impresión de que todo el país se sabía los versos de *The Nighthawk Blues*, una cantinela escrita por Sanders que fue una de las primeras sintonías de la historia de la radio:

> *En cuanto empiezan Coon y Sanders a tocar*
> *su Blues del Noctámbulo, ya empiezas a bailar;*
> *Sintoniza la radio en un pispás*.
> ¡*levanta la mano para saludar*!
> *Ya se oye el estribillo sincopado*
> *de un lado del país al otro lado*,
> *y solo falta decir en voz bien alta*:
> *«¡Escucha el Blues del Noctámbulo!»*[*].

Uno de los trasnochadores entregados era Charlie White, hecho ya todo un bachiller y un hombre de mundo. Como tantos jóvenes en esa etapa de la vida, intuía solo de forma vaga adónde quería ir, pero no sabía muy bien cómo llegar allí. Mientras movía el pie al compás de los Noctámbulos en el desván de su casa, tuvo una revelación. La popularidad del grupo estaba generando una demanda enorme de grupos de baile. Si dos chicos de Kansas City podían convertirse en las máximas estrellas de la radio, ¿qué se lo impedía a él? Podía formar un grupo, aprenderse el repertorio de los Noctámbulos y ahorrar para la universidad tocando jazz.

Solo había una pega: que no sabía tocar ningún instrumento. Nunca había tenido paciencia para recibir clases de piano. En su

familia, sin embargo, el talento musical corría en abundancia. Sus hermanas mayores triunfaron como trío, y una de ellas llegó a ser profesional. En la época del cine mudo, antes de 1927, todas las salas de cine contaban con su órgano o su piano, en los que un músico improvisaba música ambiental en función de lo que estuviera ocurriendo en la pantalla. La hermana de Charlie figuraba entre los mejores músicos de cine de toda la ciudad.

Charlie le compró a un amigo del instituto un saxo tenor a un precio que incluía una breve introducción al uso de las teclas y de la boquilla; suficiente para que sonara, vaya. A partir de ahí aprendió solo, imitando una por una las notas de los Noctámbulos sin hacer mucho ruido hasta que logró reproducir melodías enteras.

Varias décadas después, me formuló esta reflexión: «Cuando no tienes ingresos, creas. Te buscas un trabajo».

No siempre es tan fácil, claro, pero algo de cierto, y de importante, hay en sus palabras. La mayoría de los seres humanos no llegan a sacar ni de lejos toda la creatividad y las posibilidades que llevan dentro. «Todos los niños son artistas», observó Picasso. Charlie encontró al músico que tenía dentro y lo sacó a respirar. Su aprendizaje fueron las transmisiones nocturnas de la WDAF. «De noche escuchaba a los Coon-Sanders intentando tocar al mismo tiempo —recordaba—. Fue como aprendí a tocar el saxo, sin que me dieran ni una clase».

Al final del verano, mientras tanto, se ganó algo de dinero volviendo a trabajar como esquirol en el ferrocarril. Seguía

habiendo mucha tensión en los piquetes, pero ideó un plan para cruzarlos sin peligro. Tenía unos pantalones blancos de franela como los de los oficinistas bien vestidos y se los ponía para pasar entre los huelguistas sin ser molestado, con el mono escondido en la mochila. «Decían: "No, si este chaval trabaja en los despachos"», recordaba. Una vez dentro se ponía el mono y al final del turno pasaba por las duchas. «Me ponía el pantalón blanco de franela y salía».

En otoño, pagó las tasas del recién inaugurado Junior College de Kansas City con lo que había ganado en el ferrocarril. No es momento de entrar en la historia de los *junior colleges*. Espero que me crea el lector si digo que fue otro ejemplo de llegada simultánea a la mayoría de edad por parte de Charlie y del mundo moderno. Para él, el *junior college* era una manera asequible de dar los primeros pasos hacia su objetivo de ser médico. Y el de Kansas compensaba la falta de edificios emblemáticos y zonas de césped con rigor educativo. «Es lo más duro que he conocido en todos mis estudios, pero duro de verdad», me dijo una vez. Puede que los profesores se sintieran en la obligación de demostrar algo. Los alumnos, sí, seguro. Según Charlie, el nivel era tan alto y el alumnado tan aplicado que más adelante, cuando se trasladó a la universidad insignia de Misuri, esta le pareció fácil.

Y cada noche, a última hora, seguía practicando con el saxo como integrante virtual de la Orquesta de Noctámbulos Coon-Sanders. Empezó a llevarlo encima todo el día, para poder ensayar en sus momentos libres. Tenía un amigo que estaba aprendiendo a tocar el banjo y, de vez en cuando, en noches de calor, iban en tranvía a un gran parque al sur de la ciudad, alquilaban una barca y hacían una

jam session en medio del lago. Al cabo de un par de años, Charlie tenía un repertorio de unas trescientas canciones.

Empezó a ganar dinero, tal como había previsto. Los grupos de Charlie triunfaban en el circuito de baile de los institutos, donde los alumnos perdonaban alguna que otra nota desafinada a cambio de escuchar versiones enérgicas de los temas más populares. El bombazo de 1923 fue una canción muy rítmica titulada *The Charleston* y compuesta por el gran músico afroamericano James P. Johnson. Los pasos de baile que la acompañaban, inventados en Carolina del Sur, desataron una auténtica fiebre de choque de rodillas y vaivén de caderas, aunque Charlie y sus muchachos también podían tocar un amable foxtrot, e incluso un respetable vals. Tocaban tan bien que los contrataron para toda una semana en un teatro del centro.

Eran muy buenos tiempos para ser joven en Kansas City. La ciudad, bautizada como «el París de las Llanuras» se estaba embarcando en una época de apertura incontenible y desprecio absoluto a la Ley Seca. La ciudad estaba controlada por una familia irlandesa a través de fraudes electorales, obras benéficas con segundos intereses y algún que otro asesinato. Frente a otras regiones donde se acataba la abstemia y reinaba el puritanismo, Kansas City era una juerga continua. «El que quiera ver vicio que se olvide de París y vaya a Kansas City», declaró más adelante un escritor en una de esas descripciones que le sientan de fábula al turismo.

Era un lugar donde pasaban grandes cosas, muchas a la vez. En las colinas del sur de la ciudad, donde todo eran granjas de cerdos, un promotor levantó todo un barrio de mansiones y viviendas de lujo

para la flor y nata de la ciudad, los peces gordos de la banca, la abogacía, el textil, los cereales, el ferrocarril, los mataderos, la ingeniería, la madera y la industria. Y dibujó así un entramado de calles curvilíneas, muchas de ellas sin salida, y campos de golf y polo. Fue el responsable del primer centro comercial peatonalizado del país y de estatuas de estilo europeo, surtidores de agua y una torre inspirada en la catedral de Sevilla.

En su cerrazón mental, estos nuevos barrios cerraban sus puertas a los afroamericanos, pero también estos prosperaron. Como parte de la Gran Migración, el East Side de Kansas City se llenó de descendientes de esclavos venidos de las granjas del sur. Henry Perry, de Tennessee, que había sido cocinero en un barco fluvial, abrió un restaurante de carne ahumada en un antiguo depósito de tranvías, hito fundacional del culto a la barbacoa que sigue caracterizando a la ciudad. Cerca, en la Asociación de Jóvenes Cristianos del East Side, se reunió en 1920 un grupo de emprendedores de todo el país para organizar una liga de béisbol profesional para negros, entre cuyos grandes impulsores se contaron enseguida los Kansas City Monarchs. En esos tiempos, desde el cruce de las calles Dieciocho y Vine se podía ver pasar a lo más granado de la sociedad afroamericana; algunos iban de visita y otros se quedaban a vivir: el jugador de béisbol Satchel Paige, la contralto Marian Anderson, el muralista Hale Woodruff, la empresaria Effa Manley, el escritor James Weldon Johnson o el compositor Duke Ellington. De joven, Roy Wilkins, el escritor y líder político que encabezaría La Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color (NAACP por sus siglas en inglés) durante el movimiento en pro de los derechos civiles, dedicó varios artículos a este momento

en las influyentes páginas del *Kansas City Call,* un semanal afroamericano.

Para infinidad de soñadores jóvenes, la ciudad de Charlie fue una escala entre la granja y el futuro. Allí se gestaron imperios empresariales de todo tipo. Incluso el creador de Disneyland aseguraba haberse inspirado en el Electric Park, un parque de atracciones a todo lujo situado al sur del centro donde miles de visitantes de provincias, entre ellos el propio Walt Disney, se quedaban pasmados con los cuadros humanos que veían brotar como por arte de magia sobre grandes surtidores en un ascensor hidráulico. El joven Walt estudió los jardines cuidados al milímetro que se extendían entre las atracciones, se subió al tren en miniatura que rodeaba el recinto y, al caer la noche, admiró boquiabierto el espectáculo final de luces y fuegos artificiales.

Así era Kansas City después de la Gran Guerra: como diría Dickens, los mejores tiempos y los peores tiempos; un lienzo para soñadores y una pocilga de corrupción aderezada con el Ku Klux Klan. Como expresó el escritor sobre la Francia revolucionaria —y como, en el fondo, se puede decir de cualquier sitio y época—: las fases de luz y oscuridad se alternaban en un eterno calendario donde a cada persona se le planteaba el desafío de ganarse la vida con dignidad. Charlie apostó por la luz: «Si eres negativo, sufres todo el cuerpo —decía—. Las personas negativas se caen a trozos porque les falta el alimento que aporta el optimismo». El optimista no niega la oscuridad, sino que se resiste a caer en ella, como Charlie; no está dispuesto a usarla de escondite, ni sucumbe a su llamada.

Varios amigos de instituto de Charlie ya se habían inscrito en la Universidad de Kansas, ubicada en realidad en la vecina localidad al oeste de la ciudad, mientras que otros lo habían hecho en la de Misuri, a unas horas de camino en dirección opuesta. Llegado el momento de decidir, Charlie visitó la hermandad Phi Kappa Psi de Kansas, cuyos miembros le invitaron a ir con ellos de serenata por la zona de las hermandades femeninas. Noventa años después aún se acordaba de cómo se reían las muchachas señalando con el dedo a uno de los cantantes, que se había parado a orinar entre los arbustos. Al final, Charlie se dejó influir por un ejemplo menos disoluto: el de su antiguo compañero de escuela parroquial Charles Parker, que tenía una beca para estudiar en la Universidad de Misuri.

Parker pertenecía a la hermandad Betha Theta Pi, cuyo juramento pronunció Charlie poco después de matricularse en la Universidad de Misuri en 1924. Mucho después seguía recordando la peor parte de la novatada: junto a otros diecinueve novatos, debía apagar el fuego de la chimenea… a base de escupir agua. Tenían que ir a buscarla dos pisos más arriba y hacerlo a la pata coja: arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo, mientras los veteranos, entre carcajadas, les echaban agua en la boca. «Al final lo apagamos —recordaba Charlie —, pero al día siguiente no pudo ir nadie a clase de tantas agujetas que teníamos por haber subido y bajado tantas veces».

Y seguía explicando: «En la Semana Infernal caían auténticas palizas. Era cuando hacían las peores bromas. Cualquier atrocidad que se les ocurriera, te la hacían. Me acuerdo de que una noche se me llevaron a un cementerio a quince o veinte kilómetros de la ciudad y me dijeron: "Tienes que encontrar el nombre y la fecha de

nacimiento de este tío". Era sobre las doce. Tuve que ir solo por el cementerio mirando todas las lápidas en busca del nombre, y volver luego caminando yo solo a la ciudad. No sé, supongo que tampoco serían veinte kilómetros… Igual no fueron ni dos, pero a mí me parecieron veinte».

Estaba encantado con ellos, tanto como con la hermandad del instituto. En cuanto a la universidad en sí, después de los rigores del *junior college,* le pareció muy fácil. Le quedaba tiempo de sobra para la música (ensayaba con un libro de texto al lado de la silla, y estudiaba entre actuaciones) y para ir de fiesta con sus amigos.

Fases de oscuridad: el mismo mundo que acogía a Charlie con los brazos abiertos podía ser un peligro mortal para los afroamericanos. Un año antes de que llegara Charlie a la Universidad de Misuri, una horda de borrachos sacó a rastras de la cárcel a un conserje del campus acusado de violación y lo linchó en un puente. Sobre la misma época, un profesor del Departamento de Sociología fue agredido por negar en una de sus clases la validez de la teoría de las «razas puras» (antecedente intelectual del futuro Holocausto).

A Charlie le quedaban muy lejos estas cosas, como a la mayoría de los estudiantes. A él le preocupaban otras de menor calado, como que no hubiera ningún puente que enlazase Columbia y Kansas City por encima del río Misuri. Si un grupo de estudiantes juerguistas salía a buscar diversión hacia el oeste, era muy fácil que perdiera el último trasbordador de vuelta. Charlie se acordaba de que una noche no llegó a tiempo para el cruce y tuvo que dormir en su coche en mitad de una nevada.

Después de un curso libre de preocupaciones, ya podía pedir plaza en la Facultad de Medicina de la Universidad de Misuri. El proceso

tenía muy poco que ver con la secuencia actual de exámenes, impresos y entrevistas. Solo con acreditar un determinado nivel de estudios ya se podía solicitar la inscripción como alumno de ciclo superior. «Bastaba con mandar los papeles», recordaba Charlie.

La idea de ser doctor se le había metido en la cabeza cenando con los inquilinos de su madre, fascinado por lo que contaban los médicos itinerantes. El matrimonio de una de sus hermanas con un médico dio el impulso final a ese sueño.

Es muy normal pensar que un objetivo está fuera de nuestro alcance. El truco es ignorar el «no». En eso, en ignorar, Charlie tenía un don.

Los estudios de Charlie coincidieron con los inicios de la medicina moderna, a medio camino entre la época de los brebajes y la de la secuenciación del genoma. Para llegar al futuro, la medicina tenía que huir de los efluvios del pasado. Charlie se formó cuando no existían los antibióticos y las principales causas de defunción no eran las dolencias cardíacas ni el cáncer, pues estas enfermedades matan sobre todo a gente mayor, y cuando estudiaba Charlie la mayoría de la gente no llegaba a vieja. A lo que sucumbía era a las mismas enfermedades víricas y microbianas que, pese a haber acosado durante siglos y siglos a la humanidad, seguían siendo poco comprendidas e incurables. La mortalidad infantil campaba a sus anchas, cercenando una de cada cinco vidas antes de los cinco años. La cirugía, si es que la había, era rudimentaria, y su éxito no era casi nunca duradero. El papel de las vitaminas y las hormonas en la

química humana distaba mucho de haberse sistematizado, y no pasaba del estadio de idea.

Durante los estudios de Charlie, el médico más conocido de Kansas City y sus alrededores era Arthur Hertzler. Tras cursar estudios de patología con destacados científicos europeos, Hertzler fundó un hospital y recorrió de punta a punta los campos de Kansas en el ejercicio de su profesión, entre viajes frecuentes a la capital para dar clases. Incluso un dechado de la medicina de principios del siglo XX como él dejó testimonio en sus memorias de una impotencia alarmante, escribiendo que la principal aportación de un médico era el trato con el paciente. Los médicos con experiencia habían visto tantas enfermedades que sabían distinguir si sus pacientes estaban cerca de la curación o de la muerte, y bien podían ayudarlos a ellos y sus familias a acelerar la recuperación o prepararse para lo inevitable. Pero los estragos de la enfermedad eran otro cantar: «Apenas se me ocurre una sola dolencia que curasen de verdad los médicos de esos primeros años —escribió—. Solo sabían aliviar el dolor, poner huesos en su sitio, coser cortes y abrir pústulas en los niños pequeños».

Al no haber curas, los enfermos recurrían a charlatanes y embaucadores. En muchos aspectos, cuando entró Charlie en el campo de la medicina, este era un circo de incompetencia y chabacanería. En los periódicos de los años veinte y treinta se publicaban «noticias» casi imposibles de distinguir por su tono y aspecto del periodismo de verdad, pero que en realidad eran anuncios de tónicos al margen de cualquier regulación, repletos de alcohol o narcóticos. Estos elixires adictivos se presentaban como remedios contra enfermedades que iban desde la alopecia hasta el

cáncer, desde la gota hasta la gonorrea y desde las flatulencias hasta los trastornos del corazón.

Los charlatanes más espectaculares aunaban las malas prácticas con la comunicación de masas. El Medio Oeste era un campo en el que estos personajes crecían tanto como la soja o los lucios. Uno de ellos fue E. Virgil Neal, de Misuri, que erigió todo un imperio de venta por correo de pastillas para aumentar la estatura, dar más turgencia al busto y acabar con todo tipo de achaques sin diagnosticar. Con su ingrediente milagroso, al que puso el nombre de «hierro nuxado» (el «nux» en cuestión contenía pequeñas cantidades de un veneno como la estricnina), fue uno de los primeros en recurrir a deportistas para publicitar sus productos: estrellas del béisbol y el boxeo proclamaron las virtudes del hierro en cuestión.

Otro gran charlatán fue Norman Baker, de Iowa, que, a través de su propia emisora de radio creada en 1925, difundió un tóxico batiburrillo de teorías de la conspiración y medicinas patentadas: aguarrás para el tétanos, cataplasmas de cebolla contra la apendicitis y un polvo misterioso contra los tumores cerebrales. Juraba y perjuraba que los médicos titulados eran unos corruptos, y predicaba en las ondas que los pediatras abusaban de los niños. Argumentaba que las siglas MD («Medical Doctor») eran las de *more dough*, «más pasta».

En 1929, Baker entró en contacto con la obra del doctor Charles Ozias, inventor de un suero secreto con el que prometía curar el cáncer inyectándolo en los tumores. Al poco tiempo de empezar a publicitar esta cura en su programa de radio, Baker tenía a su mando toda una clínica de cien camas para enfermos de cáncer.

También publicitó otra «cura», inventada esta vez por un tal Harry Hoxsey, a partir de una vieja receta de su familia que consistía en una infusión de trébol, barba de maíz y semillas de sandía. Baker, a instancias de un tribunal, reconoció haberla usado para tratar el cáncer.

Con el tiempo, Baker trasladó su hospital, su audiencia radiofónica y sus semillas de sandía a un gran hotel victoriano que ocupaba una colina de una localidad balnearia de Arkansas. Pintó la recepción de morado, a juego con su limusina, e instaló cristales a prueba de balas en su despacho. Un ala del hotel estaba insonorizada para evitar que los nuevos pacientes oyeran los gemidos de agonía de los engañados moribundos.

Un charlatán aún mayor —y más famoso— era John Romulus Brinkley, director de una emisora de radio y una clínica en Kansas. Licenciado en «medicina ecléctica», que a saber qué sería, sacaba sus curas de todas partes: tradiciones olvidadas, pociones de hierbas, préstamos de quiroprácticos, osteópatas, homeópatas y otros curanderos más exóticos… Su aportación más personal fue la idea de trasplantar testículos de macho cabrío a los hombres impotentes. «Los hombres tienen la edad de sus glándulas», sostenía.

Se había ganado a su audiencia radiofónica —una de las mayores del país— alternando la promoción de su «cura de glándulas de macho cabrío» con sermones fundamentalistas, diatribas contra las élites y cuentos para dormir a los niños. Este lugar se llenaba de hombres llegados de todo el país y dispuestos a pagar setecientos cincuenta dólares de la época por un implante de testículos de macho cabrío. Aún crecieron más los números cuando Brinkley

«descubrió» nuevas aplicaciones para sus trasplantes entre especies: se suponía que las gónadas de macho cabrío curaban la diabetes, la hipertensión, la epilepsia, la sordera, la parálisis, la infertilidad femenina, la obesidad y la demencia.

Tanto Baker como Brinkley sufrieron los ataques de la Asociación Médica Americana, que el segundo, haciendo un juego con sus siglas, llamaba «Asociación de Matarifes Americana». En los años treinta, tras abandonar el país por la presión, establecieron nuevas emisoras radiofónicas —diez veces más potentes de lo que permitía la ley en Estados Unidos— en una localidad fronteriza de México. Las alambradas de la zona vibraban por la fuerza de la señal. Se dice que, en lo más crudo de la Depresión, uno y otro ganaban varios millones al año, y ninguno de los dos pudo resistirse a la tentación de volver a su país para ocupar un cargo público. Norman Baker se postuló sin éxito al senado por Iowa, mientras que Brinkley trató, también de forma infructuosa, de ser elegido gobernador de Kansas.

Así estaba la salvaje frontera de la charlatanería donde estaba previsto que pusiera orden la educación médica de Charlie, pero cuando tuve ocasión de echarles un vistazo a sus apuntes, muy bien conservados, me sorprendió la escasez del arsenal que le proporcionaban. Los estudiantes de Medicina de los años veinte memorizaban los nombres y síntomas de cientos de enfermedades y trastornos, pero los tratamientos que aprendían no estaban casi nunca a la altura de las dolencias. Tanto daba que Charlie se formase en heridas y tuberculosis, en cirugía y neurología con los mejores doctores; tanto daba que el tema fuera la sífilis, las mordeduras de serpiente, los tumores nasales o la diarrea, porque el punto débil era siempre el mismo: la falta de cura.

Para la gonorrea, por ejemplo, le enseñaron las siguientes terapias: ungüento de nitrato de plata, inyecciones intravenosas de mercurocromo, inyecciones intramusculares de leche esterilizada y masaje prostático. Charlie apuntó, no sin escrúpulos, que la extirpación de las amígdalas se consideraba un tratamiento aconsejable para «el reumatismo, las enfermedades cardíacas, los trastornos de las articulaciones, los ojos, los oídos, los riñones, los problemas gastrointestinales, etc.». Para el resfriado común se aconsejaban pulverizaciones con una solución de cocaína. No es de extrañar que hubiera tantos pacientes vulnerables a las peroratas de los curanderos radiofónicos y sus teorías de la conspiración sobre el interés de los médicos por mantener enfermos a los pacientes. «Solo podíamos quedarnos sentados al lado de nuestros pacientes y rezar», admitió Charlie mucho tiempo después.

Y eso que no estamos hablando de un alumno muy pastoral. Su profesor de anatomía era Edgar Allen, prestigioso bioquímico a quien se recuerda por haber aislado la hormona femenina estrógeno y documentado sus efectos, y que impresionaba a sus alumnos tanto por su estatura como científico como por sus habilidades en la vela, pero cuyo renombre no fue suficiente para reprimir la sed de travesuras de Charlie. «Una noche —recordaba este último— cogimos uno de los monos muertos que usaba para sus estudios sobre los estrógenos, cocinamos su cerebro y probamos un poco cada uno». Y añadía, tras reflexionar un poco: «En esa época los estudiantes de Medicina eran muy bestias, muy imprevisibles».

La piedra angular de su formación fueron las extenuantes clases de patología del doctor Marcus Pinson Neal, que en su caso empezaron el 1 de febrero de 1927. Nacido en el sur, criado en

Alabama y formado en Virginia, Neal era un hombre de verbo comedido y cara alargada de patricio, con unas gafitas de montura metálica. Charlie llegó al aula con unas doscientas páginas de papel pautado por estrenar en su carpeta con tapas enteladas y tuvo que ponerse a escribir sin haber tenido tiempo casi ni de sentarse. Según los encabezados de sus apuntes, Neal empezó por la historia y definición de la patología —el estudio de las enfermedades— antes de lanzarse a toda carrera por «etiología, cambios circulatorios, cambios retrógrados, anomalías y malformaciones, inflamación, tóxicos, muertes súbitas, enfermedades infecciosas, enfermedades generales y tumores, así como por los órganos hematopoyéticos, el sistema circulatorio, los nódulos linfáticos, el bazo, el sistema respiratorio, el sistema digestivo, el páncreas, el hígado, los órganos urinarios, los órganos reproductores masculinos, los órganos reproductores femeninos, los músculos, los huesos, las articulaciones y el sistema nervioso»: todo en cuatro meses de infarto, hasta un examen final demoledor.

Con letra pulcra, y aprovechando al máximo todo el espacio de los dos lados de sus hojas, Charlie recopiló casi cuatrocientas páginas de apuntes detallados sobre los síntomas, tratamientos y diagnósticos de todas las enfermedades y lesiones conocidas. Neal les explicó cómo se redactaba el historial de un paciente y les enseñó los pasos a seguir para un buen examen general (con especial atención a la inspección rectal de un «paciente de natural nervioso»).

Charlie aprendió a tratar las heridas («en heridas con grasa, usar trementina o gasolina para eliminarla, pues actúa como agente esterilizante»), así como a hacer punciones y drenajes de pústulas y

eliminar con cirugía los forúnculos, emparentados con ellas y más peligrosos. Para las infecciones, se le enseñó a recetar «helioterapia» —o sea, luz solar—, mientras que para las trombosis aprendió a prescribir un mes en cama sin moverse. Aprendió a administrar café a los pacientes en estado de *shock* y supositorios de opio en caso de hemorroides. El mercurio, elemento de gran toxicidad, se recetaba para un amplio abanico de dolencias. A Charlie y sus compañeros de facultad se les animaba a hacer experimentos de inmunología preparando «vacunas autógenas» para toda una serie de trastornos. El método no era complicado, pero tampoco muy eficaz. Se enseñaba a los futuros médicos a extraer materia infectada de un órgano enfermo, o una lesión, y preparar con ella una solución. La sopa resultante se volvía a inyectar en el paciente con la esperanza de estimular su respuesta inmune.

Y así, exigido semana tras semana, Charlie asimiló tanto los aciertos como los errores y lagunas de la profesión que había elegido. Tras asistir a la última clase del profesor Neal, repasó a fondo sus apuntes para preparar el examen. Al final, su cuaderno entelado era un compendio del médico de cabecera de finales de los años veinte, con remedios más o menos atinados para cualquier dolencia con la que tuviera posibilidades de encontrarse, desde el estreñimiento hasta el cáncer y la gonorrea, y desde las fracturas óseas hasta la tuberculosis y la ictericia infantil.

Para sufragar sus gastos contaba con la pequeña asignación que recibía de su madre y lo que ganaba con su saxo. «Los viernes y los sábados los tenía siempre ocupados —recordaba sobre el sinfín de bailes estudiantiles en los que tocó—. Hasta actuaba en meriendas y hermandades femeninas las tardes de los viernes. Supongo que, en

el mundillo fraternal de la facultad, conocía a todo el mundo, chicos y chicas. Al haber tocado en todas sus fiestas…».

Nada más típico de Charlie que la coletilla: «Te lo pasabas genial».

En 1927, el día de la graduación, Charlie recibió su título de pregrado en Medicina por la Universidad de Misuri. Tenía veintiún años. Por motivos que ya no se sabrán, su madre no pudo asistir a la ceremonia y le mandó una carta.

Con el tiempo he encontrado mucho que admirar en Laura White. Pese a la muerte prematura de su esposo, que le destrozó la vida, tuvo fuerzas para mantener a su numerosa familia. Charlie la adoraba. En los inicios de nuestra amistad me explicó con orgullo que la habían nombrado «Madre del Año» por lo bien que compaginaba el trabajo con la fe y el cuidado de sus hijos. A pesar de todo, desde nuestra perspectiva actual podría parecer casi descuidada. Su papel de madre, tal como lo recordaba Charlie, podía destilarse en un solo consejo, aplicable a todo: «Haz lo correcto». Es una sencillez a años luz de mi generación de padres sobreprotectores. Mis errores como padre (que no han sido pocos) han tenido más que ver con implicarme en exceso que con una benévola desatención.

La fe de Laura White en que su hijo haría lo correcto y la confianza que tenía en los recursos del muchacho alimentaron como pocas cosas su seguridad. Ahora me doy cuenta. Los niños necesitan espacio para elegir y aprender por sí solos, sufrir las consecuencias de sus propios actos y rehacerse de ellas. Puede que la enseñanza más difícil que pueden sacar de Laura White unos padres tan

extremadamente protectores como los de hoy en día sea que educó a su hijo como si el mundo, a grandes rasgos, fuera un lugar seguro, en el que se podía uno mover, y ello a pesar de la violencia imprevisible que acabó con la vida de su esposo. Fue ella quien le inculcó a Charlie la fe en que todo acabaría saliendo bien.

Después de la muerte de Charlie lo entendí mejor. Entre lo que dejó, estaba la carta que le mandó Laura por su graduación, esforzándose por ser al mismo tiempo madre y padre de un joven que los necesitaba a ambos.

Hijo de mi alma,

Como no puedo estar contigo el día de tu graduación, me ha parecido que tenía que mandarte una pequeña carta de amor. No me cabe duda de que sabes que te acompaña el amor más profundo y los más afectuosos pensamientos de tu madre, y que hoy para ella es un día de orgullo y de felicidad. Estaba pensando en lo orgulloso que estaría tu padre de haber visto llegar este día. Siempre decía que tenías que estudiar en la universidad, y creo, cariño, que sabes que, aparte de mis propios sueños y esperanzas, siempre he llevado dentro de mi corazón el deseo que tenía él de que te preparases para aprovechar al máximo tu vida. Tenía grandes ideales y ambiciones para su hijo varón. Dicen que todo buen padre quiere que su hijo llegue a ser lo que esperaba ser él. Desde que te puso la enfermera en sus brazos y hasta que nos dejó, fuiste tú el gran orgullo de su vida.

Siempre he rezado —como lo hacía también él— para que sigas las reglas, trabajes por una vida plena para ti y todos tus seres queridos y creas en ti mismo. Has elegido una noble profesión, un recto camino de servicio a los demás, y serás fiel a sus mejores tradiciones. Recuerda que, en todas las profesiones, como en todas las vidas, hay un camino recto y otro que no lo es; hay quien toma el primero y quien toma el segundo, como hay muchos, también, que se contentan con deambular sin rumbo entre los dos.

> No es fácil expresar lo que siente el corazón en lo más hondo, pero no me cabe duda de que sabes que te quiero, creo en ti, eres mi alegría y rezo por que el futuro te depare lo mejor, lo que más te convenga. Y que doy gracias a Dios por haberme dado un hijo tan preciado. Puede que hoy para ti no sea un día muy especial, pero en retrospectiva lo irá siendo cada vez más.

Estas frases las guardó Charlie como oro en paño durante ochenta y siete años, y en las siguientes décadas no se cansó de comentar la calidez inusitada de su tono. Tenía la carta junto a él al dar el último suspiro. Su madre creía en Charlie. Él era su alegría, y cumplió su esperanza de ir por el buen camino.

Siguió las reglas.

Siete

Estando Charlie a caballo entre la infancia y la edad adulta, en la extraña frontera de la adolescencia, Lyle Willits empezó a frecuentar la casa familiar para hacerle la corte a su hermana mayor. Willits debía de tener un encanto especial, pues la hermana de Charlie no fue la única en caer rendida a sus pies. Al propio Charlie le pasó lo mismo.

Willits le llevaba nueve años, en una etapa de la vida en que esa diferencia de edad lo es todo, y más para un niño huérfano de padre y necesitado de un modelo que seguir. La importancia de esta amistad y de este ejemplo se advierte en el hecho de que Charlie empezara a labrarse su futuro en la estela del mayor de sus cuñados. Ante un joven médico como Willits, vio posible dedicarse también él a la medicina. Este había estudiado en la Facultad de Medicina de Chicago, y esa fue también la institución en la que pensó Charlie al acercarse al término de sus estudios de pregrado, aunque se llevó el disgusto de que no lo aceptasen.

Lo que pasó después es Charlie White en estado puro. El rechazo, aun siendo un duro golpe, no le dejó sin recursos; es más, la decepción podía convertirse en un reto, una oportunidad para poner a prueba sus fuerzas. Tomó un tren para Chicago, llegó a Evanston y buscó el despacho del decano de la Facultad de Medicina. Pese a no

tener cita, se anunció en la recepción y se sentó a esperar a que este lo atendiera.

Me imagino la cara de perplejidad de aquel hombre al ser informado por su ayudante de que un persistente joven de Misuri no quería marcharse de la sala de espera. Es evidente que le pudo la curiosidad, porque a Charlie le hicieron pasar al despacho, donde explicó de forma atropellada por qué era un error que no lo aceptaran. Es posible que viniera preparado por Lyle Willits, y con la idea, gracias a este último, de no estar por debajo del nivel de esa universidad. Lo que está claro es que lo avalaba su expediente en Misuri, como prueba de sus hábitos de estudio. En todo caso, funcionó; consiguió que lo aceptaran.

Sobre esto he discutido con mis hijos. Ellos me dicen que hoy en día ya no se pasa ninguna criba a través del contacto cara a cara, y que todo funciona *online*: buscar empleo, trabajar en red, estar atento a las oportunidades… Llenas un formulario electrónico, adjuntas un currículum en formato digital y, al clicar, aceptas tu destino. Yo, sin embargo, no acabo de creérmelo. La tecnología cambia, pero la gente no. El factor presencial siempre será importante. Un joven defendiendo su postura con seriedad y aplomo tiene la misma fuerza en nuestros días que hace un siglo. Quizá ya no baste con la labia para entrar en una facultad de medicina de élite, pero nadie puede hacerse valer mejor que uno mismo, ahora y siempre. Charlie ya no corría el riesgo de ser rechazado, así que su excursión al despacho del decano solo podía reportarle ventajas.

Circula una anécdota real sobre Kris Kristofferson, el cantante y actor que acabó codeándose con los mejores compositores del momento. De joven, al volver de Vietnam, solo contaba con su

formación como piloto de helicópteros y mucha fe en sí mismo. Estaba convencido de que las canciones que escribía eran merecedoras de atención, aunque el mundo se negara a prestársela, de manera que alquiló un helicóptero y se posó en el jardín de Johnny Cash, cerca de Nashville. Cash, una superestrella, salió a ver qué pasaba, y Kristofferson le entregó una cinta con canciones suyas.

Es algo que podría haber hecho Charlie White.

A mí el «momento Charlie» me llegó a los diecisiete años: enterado de que, en la sección deportiva del periódico de mi ciudad buscaban a alguien que pasara a máquina las estadísticas de los partidos y redactara breves informes, hice lo más difícil de mi vida, que fue pedirle una entrevista por teléfono al responsable de deportes. Estaba muerto de miedo. El teléfono estaba en la pared de la cocina de mi casa, con un largo cable en espiral entre el soporte y el auricular, y al descolgar este último tuve la impresión de que pesaba doscientos kilos. Cada número que marcaba era como una invitación a desistir.

Contestó una voz huraña. Mi garganta estaba tan agarrotada que a duras penas me salían las palabras. Después de que se me quitara de encima el responsable —¡un crío de instituto pidiendo trabajo en un periódico de una gran ciudad!—, aún me costó más volver a llamarle al cabo de unos días. La tercera llamada fue una auténtica tortura, pero fue la que me consiguió la entrevista, y esta me dio el trabajo, y con él, mi futuro en el oficio.

La decepción es una de esas cosas externas que no dependen de uno, y que, para los estoicos, por consiguiente, no merecen atención. Lo que sí podía controlar Charlie era su manera de

reaccionar a ella, y optó por insistir. En persona podía abogar mejor por sí mismo que con la solicitud por escrito, de modo que siguió buscando la anhelada recompensa, aunque pudiera ser a costa de una nueva decepción. Así las cosas, en 1927 llegó el día en que Charlie White ingresó en la Facultad de Medicina, con veintidós años a cuestas, nada menos, y se volcó de inmediato en cumplir sus promesas al decano.

Se confirmó todo lo que le había dicho: Charlie era inteligente, trabajador y tan sociable con sus compañeros que el decano nunca tuvo motivos para arrepentirse. La prueba llegó con sus notas de primer curso: un sobresaliente en Obstetricia, el arte médico de traer al mundo sin percances a los bebés (y otros temas de salud reproductiva).

Jurisprudencia médica: sobresaliente. Neurología: sobresaliente. Pediatría: notable. Dermatología: notable. Y el resto en la misma línea. El rechazado pasaba a situarse muy por encima de la media de su clase.

Los locos años veinte estaban en su apogeo, y no había noche de viernes o sábado en que no tocara Charlie con su saxo en algún escenario de Chicago. Su inspiración musical, los Coon-Sanders Nighthawks, habían trasladado su base de operaciones a la ciudad, donde era sabido que gozaban de las preferencias del capo mafioso Al Capone. Entre actuación y actuación, Charlie seguía estudiando.

Se ganaba otro dinero extra como auxiliar de ambulancias, lo que sería hoy un técnico en transporte sanitario. En una noche de locura, típica de la Chicago de Al Capone, avisaron a la ambulancia en la que se encontraba para que acudiese al escenario de un tiroteo entre bandas rivales. En la acera había un gánster con mucho plomo

en la sangre, y, junto a él, una mujer que le suplicó angustiada a Charlie que hiciera algo. En cuanto el aspirante a médico se puso de rodillas para tomarle el pulso a la víctima, tuvo muy claro que no había nada que hacer. El charco de sangre que se iba extendiendo lo decía todo.

«La única manera de que sobreviviera sería hacerle una transfusión», anunció, a pesar de que en aquel entonces todo lo que sabían los médicos sobre la naciente ciencia de las transfusiones cabía en un par de tarjetas (y aún habría quedado sitio para la lista de la compra). A veces funcionaban; otras, en cambio, parecía que la sangre nueva desencadenase una reacción tóxica. Los investigadores aún no tenían claros todos los detalles de la clasificación de la sangre por tipos.

La novia del gánster se brindó a pagar con generosidad cualquier intento heroico *in extremis*, así que Charlie buscó entre el material de la ambulancia hasta encontrar un tubo de goma y dos agujas intravenosas. Tras clavarse una en el brazo y la otra en el del moribundo, contempló junto a la novia de este cómo se iba llenando el tubo con su sangre. Nunca se sabría si los tipos de sangre eran compatibles, porque el precipitado experimento no logró salvar la vida del herido.

Aun así, conmovida por el intento y fiel a su palabra, la desolada novia sacó un fajo de billetes del que separó una generosa suma para ponérsela a Charlie en la mano.

Quiso el azar que él ya tuviera pensado en qué gastárselo. Hacía poco que, ante la inminencia de las vacaciones de verano, se había presentado en las oficinas de una naviera para ofrecerse como líder de un grupo de música para su siguiente crucero por el Pacífico.

Aceptada la oferta, no le costó nada encontrar músicos dispuestos a pasarse el verano en una travesía de ida y vuelta desde Seattle hasta China, pasando por Japón. Les pagarían poco, pero viajarían gratis y tendrían comida en abundancia. Lo mejor de todo era que se sabía que, al final de cada viaje, los pasajeros hacían una colecta para darle propina al grupo.

Pero había un cabo suelto: no podía pagar el billete entre Chicago y Seattle. De repente, como si fuera la respuesta a sus plegarias, tenía en la mano un fajo de dinero que aún conservaba el calor de la de la novia de un muerto y que cubría de sobra el desplazamiento.

Durante ese viaje, Charlie escribió un diario que seguía entre sus cosas al morir, más de ochenta y cinco años después. Antes de salir se anotó en las primeras páginas las letras de veinte o treinta canciones de su agrado, casi todas lentas y sentimentales. Esta especie de chuleta reunía melodías muy difundidas por la radio y los discos de 78 RPM. Supongo que le interesaba tener a mano una lista de temas que pudiera tocar y cantar su orquesta cuando no hubiera peticiones del público. *Little Log Cabin of Dreams* era el último éxito de la orquesta de Paul Whiteman. *Nobody's Sweetheart* gustaba tanto a todo el mundo que casi no había grupo que no la versionase. *Russian Lullaby* era un vals soñador recién salido de la genial pluma de Irving Berlin. Podríamos seguir.

En las siguientes páginas, fechadas a lo largo del verano, no había casi espacio para todos los pormenores de la gran aventura de Charlie, que dejó constancia de todas las cenas de gala, meriendas con baile y aperitivos de domingo en los que tocó su grupo. Durante

la primera semana de navegación consignó al papel hasta el último bocado que le brindaba, cual cuerno de la abundancia, la cocina de a bordo, hasta que unos días de oleaje y mareos, con el buque a merced de una tormenta, sofocaron su pasión alimentaria. Desde entonces, entre baile y baile pasaba más tiempo en su litera, sobre todo tratando de leer una novela del británico Philip Gibbs, *Young Anarchy*.

El pesimismo de este libro, publicado un año después que *El gran Gatsby* de Scott Fitzgerald, con el que coincide en algunos de sus temas (como el desarraigo y la deriva moral), aparecería varias veces en la cultura occidental en el transcurso de la larga vida de Charlie. Esta corriente hablaba de que los jóvenes vivían sin rumbo, de que ya no había valores ni virtudes, y de que el mundo estaba a punto de irse a pique. Si en su día Scott Fitzgerald dijo de la generación de Charlie que «al crecer, encontró muertos a todos los dioses, libradas todas las batallas y tambaleándose todas las fes», en *Young Anarchy* Gibbs describía una crisis similar de confianza: algo «había hecho trizas, en las mentes de los hombres, las tradiciones de pensamiento inmemoriales, los fundamentos de la fe, las esperanzas e ilusiones en el alma de la humanidad o la antigua disciplina de la vida social».

Al hojear su diario, muy bien conservado, me llamó la atención que pasara tantas horas leyendo la novela de Gibbs en su litera. También mis hijos, como él, se han hecho mayores en tiempos de desilusión y pesimismo, pero, por muy negras que parezcan las cosas en los años veinte de nuestro siglo, no lo son más que cien años antes. Yo creo que la reacción correcta es la de Charlie, que disfrutó de la novela sin compartir por ello el derrotismo de su autor.

En ningún momento de su vida se imaginó que las cosas fueran peores —o mejores— de como eran de verdad, porque de muy pequeño había aprendido que la vida nunca es tan segura como podríamos pensar, ni tan abocada al desastre como podría parecer.

El barco atracó en la bulliciosa ciudad japonesa de Yokohama, donde Charlie y sus compañeros vieron los estragos de un catastrófico y reciente terremoto. La siguiente escala era Manila, donde disfrutó viendo lo mal que se desempeñaban con las chicas en la pista de baile cinco engreídos jóvenes de Yale. Al llegar a Hong Kong se apoderó de su pecho y sus fosas nasales un tremendo resfriado. A finales de agosto, de regreso en Honolulu, los viajeros seguían con su agenda de actuaciones, felices de aceptar propinas en cada puerto en el que ponía punto final al viaje algún grupo de pasajeros. Para entonces, Charlie ya tenía prisa por llegar a casa y hacer una breve visita a Kansas City antes de empezar su último curso en la Facultad de Medicina.

El crucero a China fue un viaje espléndido que ensanchó los horizontes de Charlie, pero no creo que le cambiara la vida. La aventura asiática fue otra versión de su odisea en Ford T a California. A un joven a punto de cumplir los veintitrés que hubiera crecido entre algodones quizá le hubiera hecho falta esa apertura de miras, pero, a esas alturas, los ojos de Charlie ya estaban bien abiertos y llenos de vitalidad.

La decisión de cómo enfrentarse al mundo estaba tomada desde hacía muchos años. De niño ya empezó a contarse a sí mismo una historia de la que era el protagonista, una historia de agallas y éxito,

y partió de esa premisa hasta hacerla realidad. Era consciente de que siempre vamos hacia lo desconocido, tanto si zarpamos para un nuevo continente como si, sencillamente, viajamos de un día al otro. Había aprendido a considerar lo desconocido como un aliado mientras la vida no le convenciera de lo contrario, cosa que, pese a su excepcional longevidad, no llegó a suceder.

La experiencia nos forma, y nosotros damos forma a nuestras experiencias convirtiéndolas en relatos vitales, dándoles sentido. En palabras del poeta E. E. Cummings, que empezaba a ser valorado a finales de la década de 1920, «una vez que creemos en nosotros mismos podemos arriesgarnos a la curiosidad, al asombro, al deleite que viene de forma espontánea o a cualquier experiencia que revele el espíritu humano».

Una vez que creemos…

Después de la universidad, llegaba el momento de las prácticas, último paso que separaba a Charlie de su meta de ser médico. Se las buscó cerca de casa, siguiendo el consejo que le dio Lyle Willits de presentarse a una vacante en el Hospital General de Kansas City, uno de los primeros del país que prestaba asistencia médica a pacientes faltos de medios para costeársela. Su ingente mole de ladrillo y piedra caliza se erguía en una loma a menos de dos kilómetros de su casa. Seguro que, a lo largo de los años, Charlie había pasado muchas veces al lado de camino al centro, pero al cruzar sus puertas por primera vez como profesional de la salud es muy posible que se fijara con nuevos ojos en la cita de

Shakespeare cincelada en el dintel: «El don de la clemencia no se impone. Como la lluvia suave, baja del cielo a la tierra».

El hospital, que había costado alrededor de medio millón de dólares y cuya construcción se remontaba a la época del nacimiento de Charlie, contaba con instalaciones tan modernas como una fábrica de hielo, y tenía un ala separada para niños contagiosos. (Otra de mis amistades en la ciudad me contó que, de pequeña, luchó contra la meningitis en ese mismo pabellón de aislamiento, una historia de soledad y desesperación).

El hospital no cerraba sus puertas a nadie, y trataba casi todos los casos más urgentes de la ciudad. Charlie lo recordaba como el único de Kansas City equipado para emergencias. Un atractivo adicional para un aprendiz como él era que los médicos en prácticas del Hospital General también trabajaban en las ambulancias de la ciudad, así que, entre ambas tareas, estaban siempre tan ocupados que en la cuarta planta había un dormitorio solo para ellos. La distinción entre la vida y el trabajo era inexistente. Tampoco había período de adaptación: lanzados de golpe a la parte más honda de la piscina médica, o nadaban o se ahogaban. «Nos daban mucha responsabilidad —recordaba Charlie, feliz, antes de añadir—: La cuestión era estar a la altura».

Como hospital público de una ciudad en auge, trataba todas las enfermedades y lesiones existentes, y Charlie tenía prisa por verlo y conocerlo todo, desde las salas de cirugía para «casos contaminados» hasta las de cuarentena para las víctimas de las epidemias estacionales, pasando por el pabellón de maternidad y el de urgencias, al que llegaban hombres rudos con heridas de bala o de navaja.

Contaba muchas veces una anécdota que condensaba todas sus ganas de aprender. Un sábado por la mañana, el doctor Underwood los llamó a él y al resto de los médicos en prácticas a una sala de cirugía para enseñarles una técnica fundamental como era la extracción de las amígdalas. A Charlie, como a todos los médicos de su época, le habían enseñado que las amígdalas estaban relacionadas con una larga lista de dolencias. Se creía que extirpar esos pequeños órganos de la garganta era como un botón de *reset* para la salud humana, y por eso la lección a la que estaban a punto de asistir era la más práctica de todas.

Sin embargo, una vez reunido el personal en prácticas para impregnarse de esa información, el doctor Underwood lamentó tener que comunicarles que el paciente no había acudido a su cita. Se desinflaron todos de golpe, hasta que se oyó la voz de Charlie: «Yo aún las tengo». Al principio, el cirujano no dio muestras de haberle entendido.

«Puede extirparme las amígdalas a mí», se ofreció Charlie mientras se quitaba la chaqueta y se aflojaba el cuello.

Luego se subió a la mesa de operaciones y adoptó la posición correcta, mientras los demás iban en busca de un espejo que le permitió observar la operación rodeado de sus compañeros, todos pendientes de su boca abierta. «Entonces vivíamos así, sin miedo a las locuras», me dijo, encantado de ver en mi expresión hasta qué punto sonaba como tal. La mayoría de las veces, aseguraba, la espontaneidad de los médicos en prácticas era aún mayor, y el control a que estaban sometidos todavía más laxo: «Íbamos a la nuestra, y casi siempre nos salía bien».

Le encantaba contar la anécdota de un paciente que llegó al hospital con el brazo colgando, dislocado por el hombro. El diagnóstico era fácil, pero ninguno de los médicos en prácticas había puesto nunca de vuelta en su lugar un hombro dislocado. Anestesiaron al paciente con éter y se pusieron manos a la obra. «No había manera de reducirlo —explicaba Charlie, refiriéndose en la jerga de los médicos al proceso de devolver a su sitio los componentes de una lesión—. Lo intentamos los tres y no podíamos». El brazo seguía colgando.

Prescindiendo de su orgullo, los jóvenes llamaron al médico de guardia. «Vino enseguida y nos miró. El paciente aún estaba dormido. Puso el hombro en su sitio como si fuera lo más fácil del mundo y se marchó».

Ellos tres se miraron. Luego echaron un vistazo al paciente, que seguía inconsciente. «Volvimos a mirarnos y dijimos: "Pues ahora sí podríamos hacerlo"». Ni cortos ni perezosos, él y sus compañeros decidieron volver a probar la maniobra y sacaron el hueso de la cavidad sin despertar al paciente de la sedación. «Lo intentamos varias veces, pero a la segunda tampoco pudimos recolocarlo», recordaba Charlie. Por muchos meneos que le dieran a la extremidad, no conseguían reproducir la soltura de movimientos del veterano médico. Vencidos, volvieron a llamarle.

«Vino y lo puso en su sitio», contaba. Así descubrieron finalmente los futuros médicos en prácticas que lo de tener campo libre en el hospital tenía un límite. «Nos miró a los tres y dijo: "Bueno, venga, chicos, dejad a este hombre en paz"».

Para finalizar el aprendizaje, a cada uno le tocaba un mes de visitas a domicilio en solitario. Los pacientes demasiado enfermos

para desplazarse o que no podían acudir al hospital por alguna otra razón llamaban por teléfono para pedir una visita. Al médico en prácticas «de guardia» se le proporcionaba un coche («el coche de los enfermos», lo llamaban) con un chófer que se conocía al dedillo la ciudad. Con su maletín repleto de instrumentos y los rudimentarios fármacos propios de la época, Charlie salía cada mañana y no volvía hasta haber hecho veinte o veinticinco consultas; y al día siguiente, más de lo mismo. «Me fue muy bien para aprender», reflexionaba. Aprendió, por ejemplo, a diferenciar entre una apendicitis y una piedra en el riñón: en el primer caso había que pedir una ambulancia, y en el segundo recetar aspirina, mucho líquido y grandes dosis de valor.

Lo que más aprendió fue a ser humilde, en la medida en que tardó nada en descubrir lo poco que podía ofrecer su formación médica a la mayoría de los pacientes. Estaba capacitado para drenar un absceso doloroso, aplicar ungüento a una quemadura tópica y coser un corte con mal aspecto, pero, a decir verdad, no tenía cura para la mayoría de lo que diagnosticaba. Aún no se habían descubierto los antibióticos ni otros medicamentos avanzados. A duras penas existían los primeros y toscos rayos X. Charlie ponía los huesos rotos en su sitio guiándose por el tacto, sin llegar a verlos en ningún momento debajo de la piel; y lo hizo muchas veces, porque aún estaban a la orden del día las fracturas de brazo, muñeca o mano por el retroceso de las manivelas de los coches. En su maletín llevaba vendas y yeso para hacer escayolas protectoras.

En sus salidas iba pertrechado de la teoría de la «contrairritación», según la cual las infecciones debían combatirse provocando al sistema inmune. Una de las principales técnicas en uso eran los

emplastos de mostaza. En la cocina de la casa que estaba visitando, el médico en prácticas mezclaba mostaza en polvo con harina, añadía agua hasta formar una pasta y la extendía por el pecho del paciente. ¿Que si funcionaba? Tampoco tenían nada mejor.

Él no abordaba la situación con muchas esperanzas. Pronto llegó a la conclusión de que lo mejor que podía ofrecer un médico era la garantía de que guardando cama, comiendo bien e ingiriendo líquidos en abundancia, la naturaleza curaría ella misma en la mayoría de los casos. «Eran más que nada cuidados de apoyo: tranquilizarlos y velar por que estuvieran cómodos mientras se curaba el cuerpo por sí solo», decía.

Los médicos en prácticas desempeñaban también una función social, con la esperanza, ya no de curar la enfermedad, sino de evitarla. En sus visitas a domicilio daban ideas sobre alimentación y consejos sobre higiene y aseo de la casa. En eso Charlie y sus colegas tenían plena libertad, ya que en esa época era algo insólito ponerle una demanda a un médico, y casi nadie había oído hablar de los seguros. Tampoco se tenía por costumbre cuestionar a los novatos, a pesar de que Charlie tardó poco en percatarse de sus carencias en un campo donde la medicina más potente era la confianza. «La gente me miraba un poco dudosa. ¡Me veían tan joven…! "¿Es médico?", me preguntaban». Se dejó bigote para parecer mayor, y no se lo quitó en casi noventa años.

Después de su turno en el «coche de los enfermos» volvió a montarse en las ambulancias del hospital que acudían en respuesta a una emergencia. En las calles sin ley de Kansas City, ir en ambulancia estaba lleno de emoción, y también de riesgos. «Estaban locos, los conductores», recordaba Charlie.

Años después aún se acordaba de un servicio especialmente disparatado con un pasajero que subió por su cuenta a la ambulancia. «El *Star* tenía un reportero que estaba siempre pendiente de cualquier aviso que pudiera ser noticia —me explicó—. La verdad es que era bastante odioso. Una vez, después de hacerle los cuidados al paciente, vi que no hacía falta llevarlo al hospital. Entonces el reportero dijo: "Ya que está vacía la camilla, me echaré una siestecita"».

»Los conductores de ambulancia iban siempre muy deprisa, y las puertas se abrían por el lado, no por detrás, como ahora. Al girar en una esquina daba la sensación de que íbamos apoyados solo en dos ruedas. De repente, se abrieron las puertas y salió la camilla rodando por la calle, con el reportero encima».

Durante un año, su madre bien hubiera podido vivir a doscientos kilómetros de distancia, porque la vida de Charlie giraba toda ella en torno al hospital. Ni para los pensamientos amorosos tenía que salir del edificio, porque fue haciendo guardias entre sus paredes donde conoció a una guapa chica, Mildred Christel. Entre los dos saltó la chispa, y Charlie aprovechó uno de sus escasos ratos libres para pedirle una cita. La atracción era mutua.

A pesar de lo maravillosamente bien que contaba las cosas, no recuerdo que Charlie mencionara haber salido en serio con ninguna chica antes de Mildred. Mi sensación, tal vez errónea, acabó siendo que en cuestiones amorosas no había sido precoz, sino todo lo contrario; en el colegio, a fin de cuentas, sus compañeros le llevaban dos años, y cuando a los mayores les salió bigote y empezaron a enamorarse, él aún era un niño. En la universidad se pasaba las noches tocando el saxo, en vez de bailar agarrado y robarles besos a

las chicas. En todo caso, fuera cual fuese su experiencia, lo de Mildred fue distinto. Se casaron en cuanto Charlie acabó las prácticas.

¡Ya tenemos, por fin, al doctor Charles White! Pero enseguida descubrió que había un pequeño problema: a diferencia de casi todas las facultades de medicina de la época, en la universidad de Chicago no se podía hacer el examen de licenciatura sin haber terminado las prácticas. Cuando Charlie acabó las suyas, ya no estaba a tiempo de inscribirse en dicho examen, lo cual no le dejaba más remedio que esperar un año más para ser médico con todas las de la ley. «Lo único que quería era ejercer —recordaba con un deje de desesperación que persistía tantas décadas después—, pero no llegué a tiempo para colegiarme».

Las reglas son las reglas, y en el caso de Charlie estipulaban que necesitaba el título para presentarse a las pruebas de ingreso del colegio de médicos. Según las reglas de su universidad, no podía sacarse el título sin haber terminado las prácticas. En otras facultades la normativa era distinta, pero las opciones de Charlie se regían por las de su universidad… al menos, en principio, porque si algo no entraba en sus planes era conformarse. Nadie ni nada le impedirían buscar al responsable del colegio de médicos y presentarle respetuosamente sus argumentos.

Total, que fue a la capital del estado, Jefferson City. «Fui a hablar con el médico que estaba al frente del colegio». Le expuso su caso con pelos y señales: la exigencia con que había cursado el primer ciclo en la Universidad de Misuri, su excelente formación médica y sus exhaustivas prácticas en un hospital tan concurrido como el general de Kansas City. Explicó las consecuencias negativas que

había tenido sobre sus aspiraciones de médico novato la mala planificación de las reglas de su universidad, y se puso en manos del colegio.

Las reglas, sin embargo, eran las reglas: tendría que esperar hasta el año siguiente.

Con todo, al presidente del colegio le gustó lo que había visto y le dio un consejo práctico, no apto para tímidos, pero sí para Charlie. «Me dijo: "Has ido a una buena facultad de medicina y has hecho bien las prácticas, ¿no? Pues ve y ejerce". Conque estuve ejerciendo un año sin permiso», recordaba tan pancho. Volvió a apostar por sí mismo y, una vez más, le salió bien.

Como le había prometido su cuñado si volvía a Kansas City, Lyle Willits le hizo un poco de hueco en su clínica y le pasó algún que otro caso, pero por lo demás la búsqueda de pacientes con los que empezar a ganarse la vida como médico recién casado quedó en manos del propio Charlie. Tenía referencias de algunos de los médicos del Hospital General, favorablemente impresionados por sus prácticas, y con el tiempo también empezó a funcionar el boca a boca, pero fue un proceso lento.

Seguro que, durante su noviazgo, Charlie y Mildred pasaron algunas de sus pocas noches libres paseando por el nuevo centro comercial, una fantasía arquitectónica en estilo español, con anchas aceras y fuentes importadas. Este lugar fue uno de los triunfos de un movimiento de alcance nacional cuyo propósito era regenerar los nuevos, sucios y densificados centros urbanos del siglo XIX, que habían crecido deprisa y de cualquier manera, a base de parques,

avenidas arboladas, edificios monumentales y grandes arriates de flores. Kansas City se entregó con tal entusiasmo al movimiento que acabaría presumiendo de tener más fuentes que cualquier ciudad del mundo a excepción de Roma. Este edificio se levantó sobre antiguas granjas de cerdos, y fue el primer centro comercial planificado del país fuera de los centros urbanos. Aunque se pudiera llegar en coche, estaba pensado sobre todo como espacio de paseo y compras para los peatones, y a las parejas jóvenes y con pocos recursos, como Charlie y Mildred, les ofrecía un buen paseo vespertino entre risas y alguna que otra parada en la bolera o el puesto de helados, a lo sumo.

Cerca, en Brush Creek, un llano propenso a las inundaciones, había un elegante bloque de ladrillo rojo, con torres a la italiana y resaltes de piedra, que albergaba nueve plantas de viviendas, y que llamó la atención de Charlie de forma inevitable. Su promotor había querido evocar el esplendor de los edificios que bordeaban Central Park, en Manhattan. Sin entrar en si lo consiguió, lo cierto es que la denominada Villa Serena era toda una declaración de intenciones en la Kansas City de los años veinte. En el proyecto tenía algún tipo de participación otro de los cuñados de Charlie, que, como regalo de bodas, les pagó varios meses de alquiler en el nuevo edificio, que contaba con un espectacular vestíbulo, peluquería propia, servicio de habitaciones y electrodomésticos de buena calidad. Lo que no había era aire acondicionado: Charlie me habló mucho del calor y la humedad con que se vivían antaño las noches de verano, hasta el punto de que muchos inquilinos del edificio, entre ellos él mismo, subían el colchón a la azotea para dormir al raso.

Para no obligarse a un alquiler por encima de sus posibilidades, eligió el estudio más pequeño disponible, y luego le hizo una propuesta a la gestión del edificio: incorporar como servicio adicional un médico de guardia. Además de como un sitio fantástico donde vivir, veía Villa Serena como un hervidero de posibles pacientes. La gestión aceptó encantada.

Sería un error afirmar que, por fin, Charlie dependía solo de sí mismo, porque no era nada nuevo. Ya había dependido solo de sí mismo con ocho años, al bajar disparado de un tren y recorrer a pie los últimos kilómetros de vuelta a casa tras su estancia en el campamento de verano de un pedófilo; también con dieciséis, al cruzar medio país por carreteras sembradas de baches y escondiéndose en trenes de mercancías; y al convertirse en músico escuchando la radio, y al aprovechar esta nueva condición para pagarse la universidad y navegar por medio mundo; y al asistir a partos, y ver morir pacientes, y transferir su sangre a un gánster de Chicago. Con el tiempo, acabé pensando que su don era entender y aceptar por naturaleza la idea existencial de que siempre estamos solos. Preguntamos, aprendemos, nos dan consejos e imitamos, pero, a la hora de la verdad, lo que hagamos es cosa nuestra.

Es más: quizá no dependamos solo de nosotros mismos, pero vale la pena pensar y actuar como si fuera así. No estoy hablando de egoísmo, ni de narcisismo, ni de alienación, sino de actuar como si fuéramos libres de elegir bien en vez de mal. Dependemos de nosotros mismos en el sentido de que el sacrificio, el amor y el perdón están siempre en nuestras manos. Yo creo que a Charlie le salía por naturaleza darse cuenta de que en todas las vidas hay obstáculos y reveses, algunos más difíciles o injustos que otros, pero

que siempre queda margen, por estrecho que sea, para la autodeterminación; y en ese espacio dependemos exclusivamente de nosotros mismos.

Como más se usa la expresión, naturalmente, es en referencia a esa frontera de la vida que nos lleva de la infancia a ser adultos. Ahora depende de sí mismo, o de sí misma, decimos; entra en el mundo laboral, se busca casa, contrae matrimonio, tal vez. Fue lo que le pasó a Charlie en 1930, a los veinticinco años. Era un médico de fino bigotito, con contrato en la glamurosa Villa Serena, una mujer muy joven y un apartamento diminuto en un edificio majestuoso. Dependía de sí mismo… y de repente se le volvió todo el mundo en contra.

Fijémonos en el calendario: 1930.

Más allá de lo que puedan habernos contado en clase de historia, el crac bursátil de 1929 no fue cosa de un día. Todo el otoño de ese año estuvo marcado por los altibajos del mercado, justo en la recta final de las prácticas de Charlie. A finales de octubre hubo una caída brusca, pero parecía que se remontaba el vuelo. Cuando mi anciano vecino estableció su consulta, muchos seguían confiando en que el crac era solo un paréntesis fugaz en el camino hacia otro *boom*, una «corrección», que dicen los brókeres optimistas.

Pero no, no era ninguna corrección. En 1933, la industria del país había visto reducida casi a la mitad su producción anual y el producto nacional bruto había disminuido en un tercio. El desempleo superó el 20 %. Durante más de diez años, la Gran Depresión fue

como una nube negra y asfixiante sobre la carrera de Charlie. Su generación, la que había nacido en torno a 1905, no tenía edad para haberse enriquecido en los locos años veinte, pero sí para pagar un alto precio, traducido en años perdidos y dificultades laborales.

Durante una de mis visitas desde el otro lado de la calle, mientras hablábamos —o hablaba Charlie, para ser exactos, porque yo a duras penas salía de mi asombro por lo que contaba— sobre el precio de la atención médica a principios de los años treinta, la época en que empezó a ejercer, no le costó nada acordarse de las tarifas: dos dólares por una visita en la consulta, tres por una visita a domicilio y cinco si era fuera de su horario de trabajo. Dándose cuenta, sin embargo, de lo engañoso de las cifras, añadió que la mayoría de las consultas no llegaban a cobrarse. Por pedir, podía pedir un millón de dólares, pero ¿cuánto le pagarían de verdad? «En lo más crudo de la Gran Depresión», me dijo, muchas familias de Kansas City «no podían pagarse ni los cinco centavos del tranvía». ¿Qué más daba decir «dos dólares» o «cinco dólares» si el paciente no tenía, sin exagerar, ni cinco centavos?

Con lo que le había costado llegar a la línea de salida, y ahora tenía que correr en unas condiciones de una dureza pocas veces vista en la historia. Como tantos supervivientes de la Depresión, Charlie se hizo todo un experto en negociar. Si el paciente era dueño de una gasolinera, Charlie podía tratarle la hernia a cambio de unos cuantos bidones de gasolina gratis, o de una rebaja en neumáticos nuevos. «Te pagaban de maneras raras —recordaba—. Me acuerdo de un paciente muy bien situado, que era el que vendía todos los seguros en el centro comercial, pero con la Depresión se arruinó. Fui a verlo por una neumonía, estuve cuidándolo en su casa y cuando se

puso bien me dijo: "No tengo con qué pagarte. ¿Te interesaría una Británica?"».

Charlie miró la estantería donde se alineaban los tomos de la edición de 1890 de la Enciclopedia Británica, con su lustrosa encuadernación de cuero. Le hacía más falta dinero en efectivo que bibliografía, pero siempre era mejor que nada. «"Bueno, venga", dije, y me llevé los libros porque era lo que podía darme por haberlo curado. Que, por cierto, ni siquiera lo hice, porque la neumonía se la curó la naturaleza».

En plenos años treinta se publicó un estudio sobre miles de pacientes en varias ciudades, y su conclusión fue que los médicos, y el personal sanitario en general, se enfrentaban «al problema de prestar servicio gratuitamente […] hasta extremos no vistos en ningún otro campo. En momentos difíciles, el director de una fábrica podía recortar gastos eliminando departamentos improductivos, introduciendo medidas de ahorro de mano de obra o, como último recurso, cerrando las instalaciones hasta que volviera la prosperidad —escribían los autores—. Al médico, o al director de un hospital, no se le presentaba ninguna de esas opciones. La actividad tenía que seguir siendo la misma que siempre, a pesar de la disminución de los pacientes de pago y el drástico aumento de la atención gratuita».

Siempre que hablábamos sobre esa época, Charlie insistía en que a él le daba igual, que para él la medicina era una vocación, no una manera de hacerse rico, pero el caso es que no lo tuvo nada fácil. Según sus cálculos, sobre el 40 % de sus consultas quedaban sin pagar, ni en efectivo ni con trueques. «Seguías poniéndolas durante años en los libros de cuentas, pero sin que llegaran a saldarse», decía de esas deudas.

A veces, después de atender a un paciente, la familia le invitaba a comer. Me contó el caso de otro médico de la ciudad que siempre que entraba en el domicilio de un paciente iba directo a la despensa y la heladera, sin esperar a ser invitado, y casi nunca se iba sin haber comido o bebido algo.

Ahora bien, no se podía ejercer la medicina recurriendo solo al trueque. Había gastos fijos. Un médico necesitaba un coche. Según el mismo estudio, en los años treinta la atención médica consistía sobre todo en visitas a domicilio y, dado que los facultativos salían a todas horas, no les servían los coches normales. «Como médico, una cosa que tenías que tener, de la que no podías prescindir, era un foco sobre el coche —me explicó Charlie—. Todos los médicos se lo ponían nada más comprarlo. De los que usaban los bomberos y la policía. ¿Te imaginas ir por una calle sin luz, intentando encontrar el número de una casa en mitad de la noche? Era imposible. Te pasarías toda la noche buscando números. Acabábamos sabiéndonos hasta la última callejuela. El que quería saber dónde quedaba una dirección solo tenía que preguntárselo a un médico».

Al ir tan cortos de dinero, los padres con hijos enfermos se resistían muchísimo a la hora de avisarle. Charlie se acordaba de que una vez le habían llamado porque un niño se había pasado todo el invierno con malestar a rachas. Los padres habían ido postergando la visita con la esperanza de que al final se curase. Antes de ir, Charlie ya se imaginaba unas amígdalas bien inflamadas.

Al entrar en la casa, que no conocía, se fijó en sus habitantes con la esperanza de encontrar a alguien con madera de ayudante, porque hasta las intervenciones más sencillas a domicilio tenían que hacerse entre dos: en cuestión de minutos podía darles a un

hermano o una tía del enfermo con pinta de valientes la formación imprescindible para hacer de anestesistas dejando caer gotas de éter en un algodón dentro de un bote sujeto a una mascarilla. El vapor de éter hacía que el paciente se quedara dormido, y luego había que ir dejando caer gotas con regularidad para que no se despertara.

En la visita a la que me refiero encontró a un buen candidato y, tras explicarle el mecanismo, empezó a echar éter. Todo iba bien: el paciente había perdido la conciencia en la mesa del comedor. Charlie metió la mano en su maletín para sacar el fino alambre con el que rodeaba la amígdala inflamada para seccionarla al cerrar el bucle.

No estaba.

Hurgó por todo el maletín. Nada, que no había alambre.

Su ayudante aficionado dejó caer algunas gotas de éter en el bote y se quedó expectante. A Charlie se le hacía inconcebible interrumpir la intervención en un momento así. Desesperado, se fijó en que había un cuadro en la pared del comedor. Un cuadro…

Colgado con alambre.

Descolgó el marco, quitó el alambre y, tras esterilizarlo encima de una llama, lo hilvanó, aplicó el bucle a la primera amígdala y lo apretó al máximo. El molesto tejido se desprendió con una satisfactoria efusión de sangre. Repitió el proceso con la otra amígdala y no se fue hasta haber comprobado que ya no había hemorragia.

Al oírselo contar, me lo imaginé desenrollándose las mangas después de la operación, poniéndose la chaqueta y cerrando su gran maletín de cuero para salir con cierta chulería de la casa, dejando al paciente en la cama, grogui y sin amígdalas, y el cuadro boca abajo

en el aparador, a la espera de un nuevo alambre. Fue una intervención memorable como demostración de recursos, pero no su amigdalectomía más difícil, ni muchísimo menos.

Según él, las más difíciles eran cuando, al llegar, se encontraba la casa llena de niños, uno de ellos enfermo y los demás sanos. Como se pasaban tantas estrecheces, los padres preguntaban con algo de vergüenza si no les haría un descuento por quitarle las amígdalas a toda la familia a la vez.

Me explicó que, en esos casos, «la primera tanda era fácil», en el sentido de que el primer niño —el que estaba enfermo— accedía a subirse a la mesa del comedor, pero que, después de haber visto qué pasaba, a los otros «costaba una barbaridad pillarlos».

Una de sus grandes fuentes de ingresos eran los partos, sobre todo después de que en lo más crudo de la Depresión el Gobierno estableciera por ley un fijo de veinticinco dólares por médico y parto en casa. Era alarmante la tasa de mortalidad, tanto de mujeres como de bebés, al dar a luz en casa sin asistencia médica. La intención de ese fijo era animar a las parturientas a llamar a un médico, aunque no hubiera un solo céntimo en el hogar. Charlie tardó muy poco en perder la cuenta de la cantidad de bebés que ayudó a traer al mundo. Hubo un parto, sin embargo, que se le quedó grabado en la memoria.

Me lo contó una vez. «Había muy poco dinero, y la gente no podía pagarse el hospital», dijo para ponerme en situación. Al llegar a la casa, llena de gente, se encontró a una mujer joven ya de parto,

pero vio que algo no iba bien. No parecía que hubiera salido de cuentas.

«Saqué el bebé y no debía de llegar ni al kilo —se acordaba muchos años después—. Nació prematuro. Pensé que no iba a sobrevivir —continuó—. Claro, es que en esa época las UCI de pediatría no existían. Yo ya sabía qué harían en el hospital: poner al bebé en un sitio caliente y dejar que siguiera su curso la naturaleza, pero esa gente era demasiado pobre para ir. Así que conseguí una caja de zapatos, de lo más normal, la forré de algodón y puse dentro el bebé. Dejamos cerca una lámpara encendida, para que le diera calor. Le di leche con un cuentagotas. ¿Y sabes qué? ¡Que a los cinco años le extirpé las amígdalas!».

Nada más propio de Charlie que recordarlo todo como una aventura. Años después aún tenía presente lo eufórico que se sintió al instalarse en un edificio de viviendas tan lujoso: el «doctor» White, con su mujer y su nueva consulta. «Tenía ganas de montar una fiesta para unos cuantos amigos, los otros estudiantes en prácticas —me explicó—. Uno de los médicos que llevaban el laboratorio en el Hospital General me dio quince litros de alcohol, y eso que estaba la Ley Seca… pero daba igual. ¡Alcohol de cien grados! Lo que pasa es que no tenía nada con lo que mezclarlo.

»Un paciente mío me debía veinte dólares y aún no me los había pagado. Le llamé por teléfono, diciendo: "Estoy montando una fiesta y acabo de casarme. Necesito dinero para las bebidas. ¿Podrías pagarme?" Y me pagó. Me dio el dinero, compré las bebidas y ya teníamos fiesta».

Dicen que durante la Ley Seca en Kansas City no hubo una sola condena por contrabando de alcohol. Con su mezcla de clientelismo e intimidación, Tom Pendergast, «el Jefe», tenía la ciudad en sus manos, y de vez en cuando tomaba alguna medida que beneficiaba a esta. Sabedor de que la gente pedía a gritos carreteras en condiciones, dio permiso al entonces juez Harry S. Truman para que, sin chanchullos de por medio, supervisara un programa de infraestructuras. Gracias a ello pudieron trabajar miles de ciudadanos en paro y despegó la histórica carrera de Truman, que llegaría a ser el trigésimo tercer presidente de los EE.UU. Otra cosa que hizo Pendergast, mucho más en su línea, fue pactar con Johnny Lazia, un capo de la mafia originario de Nueva York que le había llamado la atención en la época de la Primera Guerra Mundial por su eficacia a la hora de conseguir votos de los residentes italoamericanos de la ciudad. Cuando no había elecciones, Lazia sacaba buena tajada a base de sobornos de un imperio cada vez más grande de bares clandestinos y casinos.

En el apogeo de su poder, Lazia tenía un pequeño despacho en la comisaría central, y se le atribuía capacidad de veto sobre la contratación y el despido de agentes, cosa que no dejaba de ser útil cuando había que asignar la investigación de los frecuentes tiroteos del barrio italiano de Kansas City, a uno de los cuales asistió en primera fila Charlie cuando hacía prácticas en el Hospital General.

«Estaba haciendo una visita a domicilio», recordaba. Fue en uno de sus turnos de ambulancia. «En Little Italy había una mujer con neumonía, y después de examinarla decidí que había que llevarla al hospital, conque la puse en la camilla y la levantamos entre el conductor y yo. Justo cuando llegamos a la puerta, ya en la calle,

apareció un cochazo negro con una metralleta y disparó a un hombre en mis narices. Luego se fue, como era de esperar.

»Miré al conductor de la ambulancia y le dije: "Mira, ¿sabes qué? Que le hace más falta a este tío que a ella", así que volvimos a dejarla en su cama y nos llevamos en ambulancia al que había recibido los disparos. Yo iba detrás, intentando hablar con él, pero solo hablaba italiano. Tampoco mucho, porque se murió de camino. Como mi conductor era italiano, le pregunté si el moribundo había dicho quién le había disparado, y él me miró como si yo estuviera loco y me soltó: "¡Yo no he oído nada!"».

Probablemente fuera lo mejor, porque Lazia era un gánster audaz, que se jactaba de sus amistades en la alta sociedad y en los bajos fondos. En los años treinta, durante una oleada de secuestros tan tremenda que hasta la gran empresaria de la moda Nell Donnelly fue raptada junto con su chófer en la entrada de su mansión, quien quisiera rescatar a alguna víctima importante tenía que acudir (decían) a Lazia. A las pocas horas de que este hiciera correr la voz, ya estaba Donnelly sana y salva en su casa sin haber pagado un solo dólar de rescate. Se podía decir que en Kansas City tenía más poder Lazia que el FBI, al menos durante una temporada. En 1933, cuando el aparcamiento de Union Station fue escenario de un brutal tiroteo entre gánsteres y agentes del FBI, Lazia usó sus contactos en la policía para frustrar la investigación.

Poco propenso a dar problemas, el joven doctor White adquirió buena fama en los dominios del gánster, al norte de la ciudad. Una noche lo llamaron a Little Italy porque había una mujer de parto y, al llegar al edificio y subir al segundo, donde vivía la paciente, se encontró el apartamento lleno de parientes nerviosos, y a la mujer

descansando cómodamente. Las contracciones aún no eran muy seguidas. «Había que quedarse, aunque aún no estuviera de parto. No había ninguna enfermera disponible para vigilarla», explicó Charlie.

Como de costumbre, se había fijado en todos los ocupantes de la casa en busca del que pareciera más sereno y de fiar. Encargó al designado como su ayudante que estuviera atento mientras él bajaba a echar una cabezadita en el coche, explicándole que a partir de un determinado intervalo entre las contracciones tendría que despertarlo.

«Eran sobre las dos de la madrugada», recordaba. Tenía bajada la capota de su Ford A porque hacía calor. Se acurrucó en la parte trasera y se durmió enseguida como un tronco. De repente, se despertó, pero no porque hubieran venido a decirle que ya estaba el bebé de camino, sino porque «¡dos niños pequeños me estaban quitando las ruedas del coche! Supongo que no me vieron acostado, y cuando me levanté se pegaron un susto como si hubieran visto un fantasma. No veas cómo corrían».

Llegó a ser muy conocido en el barrio. «En esos tiempos la medicina era algo muy personal —me dijo varias veces—, y si eras médico de familia entrabas en las casas, comías con las familias y conocías de primera mano su forma de vivir». A la familia de un mafioso llegó a conocerla especialmente bien, sobre todo cuando lo metieron en la cárcel. «Por evasión fiscal o algo por el estilo», me explicó Charlie, quitándole importancia con un gesto de la mano. El mafioso tenía una hija enferma y, mientras el padre cumplía condena, Charlie la cuidó sin mandarle una sola factura. «Como no tenía dinero, no le cobré».

Más tarde, al organizar otra gran fiesta, se acordó del gánster con la hija enferma, que estaba otra vez en la calle, en paz con la justicia. «Necesitaba algo para divertirnos, así que le llamé por teléfono y le dije: "¿Me puedes conseguir alguna diversión?". "Por supuesto", dijo él, y me mandó un camión con una máquina de *pinball* y una tragaperras"».

La fiesta fue un éxito sonado. A todo el mundo le encantaron las dos máquinas. Por la mañana, Charlie llamó para organizar la recogida. «Le dije: "Oye, Johnny, que nos hemos divertido mucho. Ven a buscar tu tragaperras", y él me contestó: "Me han dicho los muchachos que te la quedes"».

El gánster estaba a punto de colgar.

«Le dije: "¡Espera, Johnny, espera!"». Charlie no quería estar en deuda con la mafia. En ese momento se imaginó que una noche le podrían llamar por algún asunto médico y que, al llegar, se enteraría de que sus «amigos» pretendían que encubriera un asesinato. Fue inútil. El donante no daba su brazo a torcer. «Me dijo: "Que no, que no, que te quedes la máquina"». No sé si Charlie tuvo miedo de seguir insistiendo o aceptó que la gratitud de Johnny era bienintencionada —aunque el agradecido no fuese un dechado de virtudes—, pero el caso es que setenta y cinco años después vi con mis propios ojos que aún tenía la máquina tragaperras en su sótano.

Lo que contaba Charlie casi siempre cuadraba.

En otra visita a Little Italy, Mildred decidió ir con su marido y esperar en el coche. Durante el examen, Charlie oyó un ruido fuera y, al prestar más atención, se percató de que era una bocina.

La de su coche.

Se disculpó y, al bajar corriendo a la calle, se encontró a Mildred asustada, tocando la bocina sin parar mientras dos hombres se enzarzaban a puñetazos encima del capó. Lo más probable es que Mildred dijera que nunca iba a volver. Charlie tenía la impresión de estar rescatando a su mujer cada vez más a menudo, y no solo de peleas entre desconocidos. Los demonios con los que luchaba Mildred no los entendían ni su marido ni ella misma. La vida conyugal era un enigma cuya clave se les escapaba.

Seguro que la vida de recién casada con un médico en plena Depresión no se parecía en nada a las expectativas de una adolescente. El marido de Mildred casi nunca estaba en casa. Charlie estaba dedicado en cuerpo y alma a su trabajo. Por la mañana atendía a pacientes en la consulta de su cuñado y por la tarde hacía visitas a domicilio. Las noches eran una sucesión interminable de llamadas. Encima, la comunidad donde vivían le hacía constar como médico de guardia. A pesar de tantos esfuerzos, Charlie no progresaba. Cobraba en cajas de huevos, bidones de gasolina, máquinas tragaperras sobrantes y enciclopedias viejas.

Me puedo imaginar la soledad de Mildred. Muy joven, poco más que una niña, se había ido de casa de sus padres para instalarse por su cuenta en un lugar tan lleno de peligros como Kansas City, lo que sin duda demuestra que debió de ser una mujer con mucho carácter. Y de pronto se veía casada, en un mar de aburrimiento y soledad. He visto un álbum de Charlie con fotos de ellos juntos, pescando y haciendo pícnic, pero en los años treinta no era lo mismo hacer fotos que ahora. Mucho antes de los smartphones, que nos han acostumbrado a hacer mil fotos sin pestañear, la película era cara, y

cada instantánea tenía su importancia. Nadie hacía fotos de momentos cotidianos. Una foto era algo especial. Por eso, cuando vi en el álbum de Charlie una foto en blanco y negro, un documento de hace casi un siglo donde se ve brillar el sol reflejado en el agua, y donde Charlie aparece relajado, y Mildred, sonriente, empecé a sospechar que no eran momentos muy frecuentes.

Él no se prodigaba mucho en detalles sobre su vida conyugal, pero al hacerse más profunda nuestra amistad y al ir abriendo puertas para compartir mutuamente alegrías y penas, me permitió atisbar lo dolorosos que habían sido esos años. A veces, al volver a casa del trabajo, se encontraba a Mildred hecha polvo; otras, al término de un largo día, no había ni rastro de ella. Me explicó dos cosas que dan una idea de lo deprisa que se torció todo.

Lo primero que me dijo fue que llegó muy pronto a la conclusión de que su mujer no era bastante estable como para tener hijos y criarlos. A pesar de que ambos eran jóvenes y estaban en el mejor momento para procrear, se aseguró de que Mildred no se quedara embarazada. Los detalles concretos no me los contó, pero siendo médico sabía cómo funcionaba el ciclo de la fertilidad, y conocía mejor que casi nadie los métodos anticonceptivos a su disposición. Seguro que su decisión no hizo que Mildred se sintiera menos sola, ni menos aislada.

El segundo dato es que Mildred pasó varias temporadas en la clínica Menninger de Topeka, a unos cien kilómetros al oeste de Kansas City. En una época en que el tratamiento de las enfermedades mentales y las adicciones oscilaba entre lo tosco y lo brutal, los Menninger eran unos adelantados. Al situar su clínica en el apacible y bucólico entorno de una granja grande, no perseguían

encerrar al paciente, sino tratarlo y curarlo. Todo el personal, desde el conserje hasta la dirección, estaba formado para participar en el proceso terapéutico. Algunos pacientes se quedaban meses. Karl Menninger, el miembro de la familia con mayor presencia pública, tenía lectores en todo el país, a los que transmitía sus conocimientos a través de su sección mensual en la popular revista *Ladies' Home Journal*. Al volver de sus estancias en la clínica, Mildred parecía más estable, pero no le duraba mucho. En casa no había cambiado nada. Charlie seguía trabajando horas y más horas, y los pacientes seguían sin poder pagar. En cuanto a la propia Mildred, seguía siendo una joven de carácter voluble, poco más que una niña. Si quería tener hijos, Charlie era demasiado cuidadoso, o demasiado sensato, o demasiado maduro para permitírselo. O quizá estaba demasiado afectado por la muerte de su padre como para traer a una criatura a un mundo lleno de incertidumbre. Para ella, volver a su casa era caer de nuevo en el aburrimiento y la soledad, rodeada por ese mar de alcohol que era la ciudad en tiempos de Tom Pendergast.

Por decirlo de otro modo: Mildred hacía paréntesis en la bebida, pero sin dejarla. Al hablar de esos años, Charlie admitía haberse sentido impotente, y me parece que en su caso no había nada más difícil de reconocer.

Los problemas de Charlie se agravaron cuando el entorno de Pendergast reparó en que en la ciudad había un joven médico —ese que se dejaba bigote para parecer mayor— que era republicano confeso. Aunque descendiera de confederados, Charlie había nacido en Illinois, zona republicana. Fue advertido por vías

semioficiales de que, si quería conservar el preciado derecho a ingresar a sus pacientes en el Hospital General, le convenía cambiar de partido. Él se negó. La respuesta que recibió fue que sus simpatías políticas podrían ser toleradas a condición de donar —como todos los empleados de la ciudad— parte de sus ingresos a la maquinaria.

Volvió a negarse.

El sistema de sobornos del hospital estaba tan extendido que acabó dando pie a un sonado escándalo, pero Charlie lo tenía muy claro: no se iba a amilanar. Pronto pagaría muy caros sus principios. Tras perder el derecho a ingresar a sus pacientes en el General, se buscó otra institución y acabó en el hospital St. Joseph, un edificio de ladrillo rojo con tres alas en forma de «i» griega rematadas por una gran cornisa bajo la que discurría una hilera de ventanas de arco. Levantado a pocas manzanas al este de donde había pasado Charlie su infancia, era otro hito arquitectónico que había visto en construcción. Lo que para Kansas City era «historia» para Charlie era «vida».

En 1933, cuando llegó Adolf Hitler al poder en Alemania, los estadounidenses empezaron a tomar conciencia del peligro de otra guerra mundial. Los aislacionistas intentaban desmarcarse con el argumento de que Estados Unidos no tenía intereses nacionales en Europa, idea que se iba erosionando año tras año. A finales de los años treinta, Leon Trotsky pronunció unas palabras esclarecedoras: «Puede que a ti no te interese la guerra —dijo

proféticamente el revolucionario ruso—, pero a la guerra le interesas tú».

En el caso de Charlie, el interés de la guerra por él se manifestó cuando «vino al hospital un representante del ejército y dijo: "Nos gustaría reclutar como unidad al hospital St. Joseph. Si hay otra guerra, iréis todos juntos"». Parecía una propuesta de lo más sencilla, y, suponiendo que algún día fuera a pasar, la idea de ir al frente con amigos de Kansas City tenía su atractivo.

Tenía sentido adelantarse a los problemas. Eran los tiempos de la Depresión, de Stalin y de Hirohito. «Total, que entramos como reservistas en el ejército regular», recordaba él. El equipo del St. Joseph no hizo nada más. No hubo reuniones ni sesiones de instrucción. La vida de Charlie siguió siendo la misma, la de un médico empeñado en ganarse la vida en plena crisis y la de un marido que trataba de salvar un matrimonio infeliz. Pacientes, después de años de lucha, tenía muchos, y aproximadamente la mitad pagaba puntualmente.

Y llegó el día en que el Lejano Oriente fue invadido por Japón. Tras entrar Polonia en 1939, Alemania conquistó Francia en 1940 y sacó a Gran Bretaña de Europa. Los reservistas del St. Joseph fueron llamados a filas.

«Pero no como unidad, aunque lo hubieran prometido», me contó Charlie sin que el paso de las décadas hubiera borrado del todo su resentimiento por que la oferta de una participación colectiva se esfumara sin explicaciones. Le convocaron a él solo para que fuera a un hospital que estaban construyendo en la meseta de los Ozark, situada entre San Luis y Arkansas. «Ya no me acuerdo de cómo se

llamaba. Era grande. Subí a mi coche y al llegar me encontré a quince o veinte médicos mano sobre mano».

Sus conversaciones iban en la misma línea de lo que sentía Charlie. No había ningún hospital esperándolos. No tenían nada en que ocuparse.

«Dijeron: "No estamos haciendo nada. Nos han sacado de nuestras consultas y aún no tienen ni hospital"».

Charlie fue a ver al oficial al mando y expresó su contrariedad por que le hubieran llamado para nada.

«Teniente —le dijo el oficial—, si no le gusta, dese de baja».

Y eso hizo Charlie.

«Fui a St. Louis y me di de baja del ejército», recordaba. Al cabo de pocos meses hubo otra escalada bélica. «Y pasó lo de Pearl Harbor».

Las oficinas de reclutamiento se llenaron de hombres y muchachos llegados de todos los puntos del país, y Charlie se enfrentó a una dura decisión. A sus treinta y seis años podía quedarse en Kansas City, con sus problemas conyugales y su cartera de pacientes cada vez más abultada, ya que sus compañeros más jóvenes irían a la guerra y le pasarían a él sus pacientes; su consulta tendría el crecimiento asegurado. Pero también podía incorporarse a filas, dejando a sus pacientes a cargo de los médicos que se quedaran.

Al final, se reducía a una cuestión de autoestima. «Me pareció una cobardía haberme dado de baja del ejército», explicó, de modo que intentó volver a incorporarse. «Quise entrar en la Marina y me dijeron: "No ve del todo bien. No podemos aceptarle". La verdad es que no veo qué falta le hace a un médico una visión perfecta, pero la cuestión es que no me aceptaron. Fui a las Fuerzas Aéreas y me

cogieron enseguida. De hecho, me ascendieron y todo. Me había dado de baja como teniente, y al volver me hicieron capitán».

Ocho

Me pareció interesante que a Charlie le preocupara haber incurrido en «una cobardía» al salir de la reserva del ejército. En su trayectoria vital no había nada que insinuase falta de valor, ni físico ni psicológico, sino todo lo contrario: desde los saltos infantiles al tranvía hasta el peligroso viaje en el frontal de una locomotora, pasando por su elocuencia ante el decano de la universidad y su transfusión experimental a un gánster moribundo, su impulso había sido siempre superar unos miedos más que comprensibles para aprovechar las oportunidades. Es evidente que tenía sus riesgos servir en el ejército, pero hacerlo como médico, incluso en plena guerra, probablemente no fuera más peligroso que atender urgencias nocturnas por la calle en una Kansas City controlada por Johnny Lazia.

Al ir disponiendo de más información, y reflexionar más a fondo, comprendí que Charlie no debía de referirse al peligro físico. El gran riesgo de irse de Kansas City para servir a su país era el que comportaba para su carrera, y acaso para su maltrecha vida conyugal. No era lo mismo ingresar en el ejército para un asalariado que para un profesional liberal. A otro que entrara como soldado, su jefe lo readmitiría de nuevo al final de la guerra, o le saldría otra oferta vacante en otra empresa. Fue lo que le pasó a mi abuelo al

dejar su trabajo de jefe de estación para participar en su Segunda Guerra Mundial: podía confiar en que, a su regreso, seguiría existiendo su antiguo puesto u otro parecido. Charlie, en cambio, no tenía jefes con los que volver. Vivía de lo que les cobraba a sus pacientes, y si se los quedaban otros médicos se encontraría, una vez acabada la guerra, en la casilla de salida, con todo por reconstruir. Tampoco podía contar con que le esperase Mildred, aunque al final lo hizo.

Es decir, que, en cierto modo, estaba jugándose la vida, en el sentido de poner en peligro todo lo que había conseguido hasta la fecha. Es un miedo con el que hoy en día se identifica mucha gente. En el siglo XXI, lo que acaba con las carreras no es una guerra mundial, sino la revolución digital, que se come sectores enteros de la economía, entre ellos el mío: en 2008, lo que se llamaba antes «la prensa» daba trabajo al doble de personas en sus ediciones impresas y digitales que en 2020. La mitad de un sector se volatilizó en una docena de años. Esta oleada de despidos se cebó sobre todo con los trabajadores de entre treinta y cincuenta años, la misma etapa intermedia de la vida a la que había llegado Charlie cuando cerró su consulta para entrar en las Fuerzas Aéreas. La historia se repite sin cesar: empleados de grandes almacenes que se quedan sin trabajo por el auge de la venta *online*, corredores de bolsa que son sustituidos por plataformas de *trading*, obreros que son echados de sus puestos por la entrada de los robots, trabajadores de supermercados que resultan obsoletos frente a las nuevas cajas de cobro automático… La lista es larga.

Con tanta incertidumbre, es normal estar nervioso e, incluso, asustado. Pero Charlie, como buen estoico, era consciente de que

todas las situaciones son inciertas por naturaleza. Incluso cuando estamos más confiados y satisfechos con nuestra vida, lo único que controlamos son nuestras propias decisiones. Nunca sabemos qué obstáculos nos deparará el futuro, qué nos resultará confuso o qué nos paralizará.

Hace poco me recordaron la historia de Travis Roy, un chico fuerte y guapo y una joven promesa del hockey sobre hielo que ingresó en la universidad como uno de los deportistas más solicitados del país. En 1995, cursando primer año, se ganó ser uno de los titulares del equipo de la Universidad de Boston en el partido donde defenderían el título a campeones nacionales.

A los once segundos de partido chocó de cabeza contra las tablas y se partió la columna vertebral a la altura del cuello. En lo que se tarda en chasquear los dedos, terminó su vida como deportista de élite. Era una posibilidad que nunca se le había ocurrido. Solo pasaron once segundos entre uno de los momentos culminantes de su joven vida —poner por vez primera el disco en movimiento como preludio de lo que prometía ser una brillante carrera en el deporte universitario, seguida por años como profesional— y el final de todo.

Once segundos.

En realidad, estamos todos en la misma situación que Roy: solo un vuelco del destino o del azar nos separa de cambios dramáticos. No deberíamos hundirnos en ese pensamiento, pero sí vale la pena tenerlo presente. «Considera lo efímeras […] que son todas las cosas mortales», escribió Marco Aurelio en sus *Meditaciones*. También hacia esa época, pero muy lejos, en el Tíbet, el autor de un texto budista dejó escrito algo similar:

Todo lo adquirido se perderá
Lo que sube caerá
Donde hay unión, habrá separación
Lo nacido morirá, sin duda alguna

Es sabido por todos los habitantes de este planeta tan preciado, la Tierra —el único, al menos que nos conste, donde son posibles la vida, el amor y la alegría—, que nada es permanente. Al margen de lo largo, como en el caso de Charlie, o breve que sea nuestro periplo en torno al sol, no pasa de ser un pequeño temblor sobre la faz del tiempo, y sin duda es más sabio buscar un yo fuerte y alimentarlo —identidades en cuyo valor podamos confiar, pase después lo que pase— que quedarse paralizado por temor a una verdad que no está en manos de nadie cambiar. Yos profundos y verdaderos.

Casi paralítico de cuello para abajo, Travis Roy descubrió que sus dones no eran solo físicos. También tenía los del optimismo y la determinación y, cuando ya no pudo expresarlos sobre el hielo, los manifestó en discursos motivacionales, recaudando fondos para causas benéficas, y en la nobleza con que afrontó sus dificultades. Su fortaleza y personalidad atrajeron a miles de personas a las importantes iniciativas de las que se hizo abanderado. Después de su muerte, en 2020, con cuarenta y cinco años, escribí en un artículo de prensa: «Roy no salió al hielo contra North Dakota con la intención de plantear cuestiones existenciales, pero once segundos después nos las puso a todos delante. ¿Quién sería yo una vez despojado de cualquier adorno, cuando solo quedase mi ser más verdadero? ¿Vivo cada momento siendo del todo ese yo? ¿Tendrá sentido mi historia cuando esta se termine?».

Durante los últimos cincuenta años, los científicos han estudiado la relación entre el miedo y el valor, y sus conclusiones tienden a dar la razón a los antiguos filósofos. En su seminal obra *Fear and Courage*, el psicólogo S. J. Rachman concluyó que el miedo tiene tres componentes: un sentimiento de aprensión, una respuesta física (como pulso acelerado, náuseas o un nudo en el estómago) y un cambio de conducta encaminado a huir de ese miedo y moderar la respuesta. Añadía Rachman que el valor es la decisión consciente de anular el cambio de conducta que forma parte del miedo. En vez de huir del miedo, la persona valiente le planta cara.

Por decirlo de otro modo: sin miedo no hay valor. Quien no percibe el peligro tampoco siente aprensión, y quien no siente aprensión no tiene ganas de huir. Según la terminología de Rachman, la falta de miedo no es valor, sino mera ignorancia del peligro.

Los filósofos estoicos consideran el valor como una de las cuatro virtudes cardinales junto con la justicia, la prudencia y el autocontrol. Todas las otras virtudes son secundarias y están al servicio de esas cuatro principales. El valor comporta estar dispuesto a ir por el buen camino, aunque este sea difícil o intimide. Comporta también seguirlo con diligencia y constancia, así como soportar con fortaleza las dificultades que se puedan presentar.

Yo creo que con lo de tener miedo de ser un «cobarde» Charlie se refería a que, por un momento, había perdido su valor estoico; vaciló en su comprensión de que no hay nada seguro, pero recuperó enseguida el rumbo. Tras pensarlo a fondo, se dio cuenta de que quedarse en casa, lejos de la guerra, no era garantía de nada. Cualquier otro giro del destino podía arrebatarle su consulta, su vida

conyugal o las dos cosas a la vez. Controlaba tan poco su éxito como controla un niño el hecho de que su padre vuelva o no vivo a casa. Sin embargo, podía hacer lo correcto, que en ese caso era presentarse voluntario. Hacer bien las cosas dentro de sus capacidades confiando en que el resultado fuera el mejor posible.

Y lo fue.

Poco antes de que naciera Charlie, Orville Wright realizó el primer vuelo de la historia al sobrevolar, en doce segundos y con propulsión mecánica, treinta y un metros de dunas de arena en Carolina del Norte. Charlie era ya un bebé cuando, en octubre de 1905, el hermano de Orville, Wilbur, protagonizó el primer vuelo «de verdad» (en el sentido de recorrer una distancia significativa: casi cuarenta kilómetros) al partir y llegar exactamente adonde quería. El mundo acababa de cambiar. Doce años después ya sobrevolaban Europa los bombarderos, sembrando la muerte a su paso. En los años treinta, la aviación se había convertido en portadora de una violencia indiscriminada. Conscientes, aunque les pesara, de que el mundo iba de cabeza a un nuevo conflicto y de que los aviones tendrían un papel protagonista, los ingenieros del ejército estadounidense empezaron a buscar por el país terrenos donde construir aeródromos y campos de instrucción para las huestes de pilotos, bombarderos y mecánicos que exigiría una guerra moderna.

Una de las zonas elegidas fueron las áridas tierras entre Salt Lake City (Utah) y el Gran Lago Salado. Nada más producirse el ataque japonés a Pearl Harbor llegó maquinaria pesada al terreno, que en cuestión de semanas ya albergaba una ciudad y su aeropuerto. En

primavera, los inevitables vientos levantaban tales nubes de polvo que los camiones y los jeeps iban por la llanura con los faros encendidos en pleno día. La arena se metía en todas partes: sacos de dormir, kits de cocina, ojos, oídos… Y entre estas nubes de polvo del aeródromo militar de Camp Kearns, apareció un buen día Charles White.

«Estaban construyendo un hospital, y uno de los primeros médicos fui yo —recordaba—. Al alistarte, les explicas todo lo que has hecho. En mi caso, la lista incluía haber practicado anestesias. Así que me dijeron: "Serás el anestesista jefe". También me pusieron al frente del laboratorio. Tuve que ir a la ciudad en busca de técnicos que se encargaran de él. Así es como funciona el ejército. A ellos la experiencia les da igual. En radiología lo pasamos fatal intentando formar especialistas. Debieron de pasar como diez o quince tíos antes de encontrar a los adecuados. También tenía que supervisar las ambulancias para que estuvieran siempre limpias y en buen funcionamiento, y era el médico personal de los oficiales. El ejército supone mucho trabajo».

Doce meses después de Pearl Harbor, en Camp Kearns había unos cuarenta mil reclutas y oficiales alojados en eternas hileras de barracones, en severo contraste con el vacío de la llanura. El mundo de Charlie giraba en torno al hospital, un centro grande —con más de mil camas—, pero cuyos casos no eran muy interesantes. Lo que más trataba eran enfermedades de hombres jóvenes y sanos: cortes, quemaduras, fracturas, golpes de calor, neumonías leves y gran cantidad de infecciones, muchas de ellas de transmisión sexual. «Era una juerga, más que nada», me dijo.

La primera vez que se lo oí me quedé de piedra, pero con el tiempo me pareció un comentario al más puro estilo Charlie. La Segunda Guerra Mundial era «una juerga, más que nada». Él encontraba alegría hasta debajo de las piedras, y en Camp Kearns se podía encontrar mucha en su cartilla de racionamiento de gasolina. Como médico personal de los oficiales, tenía derecho a toda la que quisiera, a pesar de los estrictos límites de consumo vigentes en el país. Él y sus amigos del personal hospitalario «tenían fines de semana libres». Al otro lado de Salt Lake City (que en esa época no era muy grande) se erguía la pintoresca cordillera Wasatch, con sus altas cumbres que dominaban la ciudad por el este. En coche y desde el campo de instrucción solo se tardaba una hora en llegar a las pistas de esquí de Alta. En otoño de 1942 el hospital iba como una seda y, con nieve constante en las montañas, las pistas eran tentadoras. «Me daban toda la gasolina que quisiera —explicaba Charlie, socarrón—. Cada fin de semana cargaba con todos los que cupieran y nos íbamos a esquiar».

Para lo que nos incumbe, sin embargo, lo más importante de esa época no es que Charlie consiguiera divertirse, sino que convirtió al cambio en su aliado. La Segunda Guerra Mundial fue uno de los motores de cambio más potentes de la historia, con innovaciones vertiginosas en tecnología, fabricación, logística, transportes, comunicaciones, informática, física… y medicina. Hubo dos grandes adelantos médicos, concretamente, que afectaron al capitán White y su zozobrante carrera, y él se entendió con ambos.

El primero fue la producción a gran escala de penicilina, el fármaco que descubrió los antibióticos al mundo. Fue un científico británico, Alexander Fleming, quien dio por accidente, en 1928, con

este componente de extraño poder. Estaba cultivando bacterias en su laboratorio para estudiarlas luego en placas de Petri, y un día se llevó el disgusto de que en un cultivo hubiera aparecido moho. Al fijarse mejor, se percató de que donde crecía el moho no sobrevivían las bacterias. Qué momento tan estoico: parecía que el experimento de Fleming se hubiera ido al garete, pero, al sacarle el máximo provecho a lo que podía controlar —su atención, su cerebro—, realizó un descubrimiento mucho mayor.

Las consecuencias llegaban muy lejos. La posibilidad de destruir bacterias perniciosas podía abrir las puertas a la esperada cura de muchas de las infecciones mortales que atendían los médicos a diario, desde la septicemia hasta la neumonía, pasando por la estafilococia. El reto era cultivar una penicilina con la mayor potencia posible y prepararla en grandes cantidades.

Por increíble que parezca, durante casi todos los años treinta se ignoró en gran parte este reto —lo que supuso «una de las vergüenzas de la investigación médica», según el experto en ciencia Waldemar Kaempffert—, hasta que el estallido de la guerra, terrible propagadora de infecciones, impulsó a los gobiernos inglés y estadounidense a pisar el acelerador de la investigación sobre la penicilina, con el resultado de que, en poco tiempo, los laboratorios farmacéuticos cocinaban en enormes cubas el moho milagroso.

La llegada de los antibióticos fue una bendición inmediata para la humanidad. Winston Churchill propuso celebrar a «santa Penicilina» con la misma devoción reservada normalmente a la fe religiosa. Al mismo tiempo, sin embargo, este adelanto revolucionó de tal manera la medicina que fue como una sentencia de muerte para el ejercicio que Charlie hacía de ella. Ya le hemos oído decir que él no

curaba enfermedades; antes de los antibióticos, de hecho, no lo hacía ningún médico. Su principal herramienta era el trato con el enfermo; una mezcla de conocimientos, sentido común, amabilidad y aplomo que reconfortaba y animaba a los pacientes y sus allegados mientras la inmunidad natural ganaba (o perdía) su batalla. Sin pastillas o inyecciones de efectos curativos, aquel que atendía a domicilio tenía que fiarse de que los habitantes de la casa cumplieran sus instrucciones cuando él ya no estuviera. El médico de cabecera era un experto en dar instrucciones para estar sano, un maestro en motivar a los pacientes para que se curen solos y un especialista en duelo, todo en uno.

A partir del descubrimiento de Fleming, la medicina pasó a ser una cuestión de tratamientos y de protocolos, más que de cuidados y de apoyo. La ciencia médica ya no se inclinaría nunca más por dejar que siguiera su curso la naturaleza. Atento a las señales de cambio, Charlie se dio cuenta de que los futuros médicos ya no serían generalistas que iban de casa en casa con sus utensilios profesionales en un maletín de cuero, sino especialistas que optarían por un abanico reducido de tratamientos o procedimientos y que se ganarían la vida administrando curas. El porvenir estaría regido por saberes específicos.

He hablado de dos grandes adelantos. Aquí es donde entra el segundo.

Hace tiempo que la guerra, con su bárbara violencia, ha sido un laboratorio para la gestión del dolor, las técnicas de salvamento y los procedimientos quirúrgicos. La Segunda Guerra

Mundial transformó el uso de los analgésicos y la anestesia. En los años treinta, el maletín de Charlie contenía un frasco de éter y un bote para inhalarlo. Como hemos visto, los parientes de un enfermo podían aprender a manejar este artefacto tan sencillo en cuestión de minutos. No hacía falta tener conocimientos especiales.

Antes de 1939, en Estados Unidos no había especialistas titulados en anestesiología. El donativo que recibió Harvard para una cátedra en esa disciplina se destinó a algo «más respetable». John S. Lundy, de la Clínica Mayo, llamado a veces «el padre de la anestesia intravenosa», recordaba que antes de la guerra solo se animaba a especializarse en anestesia «a los médicos incompetentes en la medicina generalista u otras ramas». En términos profesionales, era un camino sin salida.

La guerra generó todo un arsenal de técnicas para paliar o suprimir el dolor. Los adelantos en la cirugía traumatológica aceleraron el uso de tubos endotraqueales para abrir las vías respiratorias, ayudar a la respiración y administrar anestésicos. Los médicos perfeccionaron los fármacos administrados con gotero y comprendieron la utilidad de los bloqueadores locales y regionales, capaces de desactivar el dolor en una parte del cuerpo sin tener que dormir por completo al paciente.

Eran cambios tan vertiginosos que el Departamento de Guerra encargó a uno de los colegas del doctor Lundy, Ralph Tovell, que estudiase la necesidad de especialistas en anestesia. El informe entregado por Tovell en octubre de 1942 —mientras Charlie descubría las pistas de esquí de Alta— aconsejaba urgentemente proporcionar más formación en anestesiología a los médicos militares de todo tipo. Él mismo impartió una conferencia de dos

horas sobre técnicas de anestesia ante plantillas hospitalarias de toda Europa. En Estados Unidos, el Consejo Nacional de Investigación formó un grupo de expertos, entre ellos John S. Lundy, cuyo objetivo era crear un curso acelerado para anestesiólogos.

Charlie tendió la mano a su futuro.

Al haber mencionado su experiencia con el éter a sus reclutadores de las Fuerzas Aéreas, el experto en anestesia de Camp Kearns era él. El nuevo y urgente interés que despertaba la nueva modalidad médica hizo que le ascendieran, asignándole una nueva misión: el mayor White debía presentarse en el aeródromo militar de Lincoln, en Nebraska. A sus instalaciones llegaban reclutas de todo el país para ser distribuidos en unidades antes de partir al frente. «Pilotos, copilotos, bombarderos… En Lincoln se juntaban todos», me explicó. Su misión era ser el jefe de anestesiología del nuevo hospital de la base.

«Iba a ser el jefazo —siguió explicando—, pero dije: "A ver, que para eso no estoy preparado. Tendréis que enseñarme". Negarme a ir no podía, pero sí decir "más os vale formarme"».

Todo ello explica que en 1943 estuviera en Rochester (Minnesota), en la Clínica Mayo, en el departamento de John S. Lundy. El comité de investigación de este último había diseñado un curso de inmersión de tres meses, muy orientado a la práctica, para convertir a los médicos generalistas en anestesiólogos. Charlie fue uno de los primeros en seguirlo. Lleno de fascinación y de entusiasmo por los adelantos que se le enseñaban, superó el curso sin problemas y volvió a Lincoln para pasar allí el resto de la guerra.

Acababa de convertir como si nada los peligros del cambio en una ocasión para crecer. Ya no era un médico de cabecera en peligro de

quedarse sin trabajo, aferrado a los últimos rescoldos de su especialidad, sino que, al terminar el conflicto, volvería a Kansas City como pionero de una nueva especialidad en auge: sería uno de los primeros anestesiólogos de la ciudad, respaldado, para colmo, por su paso por la Clínica Mayo.

Para mí este episodio contiene la esencia de la vida de Charlie: la poderosa unión del realismo con el optimismo. Hay demasiada gente convencida de que el realismo —ver el mundo tal como es, con todo su dolor y sus peligros— exige una respuesta pesimista. Creen que el optimista se engaña, que recorre a ciegas, con sonrisa de tonto y el candor por bandera, una existencia sórdida. Charlie era realista en lo tocante a su improbable futuro como médico que iba de casa en casa con su maletín, pero al mismo tiempo era optimista sobre la posibilidad de empezar de nuevo, y confiaba en su capacidad de aprovecharla. Estaba atento a las puertas que se abrían, y al ver una la cruzó.

En épocas de incertidumbre (como lo son todas, en el fondo), mucha gente quiere todas las respuestas a la vez. ¿Cómo condicionarán las tendencias actuales el día de mañana? ¿Cómo será la vida en el futuro? Charlie entendía que no vivimos en ese futuro del mundo, sino en nuestro presente particular, dentro de la zona, mucho más reducida, de nuestros propios actos y nuestra propia voluntad. El mañana no podemos controlarlo: eso es realismo. Ahora bien, el optimismo nos enseña que podemos estar atentos al mañana, tratar de comprenderlo y saltar cuando llegue el momento de aferrarnos a él. Quizá, incluso podemos participar en darle forma.

En 1941 ingresó en las Fuerzas Aéreas estadounidenses con cierta preocupación sobre su futuro profesional y en 1946 salió de ellas

con muchas ganas de embarcarse en la siguiente fase. «Después de las bombas atómicas no había mucha necesidad de nuevas tripulaciones, así que estábamos todos un poco aburridos», recordaba. La espera de los documentos que certificaban su baja en el ejército se le hacía interminable. Como era típico de él, hizo lo que estaba en su mano.

«Escribí una carta muy larga», me contó; una carta en la que enumeraba los motivos por los que su presencia en Kansas City podía ser mucho más beneficiosa que cruzado de brazos en Lincoln. Entre los otros oficiales suscitó cierto recelo cuando, pasadas dos semanas de esa carta, le dieron permiso para marcharse: seguro que había aprovechado sus contactos con el nuevo presidente de Estados Unidos, también de Kansas City, comentaron sus compañeros más envidiosos. «Me decían: "Conoces a Truman y le has llamado"».

Con ello daban a entender lo que sabían sobre Kansas City. En realidad, fue un amigo y jefe de Truman, Tom Pendergast, quien expulsó a Charlie del Hospital General de la ciudad. «No, chicos, solo he enviado una carta —insistía Charlie—, por las vías normales».

Lo cual no impide que volviera a casa con un as en la manga.

Con su uniforme y las insignias que reflejaban su ascenso más reciente, a teniente coronel, acudió directamente al hospital St. Joseph, donde, en sus propias palabras, «mis amigos me pusieron enseguida a anestesiar». Cambiarse, a mitad de su carrera profesional, de la medicina general a una especialidad había

funcionado a la perfección. A su regreso, lejos de encontrarse en un callejón sin salida, se encontró con un nuevo camino.

Lástima que no se me ocurriese preguntarle por un personaje ausente del relato de su vuelta: Mildred. No me la imagino esperando paciente a Charlie, pues la casa de Villa Serena estaba realquilada, y después de la guerra había tal escasez de viviendas que los inquilinos se negaron a irse. Tras instalarse en el hotel Hyde Park, Charlie empezó a buscar una casa por toda la ciudad. Al cabo de unos meses encontró una disponible y los convenció de que se instalaran en ella. Por fin podía recuperar la suya.

Poco después volvió Mildred, porque reaparece en las historias que me contó Charlie sobre su rápido ascenso en la comunidad médica de Kansas City. Con su nueva especialidad y su experiencia de guerra como gestor, se convirtió en uno de los grandes impulsores de la introducción de la anestesiología en Misuri y Kansas. También le iba de maravilla en su consulta, porque los principales cirujanos de la ciudad querían tenerlo en sus equipos. En su tiempo libre organizó una asociación profesional para el creciente número de médicos que estaban siguiéndolo en su nuevo campo. Cuando estaba en condiciones, Mildred le ayudaba organizando actividades para las mujeres de los anestesiólogos mientras ellos estaban reunidos. En esa época había muy pocas mujeres en la profesión.

Había veces, sin embargo, en que Mildred no estaba en condiciones. Cuando Charlie tomó conciencia de que no me eran ajenas las enfermedades mentales ni el abuso de sustancias, pues lo había vivido entre mis seres queridos, se abrió a mí sobre el dolor que le habían infligido los sufrimientos de Mildred, y también los

propios. Me habló de sus esfuerzos reiterados por lograr que la ayudasen en los centros de rehabilitación que se conocían entonces como sanatorios, entre ellos la Clínica Menninger. Las estancias se iban haciendo más frecuentes y largas. «Todo eran altibajos —decía Charlie—. "Nervios", lo llamaba ella».

El diagnóstico oficial era de hipoglucemia, falta de glucosa en la sangre, que puede provocar depresión, irritabilidad, pérdida de memoria, ansiedad y depresión. Sin embargo, su enfermedad era síntoma de algo más: alcoholismo sumado a un trastorno alimentario y agravado por el consumo de barbitúricos.

A principios de 1948, Mildred estaba en casa. Charlie recordaba habérsela llevado de vacaciones a Cuba —«nos lo pasamos de miedo»— y haber vuelto a principios de abril para una reunión de la filial regional de la Sociedad Americana de Anestesiólogos, de la que ese año era secretario local. Mildred se encargó de recibir a las esposas. La reunión se terminó el 6 de abril con cócteles y una cena en el lujoso hotel President del centro de Kansas City.

Había sido un día largo, durante el que se recalcó ante los asistentes la importancia de los tubos endotraqueales para las intervenciones en el tórax, una técnica creada durante la guerra que había empezado a salvar vidas por todo el país y que permitía, por fin, abrir el pecho sin que se colapsaran los pulmones. Durante la cena, el orador le aseguró a su público que los procedimientos de antes habían dejado de ser válidos.

A mitad de la cena Mildred informó en voz baja a Charlie que no se encontraba bien. Le dijo que se quedase, pero que ella necesitaba irse a casa. Se marchó, en efecto, pero no a su domicilio

pues, al cabo de unas horas, al entrar Charlie en el apartamento, su mujer no estaba.

Al día siguiente encontraron su cadáver en el hotel Gladstone, a menos de dos kilómetros del President, aunque a años luz en términos de prestigio. Charlie me explicó que se había suicidado con una dosis fatal de somníferos. Gracias a la habilidad investigadora de mi mujer tengo el informe de la policía. Karen sabía que en algún archivo mohoso tenía que haber uno y, habiendo sido corresponsal en la Casa Blanca, no desistió hasta dar con él.

El agente Elmer Murphy, de la Policía de Kansas City, se puso al teléfono el 7 de abril de 1948 a las 15.05. La camarera del hotel, Beatrice Gaines, le dijo que a las ocho y media había abierto la puerta de la habitación 405 para limpiarla, pero que la había cerrado enseguida al vislumbrar a una mujer desnuda encima de la cama. A las tres, la hora del registro de salida, poco antes de acabar su turno, volvió y, en vista de que la mujer de la cama seguía sin moverse, se lo dijo a su jefe y este llamó a la policía.

Hablando con uno de los recepcionistas, Steven Drew, el agente Murphy averiguó que la mujer de la cama había llegado a las siete de la tarde anterior en compañía de un hombre. No llevaban equipaje. Se registraron como Charles W. Koehler y señora, de Independence (Misuri). El recepcionista describió al tal Koehler como un hombre de cuarenta y dos años, sobre el metro ochenta y los ochenta kilos, «moreno de piel y […] con pinta de extranjero». Se había fijado en que llevaba un traje marrón muy elegante.

Drew había salido del trabajo a las once de la noche, y no se había reincorporado hasta las dos del mediodía, una hora antes de

que la camarera diera la voz de alarma, por lo que no había llegado a ver salir al tal Koehler.

Llamaron al inspector Keiffer Burris, de la brigada de homicidios, a quien acompañaba un médico del Hospital General que, al examinar el cadáver de Mildred, no halló señales de violencia. Su muerte fue atribuida a «causas naturales». El periódico del día siguiente entraba un poco más en detalles: «La muerte se debió a las complicaciones de una hipoglucemia». Si en la habitación había restos de drogas o de alcohol, la policía tuvo la cortesía de no incluirlo en su informe.

Se estableció rápidamente un vínculo entre el cadáver del hotel y la denuncia que había puesto Charlie esa misma mañana sobre la desaparición de su mujer. Ignoro si fue al hotel a petición de la policía o si identificó más tarde a Mildred en el depósito de cadáveres. Los investigadores le hicieron entrega de dos anillos —el de compromiso y el de casada, que llevaba puestos Mildred al morir —, así como del reloj de oro Bulova que portaba en una muñeca.

En su informe, el inspector Burris se comprometía a «hacer lo posible por localizar a Charles Koehler», pero no creo que se esforzara mucho. No hay constancia de ninguna búsqueda, y dudo que Charlie tuviera mucho interés en encontrarlo. Supongamos que encontraban a Koehler, y que este explicaba por qué se había ausentado la esposa del doctor Charles White de una reunión en la que su marido tenía un papel tan destacado para encontrarse con un hombre moreno y bien vestido e irse con él a un hotel de parejas. Un testimonio semejante solo podía abochornar a Charlie y estigmatizar aún más a su mujer, de modo que se corrió un tupido velo sobre la triste vida y deprimente muerte de Mildred.

Más de seis décadas después, cuando me lo contó, aún tenía en carne viva la impotencia que le había producido la enfermedad de su esposa. ¿Podría haber hecho algo más para ayudarla? No tengo elementos para emitir un juicio; lo que sí sé es que los tratamientos de la clínica Menninger eran de los mejores de la época. Sus médicos fueron de los primeros en suscribir la idea de que la adicción es una enfermedad, no un defecto moral. Ahora bien, también estamos hablando de una época en que algunos presuntos expertos seguían pensando que las mujeres no podían ser adictas, y menos si estaban casadas con un médico tan respetable.

Lo que tampoco tuvo Mildred al volver del tratamiento fue una red de apoyo. Hacía muy poco que Alcohólicos Anónimos había llegado a Kansas City, y su sede original les quedaba muy lejos a los White. De hecho, aunque se hubiera enterado de la existencia del programa, es poco probable que Mildred hubiera encontrado a alguna otra mujer, porque en los años cuarenta eran muy pocas en todo el país las que participaban en los doce pasos hacia la abstinencia. El primer centro con internos que ofrecía un programa de doce pasos no abrió hasta 1949, demasiado tarde para alguien casada con un joven médico y con problemas en una ciudad famosa por su consumo de alcohol.

Al cabo de unos años, Charlie se volvió a casar, pero el tiempo demostró que aún no estaba preparado. Aun así, cuanto más fui sabiendo de su segundo matrimonio —gracias de nuevo a la capacidad de mi mujer de encontrar cosas que se creían perdidas para siempre—, más deseaba que este hubiera funcionado.

O quizá no, porque la vida es una secuencia de pruebas y errores, de desastres evitados por los pelos y salidas en falso, cada uno con sus consecuencias, y si el segundo matrimonio de Charlie hubiera salido bien, es muy probable que no hubiera llegado a comprarse la casa de enfrente de la mía, lo cual me habría impedido admirar su simpático bastón-palo de golf, y verle lavar el coche de su novia, y saber algo de él.

A pesar de nuestras esperanzas, y de nuestros planes, la vida se mueve por azares. Desear que no se hubiera producido equivale a desear no haber vivido, así que me limitaré a decir lo siguiente: Charlie y su segunda mujer podrían haber formado una pareja espectacular.

Cuando Charlie White «se cruzó» con Jean Landis, por decirlo con sus palabras, eran dos personas atractivas, llenas de atrevimiento y ganas de vivir, sin miedo alguno al riesgo. Su noviazgo fue rápido, como tantos después de la guerra. La gente ardía en deseos de recuperar el tiempo perdido. Seguro que cuando Charlie se casó con Jean en la sala de estar de los padres de ella, pensó que saldría bien.

Pero no.

Nacida en California en 1918, Jean Landis era unos doce años menor que Charlie. De niña, inspirada por Amelia Earhart, una de las heroínas del país durante la Depresión, quería ser aviadora, y su oportunidad llegó con la Segunda Guerra Mundial. En los aires morían tantos jóvenes, miles y miles, que llegó el momento en que ya no hubo bastantes pilotos hombres para mantenerse en guerra y

seguir trasladando los aviones a lo largo y ancho del país. De esta necesidad surgió el programa WASP, siglas en inglés de Pilotos Femeninos de Servicio Aéreo. Se trataba de una organización civil, sin rangos ni gloria posible, que brindaba a las mujeres jóvenes la oportunidad de pilotar aviones de guerra de última tecnología. Y de algo aún más importante: servir a su país.

Las pilotos WASP aprendieron a manejar todos los tipos de aviones del arsenal norteamericano: cazas, bombarderos, aeronaves de transporte… Cuando salían de las cadenas de montaje, los trasladaban por vía aérea hasta las costas, desde donde eran enviados a los diversos frentes. Participaron en el programa unas mil mujeres, que entre todas sumaron unos cien millones de kilómetros de vuelo. Ganaban ciento cincuenta dólares al mes, y treinta y ocho fallecieron en acto de servicio.

He visto una foto que le hicieron a Jean hacia 1944. Lleva un traje y unas gafas de aviadora que combinan muy bien con su esbelta silueta. Con los labios pintados, la vemos sobre el ala de su avión favorito, un Mustang P-51, el modelo bélico con el que los aliados se hicieron dueños indiscutidos del aire gracias a que su radio de alcance permitía proteger a las flotas de bombarderos desde la base hasta el objetivo y vuelta. Cerca de la pista de despegue y aterrizaje, Jean pilotaba los Mustang con cuidado y seriedad, pero en cuanto la perdía de vista y sobrevolaba las praderas, exprimía al máximo el potencial del avión. Si un granjero en tractor o unos niños jugando en un campo levantaban la vista y veían en el vacío azul del cielo un minúsculo dardo que zumbaba y de pronto empezaba a girar sobre sí mismo, podía ser perfectamente Jean.

Un día, cerca de un aeródromo, pidió permiso por radio para aterrizar. En el mismo momento, más o menos, otro piloto, un hombre, informó de que había visto un Mustang acercándose a la pista de aterrizaje. El controlador buscó por el dial más datos acerca de la aeronave que se aproximaba.

Jean volvió a pedir permiso para aterrizar.

«¡Apártate, que está a punto de llegar un P-51!», le espetó el controlador.

«¡Soy yo!», contestó ella justo antes de tocar la pista.

Su último vuelo oficial lo hizo cuando ya se atisbaba el final de la guerra. Sobrevolaba el puerto de Nueva York y le entraron ganas de rodear la Estatua de la Libertad, cosa que hizo con los ojos llorosos antes de su aterrizaje final como WASP.

Más de sesenta años después, en 2009, el Congreso otorgó su máxima distinción, la Medalla de Oro, a Jean Landis y sus camaradas del WASP. Para entonces, gracias a su carisma, era una de las pilotos vivas más famosas. No hubo elogios, en cambio, cuando colgó las gafas de aviador para reintegrarse a la vida civil. Fue a la universidad, se tituló en educación física y encontró trabajo como profesora en lo que era entonces Park College. Mirando al este desde el centro del campus, sobre un despeñadero, se veía el perfil de Kansas City.

No tardaría en conocer a un viudo con bigote y sentido de la aventura. Jean era joven y estaba llena de entusiasmo; Charlie tenía el corazón herido e iba con pies de plomo. Se lanzaron los dos, y ella no descubrió su error hasta después de la boda. «Era un poco demasiado posesivo», dijo sobre Charlie muchos años después.

Para cuando lo oí, Charlie ya me había expuesto más de una vez su versión de los hechos. No solo a mí, sino a muchos otros y en numerosas ocasiones, porque lo que debió de ser una desilusión tremenda quedaba reducido a algunas frases dichas como a la ligera. Contaba que su segunda mujer se llevó su descapotable, con sus palos de golf y la cubertería en la parte de atrás. «Era una chica estupenda», comentaba displicente, pero ¿qué se podía esperar de «una profesora de educación física»? «Ella no quería estar casada», concluía; o parecía concluir, porque aún faltaba la coletilla: «No tenía conocidos, solo *conocidas*».

¿Abandonado por una lesbiana al tomar conciencia de su error? Tras la muerte de Charlie, disconforme con la explicación, mi mujer exprimió internet hasta desenterrar la historia de Jean Landis, la heroína de las WASP. En un libro la citaban de pasada diciendo que había estado casada brevemente con un médico del Medio Oeste.

Siguió apretando y descubrió que Jean aún estaba viva. Y apretó un poco más hasta encontrar un número de teléfono.

Cuando Karen la llamó, la antigua señora White se aproximaba a los cien años. Llena de vida y agudeza, Jean Landis estuvo encantada de contarnos su versión de la historia. Confirmó que después de la boda se había dado cuenta de algo, pero no sobre ella misma, sino sobre Charlie. Explicó que se había casado con él sin ser consciente del daño que le había hecho vivir con Mildred. En un principio, Jean creía haber encontrado a un alma gemela; Charlie le gustaba. «Era todo un caballero, detallista, gracioso y muy sensato».

La cuestión es que, a mi vecino, el sufrimiento le había hecho olvidar todo lo que sabía de la vida. Después de haberlo pasado tan mal con Mildred, estaba resuelto a que no volvieran a hacerle daño.

Según Jean, era incapaz de estar toda una hora sin saber dónde paraba ella y qué hacía. «Me daba la sensación de que no se fiaba de mí», me dijo por teléfono.

«Probablemente fuera culpa mía —tuvo la generosidad de añadir —. Soy una mujer muy independiente, y muy lista. Él esperaba que fuera de esas mujeres que se dedican a tomar cócteles en el club con otras mujeres casadas, pero no era mi estilo. Lo notaba siempre al acecho».

Me aclaró que de descapotables y palos de golf nada de nada, que cuando tomó la decisión de poner fin al matrimonio se fue en su propio Buick. Llamó a Charlie por teléfono para decirle que se iba, y él se brindó a mandarle dinero, pero Jean no precisaba ayuda.

«No me debes nada», dijo con ternura.

Y Charlie se quedó solo.

Nueve

En *Los miserables* —la torrencial novela de Victor Hugo, no el musical que ha reventado las taquillas basándose vagamente en ella— hay una imagen maravillosa. El escritor compara el alma del protagonista con el mecanismo del ojo humano, que se adapta a la oscuridad abriéndose más. «La pupila se dilata en la oscuridad y acaba encontrando luz en ella, de la misma manera que el alma se dilata en la desgracia y acaba encontrando en ella a Dios».

Yo a Charlie no le oí hablar mucho de Dios; lo más parecido que hizo fue comentarme en broma que de viejo iba a la iglesia porque estaba «empollando para los finales», pero esta idea de ensanchar el alma, de abrirse más al mundo en respuesta al infortunio, encierra algo importante sobre la actitud de Charlie ante el dolor. Si algo hizo tras la muerte trágica de Mildred y tras el fracaso de su matrimonio con Jean Landis fue vivir más a lo grande; no en el sentido de derrochar, sino de sacarle todo el juego posible a sus vivencias. Se reafirmó en su carácter asertivo por naturaleza, en su propensión a decir que sí: sí a la aventura, sí a experimentar, sí a las ideas nuevas. Charlie vivía plenamente, no a medias, y, al hacerlo, conectaba con una fuerza vital, un manantial de esperanza al que más de uno llamaría Dios, y, de esa forma, diferentes universos se abrían ante él.

A principios de los años cincuenta se puso en contacto con él un médico, Wally Graham, para requerir su ayuda en un asunto delicado de diplomacia internacional. ¿Estaría dispuesto Charlie a dejar todos sus quehaceres para un viaje de emergencia a Perú?

Retrocedamos un poco para ponernos en antecedentes.

Como uno de los anestesiólogos más innovadores de la ciudad, Charlie estaba sumamente ocupado, hasta el punto de que había días en que participaba en más de veinte operaciones. Tanto creció su prestigio que acabó siendo la opción preferente para muchos de los mejores médicos de Kansas City. Quizá el más famoso de todos fuera el general Wallace Harry Graham, médico oficial de la Casa Blanca. Su padre, también médico de los de antes de los antibióticos, era amigo de Harry S. Truman, con quien había coincidido como reservista en el ejército. Truman aspiraba a formar parte del equipo de tiro del doctor Graham padre, pero tenía tan mala vista que a duras penas veía las dianas.

El futuro presidente, para quien la amistad era muy importante, mantuvo el contacto con la familia Graham incluso después de irse a Washington en 1935 como senador. Al cabo de diez años, juraba como vicepresidente del país. El político estaba al corriente de que el hijo del doctor Graham, Wally, había seguido sus pasos y había obtenido una beca para estudiar medicina en Europa, donde seguía en esos momentos, haciendo muy buen papel en el ejército.

Con la muerte de Franklin D. Roosevelt, el 12 de abril de 1945, Truman se vio elevado de golpe a la presidencia. Tres meses después, al reunirse con Stalin y Churchill, aún no había acabado de formar su equipo y, de camino a la localidad alemana de Potsdam, cerca de Berlín, se le ocurrió nombrar médico de la Casa Blanca al

talentoso hijo de su amigo. Wally Graham ya estaba en Europa, de uniforme, y ya se había labrado una reputación. Al ser llamado a Potsdam alegó que él era cirujano, no generalista, pero Truman no le hizo caso. «Lo sé todo de ti —contestó—, y te conozco desde que estabas en la cuna».

No tardó en darse cuenta de que, con su sonrisa fácil y su labia, Wally Graham podía ser muy útil en la diplomacia, de modo que insistió en que el embajador británico, lord Halifax, acudiera a su consulta de la Casa Blanca para que le ayudara con sus achaques. Cuando al rey Ibn Saud, el fundador de Arabia Saudí, se le hizo insoportable la artritis, Truman mandó a Graham a Riad con un equipo de expertos en dolor.

El siguiente en la lista era Manuel Odría, presidente de Perú, que necesitaba ser operado de una mano que tenía totalmente agarrotada. Graham quería que Charlie le acompañase a Lima como su anestesista.

Charlie, desconozco si de forma justificada, tenía sus dudas sobre la competencia de Graham como cirujano. Es posible que tuvieran un componente personal, porque este era todo un personaje: le encantaba presumir de haber conocido a Sigmund Freud, de haber conseguido el testamento de Hitler y de haber sido herido muchas veces en el campo de batalla (aunque, por alguna razón, no le condecorasen ni una vez por ello). Procuraba que se supiera que había sido general jefe y médico de cabecera del presidente antes de los cuarenta. También es posible que la mala opinión de Charlie estuviera influida por la política, ya que Graham suscitó las iras de la American Medical Association y de médicos republicanos como

Charlie promoviendo el plan de Truman de un seguro médico a escala nacional.

Sea como fuere, Charlie me explicó que le preocupaba que la operación pudiera complicarse y que Graham provocara un enfrentamiento internacional dejando tullido al presidente peruano. A la pregunta de por qué no se le podía intervenir en Estados Unidos, Graham contestó que Odría tenía miedo de ser depuesto a través de un golpe de estado si salía del país. Al final, Charlie accedió con la condición de que también fuera con ellos otro especialista, su gran amigo Bill Duncan.

Resultó no ser tan delicado. Odría sufría una dolencia, molesta pero que no ponía su vida en peligro, llamada contractura de Dupuytren, en la que los tejidos fibrosos de la mano hacen que los dedos se doblen hacia la palma. Según las memorias inéditas de Graham, Charlie durmió la extremidad presidencial con novocaína y Graham seccionó las fibras, a cambio de lo cual fue nombrado miembro a perpetuidad de la Sociedad Peruana de Cirugía. Sin embargo, yo veo más probable que Charlie usara otro anestésico más nuevo y eficaz, la lidocaína.

Al margen de cómo se le anestesiase, Odría quedó encantado con el resultado y, en señal de gratitud, ordenó a la marina peruana que acompañara a los médicos visitantes por la selva amazónica. Fue entonces cuando para Charlie el viaje se volvió mágico. Ser miembro de la Sociedad Peruana de Cirugía le importaba un bledo. Para él lo principal no eran los honores, sino la experiencia.

«Total, que sobrevolamos los Andes», me contó. Al llegar a Iquitos, la lejana capital del caucho, fueron recibidos por un grupo de marinos peruanos para guiarlos en un viaje que pocos

estadounidenses habían hecho. «Fuimos por el río en un barco de la marina. Wally consiguió una escopeta, no sé dónde. Bill Duncan y yo teníamos machetes. Bajábamos del barco y jugábamos a exploradores. Nos topamos con una pitón de casi cuatro metros y Wally la mató de un tiro».

En un pueblo rodeado de selva encontraron a un hombre que vendía monos. Charlie compró uno y le puso el nombre de «Bill Duncan». También Duncan se hizo con un mono, al que puso de nombre «Charlie White». Los llevaron en «una cestita» hasta llegar a Panamá, ya en el viaje de vuelta. Pero se enfrentaban al problema de la importación de animales salvajes a Estados Unidos.

Según me contó Charlie, los médicos diplomáticos descubrieron que se alojaban en el mismo hotel de Ciudad de Panamá que la tripulación del avión que los llevaría de vuelta a su país, de modo que les propusieron cenar juntos y, además de pasárselo en grande, obtuvieron su ayuda para pasar los monos de contrabando. (Una azafata dijo una vez de Charlie y Bill: «Nunca he visto dos hombres más guapos»). «Nos ayudaron a llevarnos los monos a casa. Solo tuvimos que subirlos al avión», recordaba Charlie.

A Duncan no le duró mucho el mono, porque tenía mujer e hijos en Kansas City, pero Charlie, que estaba soltero, lo tuvo varios años. «Llegó a medir unos sesenta centímetros. Tuve que hacerle una jaula en el sótano». Albergaba grandes sueños para el animal, al que intentó enseñar a montar en su setter irlandés de raza como en un caballo, pero el mono no se prestó. «No llegué a poder domesticarlo», decía con tristeza. Aun así, también hubo momentos cómicos. Se lo llevaba a pasear en su descapotable y, al pasar junto a un puesto de frutas, se ponía a gritar: «¿Me hacéis el favor de

darle un plátano a mi amigo?». Pese a su condición salvaje, el mono se encariñó de Charlie hasta extremos casi posesivos y disparaba orina desde su jaula cada vez que conocía a sus nuevas novias.

Otro viaje que Charlie hizo esos años tuvo su origen en la invitación de un amigo piloto. Trans World Airlines quería mandarlo a África para buscar un avión que estaban reparando y que debía volver a dejar en la sede de la compañía, situada por aquel entonces en Kansas City. ¿Le apetecía a Charlie ir de copiloto? «¡Pero si no sé!», protestó Charlie entre risas, pero su amigo le aseguró que no hacían falta muchos conocimientos para comprobar el rumbo en la brújula.

Charlie, que nunca desaprovechaba una aventura, hizo hueco en su agenda y encontró un congreso médico en Suiza al que apuntarse para que el viaje fuera desgravable. Desde Suiza pasó a Egipto, y de ahí a Sudáfrica, donde había quedado con su amigo. «Lo que pasó es que el avión aún no estaba a punto —contaba—, así que me fui de excursión al parque nacional Kruger». Fueron dos días de safari en coche por algunos de los mejores hábitats de fauna salvaje del continente. «Vi elefantes, leones e hipopótamos en el río». Aún se acordaba de cómo se acercaban animales exóticos al coche para mirarlo como si estuvieran de visita en el zoo. Charlie estaba encantado. Al volver a Johannesburgo, no obstante, seguía sin estar listo el avión, así que su amigo le presentó a otro piloto de la compañía que salía antes para Europa.

Este nuevo amigo resultó la mar de servicial. En respuesta al comentario de Charlie de que esperaba ver de lejos las cataratas

Victoria, el piloto le dejó sentarse a su lado y las sobrevoló a tan poca distancia que se empañaron las ventanillas. «No sé qué pensaría el resto de los pasajeros», decía Charlie, pensando en voz alta. Como tenía un billete abierto, paró unos días en Malta. Tras visitar España y los Países Bajos, puso rumbo finalmente a su país.

En su entorno cotidiano era igual de aventurero. La capacidad de adaptación de Charlie a un siglo lleno de cambios se explica en parte por cómo disfrutaba de lo nuevo, de lo que no había probado nadie aún. No se dejaba cohibir por el miedo al fracaso. Por eso un día se encontró en un prado, en bata y mascarilla, usando un fuelle de chimenea como respirador para un caballo.

Dejo que lo explique él mismo. «Teníamos un amigo médico que criaba caballos de carrera. Uno de los mejores, *Hickory Chuck*, se desgarró unos ligamentos de la pata. En esa época, el tratamiento veterinario habitual para casos así era intentar fundirlos con un hierro candente, pero no funcionó.

»Bueno, pues resulta que en el hospital St. Joseph había un especialista en ortopedia que se llamaba Garrett Pipkin, y al enterarse dijo que se le ocurría una manera de plegar los ligamentos y coserlos. Querían que inmovilizara yo al caballo.

»Pero ¿sabes qué pasa? Pues que había una pega: si lo dejaba totalmente frito se caería, con el riesgo de hacerse una lesión aún peor. Así que decidí usar una pequeña cantidad de un agente paralizador que se llama Anectine. Preparamos una tabla grande y se la fijamos al caballo con correas para que no se cayese. Luego le puse el Anectine, le metí en la nariz el fuelle de mi chimenea y empecé a bombear para que siguiera respirando.

Pipkin operó deprisa al animal y, al poco tiempo, Charlie lo despertó de su parálisis. La intervención tuvo éxito. *Hickory Chuck* volvió a competir. Lo único que lamentaba Charlie era que no se hubiese filmado el experimento. «Ojalá hubiéramos hecho una película —me dijo—. Todos con batas blancas, mascarillas y guantes de operar, allá en el prado, con un caballo atado a una tabla… No me puedo imaginar qué habría pensado la gente al vernos».

En los años cincuenta, una de las fronteras con más riesgos de la medicina —y, por consiguiente, más atractivas para Charlie— era la cirugía a corazón abierto. Al igual que la penicilina y la anestesia, la cirugía cardíaca recibió un gran impulso de la Segunda Guerra Mundial. Un joven médico estadounidense destinado a un hospital militar de Londres, Dwight Harken, se desesperaba al ver llegar a los soldados con metralla en el corazón. La postura tradicional era considerar el corazón como algo intocable. Los fragmentos de metal, en consecuencia, no se podían extraer, y una herida en el corazón era una condena a muerte.

Harken pensó que, si de todas formas iban a morirse, no se perdía nada por tratar de salvarlos, así que experimentó con incisiones del tamaño de un dedo en la pared cardíaca que permitieran hurgar rápidamente en su interior y extraer la metralla. Su apuesta se resolvió en un éxito descomunal: salvó más de ciento veinticinco vidas sin perder a un solo paciente.

Tras la guerra, Harken y otros cayeron en la cuenta de que quizá pudiera emplearse la misma técnica para tratar una dolencia conocida como estenosis de la válvula mitral, un trastorno que podía

resultar en el fallecimiento del enfermo y que, en muchos casos, era consecuencia de una infección de garganta por estreptococos sufrida en la juventud, convertida después, al agravarse, en fiebre reumática. La aparición de tejido fibroso en el interior del corazón hacía que se estrechase la válvula mitral, lo cual provocaba hipertensión, coágulos, sangre en los pulmones y hasta fallos cardíacos.

A Charlie y sus colegas de Kansas City les intrigó leer en las revistas médicas que se estaban realizando intervenciones experimentales para reparar dichas válvulas. «El cirujano podía intervenir muy deprisa y hacer una pequeña incisión en el corazón. Luego, con el dedo, palpaba la válvula hasta encontrar el tejido fibroso, y la estiraba para romper la adhesión —recordaba Charlie—. En total, se podía hacer en menos de una hora».

Ahora bien, había una pega: la idea de una máquina corazón-pulmón capaz de controlar la circulación del paciente durante la cirugía aún estaba en fase de diseño, e incluso una intervención relativamente breve en una válvula comportaba un riesgo muy alto de muerte a menos que se pudiera ralentizar drásticamente el flujo sanguíneo por el corazón.

Charlie siguió buscando información y se enteró de que se habían hecho experimentos en los que se enfriaba al paciente anestesiado para reducir su temperatura corporal. «Cuando la temperatura pasa de treinta y seis o treinta y siete, que es lo normal, a menos de treinta, es como si se espesara la sangre, y ya no sangras tanto», me explicó.

En resumidas cuentas, lo único que le faltaba a Charlie para innovar en la cirugía a corazón abierto en Kansas City era una

manera de enfriar sin peligro a un paciente dormido. Un día, después del trabajo, mientras cuidaba de unos caballos que se había comprado junto con un pequeño terreno al sur de la ciudad, se puso a pensar en el tema. (El hecho de que al fin pudiera dedicarse a su afición de siempre por la cría de caballos, como su abuelo jinete, era señal de lo bien que le iba en su nueva carrera como especialista). Se le fue la vista hacia un abrevadero grande y ovalado —lo que se llamaba un «tanque de caballos»—, y comprendió de golpe que aquello era lo que necesitaba. Era bastante grande para meter un paciente dormido y taparlo con hielo. Charlie comunicó a su equipo quirúrgico que ya tenía la respuesta que buscaban.

«Total, que compré un tanque de caballos, anestesiamos al paciente y lo metimos en hielo —me explicó—. Le bajamos la temperatura a unos treinta grados, no tan frío como para matarlo, pero sí para que circulara bastante más despacio la sangre. Luego lo sacamos del tanque lleno de hielo, lo pusimos en la mesa de operaciones y el cirujano le abrió rápidamente el pecho para hacerle un corte en el corazón. Metió la mano, rompió el tejido fibroso, volvió a coser el pecho y listos. Una hora después, el paciente ya había recuperado su temperatura normal».

Por un tiempo, el tanque de caballos de Charlie fue lo más avanzado de la cirugía cardíaca en Kansas City. «No perdimos ni un paciente». Al hacerse realidad el baipás cardiopulmonar, congelar a los pacientes pasó a ser una reliquia de la edad media de la medicina, apenas más avanzada que las sanguijuelas. Los cirujanos ya podían pasarse horas operando el corazón, y ya no hacía falta que se limitasen a ensanchar las arterias: podían cambiarlas, reabrirlas y hasta trasplantar corazones sanos en el lugar de otros

enfermos. Antes de que todas estas cosas se volvieran rutinarias, sin embargo, la cirugía cardíaca era un milagro, una osadía, y un tanque de caballos con hielo dentro parecía pura brujería.

Esta historia dice mucho del talento de Charlie para abrirse camino por los cambios. Aún no había recorrido ni la mitad de su vida y ya se había quedado obsoleta casi toda su formación. Por rudimentaria que pueda parecernos hoy la cirugía cardíaca con un tanque de caballo, una generación antes, cuando Charlie estaba en la facultad de medicina, habría sido inconcebible. Entonces los médicos no disponían de antibióticos para que no fuera peligroso operar a corazón abierto; tampoco concebían el tejido cardíaco como un músculo susceptible de ser operado, ni dominaban bastante la anestesia y el manejo de las vías respiratorias para poder practicar intervenciones de varios pasos.

Charlie estaba predispuesto por naturaleza a la misma actitud frente al cambio que caracterizaría más tarde a Silicon Valley. Esta filosofía, que se conoce como IID (siglas inglesas de «desarrollo iterativo e incremental»), acepta que las grandes transformaciones rara vez llegan de golpe. Quizá sea cierto que Isaac Newton entendió la gravedad al caérsele una manzana en la cabeza, pero en la mayoría de los casos los descubrimientos y los cambios son paulatinos. Para encontrar el mejor filamento para su bombilla, Thomas Edison tuvo que probar seis mil.

El desarrollo iterativo e incremental es una actitud radicalmente práctica y pragmática ante el cambio, tanto el profesional como el personal. No abordes los problemas insistiendo de antemano en una solución perfecta. Procede paso a paso (de ahí lo de incremental), mejorando con cada experiencia formativa (de ahí lo de iterativo).

Charlie tenía asumido que seguiría aprendiendo cosas nuevas a lo largo de toda su existencia. Su educación en el colegio no era en absoluto el final, sino solo el principio. Su manera de seguir siempre adelante era aceptar que los avances serían pequeños, no saltos de gigante. La cirugía a corazón abierto no aparecería de golpe en toda su gloria y perfección, como un final de Hollywood, sino que iría perfeccionándose muy poquito a poco. Quizá el progreso comportara uno o dos años en un baño de hielo hecho con utensilios de ganadería, pero a cada paso se aprenderían cosas que harían posible los siguientes.

Eso es convivir con el cambio. Así es como hasta la gente mayor y las personas más reacias a las novedades aprenden a ponerse gasolina pagando con un lector de tarjeta de crédito y asisten a los primeros pasos de sus bisnietos en las redes sociales; y lo que es más importante: así es como se aceleran las innovaciones. El cambio no espera a que se le caiga a alguien una manzana en la cabeza. Son miles o millones de Charlie White entrando paso a paso en el futuro y dándose cuenta de que un tanque de caballos puede ser un avance.

Ellos prueban.

Para quien intenta prosperar en tiempos inciertos, el desarrollo iterativo e incremental es un consuelo. «No intentes resolverlo todo —dice—. Para de exigir respuestas a todas las preguntas acerca de tu vida y tu carrera y confórmate con los pequeños pasos».

Limítate a contestar a la siguiente pregunta. Encuentra el siguiente paso, y luego, dalo.

Charlie también estaba dispuesto a equivocarse. Me dijo que se alegraba de haber trabajado antes de que se generalizasen las demandas por negligencia. «Podíamos innovar sin miedo a que se nos echaran encima los abogados —me explicó—. Yo he intervenido en unas cuarenta mil operaciones y no me han demandado nunca. Y eso que he cometido errores, ¿eh? A veces intubaba a personas que tenían los dientes en tan mal estado que se rompían solo de tocarlos. Cuando se despertaban, iba a verlos a la cama y les daba veinticinco dólares y les decía: "Ve a que te arreglen los dientes". Ahí quedaba la cosa».

Después de la guerra, cuando alguien le aconsejó invertir en Colorado, en la recién creada estación de esquí de Aspen, se burló: «¡Pero si solo es un pueblo fantasma!». Grave error, no cabe duda. En un momento dado tenía en propiedad veinticinco hectáreas de terreno en la orilla de un lago, a media hora al este de Kansas City; era donde guardaba sus caballos, con los que organizaba excursiones para las monjas del hospital St. Joseph —cuyos hábitos daban un toque cómico a las reatas—, pero vendió la parcela por debajo de su valor cuando la élite de la ciudad empezó a llenar la orilla de mansiones multimillonarias. Otro error.

Tampoco demostró el don de la oportunidad al vender la pequeña granja que tenía al sur de la ciudad, subdividida luego en algunas de las parcelas más deseables del mercado inmobiliario de la zona. A mi comentario de que se le habían escapado varias fortunas, contestó alegremente que ni me imaginaba hasta qué punto. Hubo una vez que un comercial que respondía al nombre de Ewing Kauffman trató de captar su interés para que participara en una empresa que acababa de crear en el sótano de su casa. «Limpiaba conchas de

ostra en una lavadora y las trituraba para convertirlas en polvo antiácido», me explicó Charlie como si aún no se lo creyera del todo. Al final no invirtió, y la empresa de Kauffman, Marion Labs, acabó siendo una gran farmacéutica, con un valor de miles de millones. También fue un error.

Lo curioso es que daba la impresión de disfrutar igual con el recuerdo de estas meteduras de pata que con el de sus triunfos. Era consciente de que equivocarse tiene su valor, en la medida en que demuestra que nos esforzamos y, por usar las célebres palabras de Theodore Roosevelt, bajamos «al ruedo» comprometidos con la vida. Como dijo otro presidente, Harry Truman, «es mejor una acción imperfecta que una inacción perfecta». Tomar una decisión y seguir adelante, se haya acertado o no, tiene su mérito. En cambio, el perfeccionismo puede convertirse en enemigo de la vida misma, paralizándonos mientras el mundo sigue su camino sin nosotros.

No se puede vivir sin equivocarse. Como dijo Epicteto, el magnífico estoico, «si quieres mejorar, no te preocupes por el hecho de que te consideren necio y estúpido». Niels Bohr, premio nobel de física, le daba otro matiz a esta verdad. «El experto —declaró— es alguien que ha cometido todos los errores que pueden cometerse en un ámbito muy reducido». Otra manera de verlo es pensar que al guerrero no se le reconoce solo por su fuerza y su valor, sino también por sus cicatrices.

Con los cincuenta a sus espaldas, soltero y sin hijos, Charlie, a pesar de todo, era un hombre muy familiar. Además de tener en un pedestal a su madre, nombrada Madre del Año de Misuri por

la sociedad misionera donde trabajaba, mantenía relaciones muy estrechas con sus hermanas, una de las cuales se ocupaba de gestionarle las citas y llevar la contabilidad de la consulta, además de hacerle de ama de llaves, cosa que no todos en el círculo social de Charlie consideraban como el mejor sistema. La mujer de su socio le propuso otro mejor: «Decidió que tenía que casarme», me contó Charlie.

A él no le convencía la idea. Su experiencia conyugal no había sido fácil, y no le interesaba probar una tercera vez. La mujer de su socio, sin embargo, ya lo tenía todo pensado: «Al lado de mi casa hay una viuda, Lois Grimshaw, que tampoco quiere volver a casarse. ¿Serías tan amable de invitarla a la gran partida de póker que estoy organizando?».

Charlie fue amable y accedió a acompañar a la viuda a la partida. Cuando llamó a la puerta de su casa le abrió una niña de ocho años muy resuelta. Era Julie. Quería saber si ese hombre venía a salir con su madre. Charlie le contestó que sí. Lo siguiente que le preguntó la niña fue si era médico, «porque hueles a médico».

Después de este recibimiento, Charlie entró en la casa, acercando su nariz a su hombro discretamente para averiguar si de verdad olía a quirófano.

Entonces vio a Lois.

Era despampanante. En su adolescencia, viviendo en Dallas, había salido en anuncios de los grandes almacenes Neiman-Marcus, y la prensa local había dictaminado que sus manos eran las más bellas de toda la ciudad. Tenía el pelo oscuro, la tez clara y unas facciones elegantes. Jack Moore, que acabaría siendo su yerno, lo resumió en

estas palabras: «La verdad es que a mí me encantaba Lois. Era guapa y sabía tratar a los hombres».

Charlie, intrigado, la acompañó hasta la casa de su socio, en la misma manzana. Lois se sentó en la mesa de póker y jugó como si hubiera pasado su infancia en un casino. Al final de la velada, viéndola tras una montaña de fichas, se quedó prendado de ella. «Era muy guapa, y jugaba de fábula a las cartas», dijo medio siglo después con un encogimiento de hombros.

El matrimonio le aportó un hijastro y dos hijastras. También tuvieron hijas juntos. La relación de Charlie con el hijo adolescente de Lois, Bill, era distante. Llegado el momento, apenas mostró interés por el heroísmo del chico en Vietnam y su posterior trayectoria de abogado. Al menos Bill tenía esa impresión, y debo reconocer (si es que tiene algún interés el dato) que Charlie me habló muy pocas veces de su hijastro. Tenían en común algo trágico e intenso: la soledad del hijo único que se queda sin padre a corta edad. Por desgracia, ese vínculo nunca los unió.

Una de las hijas de Lois, Linda, que iba al instituto, fue como una segunda madre para sus hermanastras, Laurie y Madelyn. En cuanto a Julie, la que no tenía pelos en la lengua, quedó encantada de que Charlie le regalara un poni. «Me volví padre de repente», recordaba él.

Padre, sí, pero mayor, con canas y bigote de galán; todo un hombre, que dice mi mujer. Con el tiempo, Charlie se dejó convencer para ponerse al frente del personal médico del Baptist Memorial Hospital, abandonando el de St. Joseph, y trasladó su familia, cada vez más amplia, a una bonita casa de una calle tranquila en una urbanización en el estado de Kansas muy popular entre médicos,

abogados y ejecutivos. Su vecino de al lado era hematólogo, el de enfrente, cirujano, y a pocas casas había un magnate de los seguros. A Charlie nunca habían dejado de gustarle los coches. En el camino de entrada de su casa —donde acabaría viéndole yo mientras lavaba el coche de su novia con una manguera de jardín y una esponja— fue habitual durante aquellos años ver un deportivo Alpine Sunbeam o un Ford Mustang descapotable.

Lois disfrutaba cuidando el jardín. Según Charlie, «cocinaba muy bien y era una gran conversadora». Las hijas pequeñas del matrimonio jugaban en la casita del jardín. La posesividad y el control que habían acabado con el matrimonio entre Charlie y Jean Landis ya eran solo un recuerdo, y si alguien llevaba las riendas de la pareja era Lois. Me dijo lo siguiente sobre su esposa: «No era dominante, pero tampoco se dejaba avasallar». Pertenecía a la iglesia episcopal y era practicante, así que convirtió a Charlie a su credo, quien aún pertenecía por familia a la Iglesia de Cristo, e iban juntos cada domingo a la iglesia de Saint Paul.

A Charlie le encantaba ir de vacaciones con Lois, solos, sin hijos. «Jugaba bien al golf, y pescaba de maravilla», recordaba sobre ella. Al final sí pasó largas temporadas en Aspen, volviendo varias veces a una cabaña a orillas del Fryingpan próxima a la estación de esquí de la que años antes, cuando daba sus primeros pasos, tanto se había burlado. Las veloces aguas del río, sembradas de pozas y de remolinos, eran un paraíso para la pesca de la trucha. «Yo me sentaba en un alto y le decía: "¡Péscame una, Lois!". Y picaban».

C«harlie era un tío genial».

Son palabras de Jack Moore, el yerno mayor de Charlie. Nos conocimos hace un par de años, muerto ya su suegro, en una comida. «Nunca se dejaba afectar por nada. No recuerdo haberle visto nunca enfadado de verdad. Le encantaba su trabajo, pero también descansar. Durante un tiempo tuvo un velero con el que salía a navegar por el lago. Una vez se le olvidó tapar el imbornal y estuvo a punto de hundirlo. También tenía caballos, hasta que lo convencieron los promotores de que vendiera sus granjas».

También me contó que de lo que más se acordaba era de lo bien que jugaba Charlie al golf, de los bañadores tan viejos que llevaba, gastados hasta la indecencia, de su lealtad a su madre y sus hermanas y de la pipa que fumaba cuando no encadenaba cigarrillos en los pasillos de los hospitales. «En los hospitales fumaba todo el mundo, enfermeras, médicos y pacientes —recordaba Moore—. Todos menos los que llevaban oxígeno».

Jack, natural de Virginia Occidental, empezó a estudiar en la Universidad de Kansas City. Por aquel entonces era un joven espabilado al que le interesaba el cuidado de los animales y cuyos planes eran ser veterinario, aunque cambió de idea al decirle uno con experiencia: «Los veterinarios trabajan demasiado. Harías mejor en ser médico». Se dedicó, pues, a la medicina, y también a conquistar a la atractiva hija mayor de Lois Grimshaw White. Charlie se convirtió en su protector.

Ya habían empezado los sesenta, tiempos de especialización en los que Charlie sabía que en la Facultad de Medicina le enseñarían a Jack las teorías más modernas y los últimos adelantos. Sin embargo, quería estar seguro de que también aprendiera lo más básico: la visión práctica (y pasada de moda) de los médicos generalistas a la

vieja usanza. Quería que su futuro yerno entendiera que los médicos no se limitan a aplicar protocolos, sino que se preocupan por la gente.

«Le llamaban a casa y, como estaba yo, me preguntaba: "¿Quieres acompañarme?". Por supuesto que quería», recordaba Jack. Cualquier buen estudiante de medicina habría estado encantado de acudir a una urgencia con el director médico de un hospital. «Pero cuando llegamos allí… nos encontramos con un accidente de moto —me contó—. El paciente tenía toda la cara despellejada. Aguanté el tipo porque me pareció que estaba inconsciente, pero entonces Charlie le habló y el hombre contestó; bueno, más que palabras se le formaban burbujas en los labios. Tuve que ponerme la cabeza entre las piernas».

Jack estaba destinado a convertirse en un cirujano de talento, que permitiría vivir muchos más años a enfermos de cáncer de próstata, pero Charlie fue su eslabón con los tiempos de la medicina no especializada, el enlace con una época en la que los facultativos atendían a sus pacientes en las circunstancias más difíciles e improvisaban maneras de paliar su sufrimiento. «La verdad es que eran muy innovadores, gente que resolvía problemas», me dijo en referencia a Charlie y su generación.

Y me dio el siguiente ejemplo: «Era una de esas salidas urgentes. Charlie me llevó al hospital por una tentativa frustrada de suicidio. El paciente había intentado ahorcarse. Si has visto algún caso, sabrás que uno de los síntomas es que deja la lengua muy hinchada. Pues el hombre que digo se ahogaba todo el rato con la lengua al aspirar,

el pobre, y se la tenía que sacar el equipo médico. Cuando llegó Charlie, ya había pasado lo mismo varias veces. Después de ver cuál era la situación, le dijo a la enfermera: "Tráeme una seda del dos"».

La enfermera le trajo un kit de sutura. Charlie dio un par de puntos rápidos en la lengua del paciente y luego estiró el hilo para atarlo al pie de la cama. Problema resuelto. La lengua ya no podría meterse en la garganta.

Me acordé del tanque de caballos y de las primeras operaciones a corazón abierto de Charlie. Ante un problema, no esperaba a tener la solución perfecta. Daba el paso que veía que tenía a mano. Atar la lengua del paciente al pie de la cama no llegó a cuajar como técnica médica de emergencia, pero ese día, con ese paciente en concreto, funcionó.

Años después, muerto ya Charlie y llegada a su fin la espléndida carrera de su yerno, este me dijo: «No he conocido a nadie con tanto amor a la medicina como él. Siguió yendo a reuniones mucho después de cumplir los cien. Había un grupo de médicos que quedaban una vez al mes para desayunar, a las siete de la mañana, y Charlie nunca se lo saltó».

También me habló de los *grand rounds*, una venerable tradición médica en la que se juntan los alumnos y los profesores para compartir y analizar misterios y descubrimientos que se dan en los casos más interesantes de un hospital. «Charlie siguió yendo hasta que ya no pudo».

Ahora bien, no era lo mismo estar enamorado de la medicina que de ir al médico. Charlie casi nunca recurría a otros colegas en respuesta a los problemas de salud de su familia. Sus primeras experiencias le habían convencido de que la mayoría de las dolencias

se curaban de forma natural, y del resto prefería ocuparse él mismo, dejando al margen a los especialistas. Cuando, por ejemplo, tuvo un neuroma de Morton en el pie, fue a su consulta, se inyectó un bloqueador nervioso en la parte baja de la pierna y cogió un escalpelo. El neuroma, que hace que duela el metatarso, se debe a la compresión de un nervio. Charlie se abrió el pie y, tras inspeccionarlo, eliminó los tejidos sobrantes, pero justo mientras se cosía la herida fue llamado de urgencia a una sala de operaciones.

Era un problema. Con el pie adormecido y suturado no podía correr hasta el quirófano. Tampoco podía dejar plantado a un paciente. Lo que hizo fue pedir una silla de ruedas y, tras envolverse a toda prisa el pie con una gasa, acudir al rescate, impedido y heroico.

A la hora de educar a sus hijos, Charlie fue tan poco intervencionista como su madre, hasta el punto de que casi parecía que los descuidase. Sus hijos recuerdan mantras de sabiduría elemental: «hazlo lo mejor que puedas», «haz lo correcto», «nunca te desanimes», etc.

Para esto último usaba la expresión «keep your daubers up», que yo, para sorpresa de sus hijos, no había oído nunca. Charlie les había instado a no bajar los *daubers* al menos cien, o mil, o un millón de veces, tantas que a los White les parecía lo más normal del mundo, pero ante mi insistencia resultó que ninguno sabía a ciencia cierta qué eran los famosos *daubers*; solo sabían que no bajarlos era una muestra de determinación, ecuanimidad y un optimismo reciamente práctico.

Al indagar sobre el sentido de la expresión, comprobé que en internet había mucha gente tan extrañada por ella como yo. Las explicaciones, muy diversas, se podían clasificar en dos grandes categorías.

Una tenía que ver con la pintura. Por lo visto, la palabra *daub* está relacionada con «blanco» en latín, y su significado original era encalar o tapar con yeso. Un *dauber* era una especie de brocha para encalar. Si al que la usaba, por cansancio o distracción, se le caía, los pigmentos podían dejarlo todo hecho un desastre.

La segunda sostiene que la expresión deriva de unos insectos muy trabajadores, las avispas alfareras, o *mud daubers* en inglés. Cuando hacen sus nidos, superponiendo capas de barro parecido al yeso, estos bichos tan trabajadores bajan la cabeza y levantan la cola, adoptando la tenaz postura que ha representado siempre el trabajo honrado y humilde.

Puede que a unos jóvenes que alcanzaron la mayoría de edad en los años sesenta y setenta les pareciera un poco rancia la expresión, pero sintetiza muy bien los secretos de la vida de Charlie. Es una advertencia estoica, en la medida en que depende en gran parte de uno mismo mantener en alto o no los *daubers*. Por otra parte, es un consejo liberador y creativo, como libre y vital fue siempre Charlie. Con los *daubers* bien arriba —signifiquen lo que signifiquen— estamos abiertos a las oportunidades y en situación de aprender y crecer a través de los cambios. Estamos alerta, vivos, resueltos, invictos.

La expresión está teñida de viveza. Afila el ingenio, no bajes la guardia, persiste y planta cara. Sé fiel a ti mismo y a tus *daubers*. Ralph Waldo Emerson, un filósofo que de dolor sabía más que nadie

—de pequeño se le murió su padre, de joven, sus hermanos y su mujer, y ya en su madurez, un hijo—, mantenía bien altos sus *daubers* dándose cuenta de que lo que importa es el ahora, porque es lo único que podemos tocar. En el pasado ya no podemos influir y el futuro no podemos conocerlo. Para ser felices y tener una vida provechosa, tenemos que tratar con el ahora.

En cuanto a la infelicidad y la frustración, su origen, según Emerson, es el siguiente: «El hombre pospone o recuerda; en lugar de vivir en el presente, lamenta el pasado con mirada inversa o se pone de puntillas para predecir el futuro sin prestar atención a las riquezas que le rodean». Su conclusión es que «no podemos ser felices y fuertes» mientras no vivamos «en el presente, por encima del tiempo».

Con los *daubers* bien altos.

En psicología se habla de «recuerdos destello» cuando nos referimos a momentos e imágenes que destacan de entre los demás, como si los iluminasen con un foco entre el revuelto amasijo a media luz del resto de nuestra memoria. Jack Moore me contó algunos de los que tenía sobre Charlie en los últimos tiempos de su vida laboral, que no de su vida a secas. Uno era de una fiesta en el jardín de Jerry Miller, un ginecólogo obstetra de fuerte personalidad y con muchos amigos. Charlie se presentó con una falda de hierba traída de un viaje a Hawái y, mientras bailaba el hula sobre un trampolín, se cayó al agua y estuvo a punto de hundirse hasta el fondo por el peso de la falda mojada.

Otro destello: Charlie tenía un perro salchicha al que quería mucho, pero solo se vio hasta qué punto cuando al perro se le cayó encima una rama durante uno de los tremendos vendavales tan frecuentes en Kansas. El golpe le partió el lomo y lo dejó paralizado de las patas traseras. Charlie no tuvo valor para sacrificarlo, y Moore recordaba haber visto corretear alegremente por su casa un perro paticorto atado a un patín, dejando una fétida e incontrolable estela de heces.

También tenía el recuerdo de una fiesta callejera en la que Charlie cantaba con todas sus fuerzas. O de que Charlie aprovechaba las iniciales MD *(medical doctor)* de su matrícula para aparcar su cochazo (alguno de los muchos que fue teniendo) en las mejores plazas cuando había un partido de fútbol americano en la Universidad de Misuri. Se acordaba de una felicitación de cumpleaños que recibió de él poco después de ponerse en venta la Viagra. Salía una foto de la pastilla azul y, al lado, un gallo. Dentro ponía: «¡Arriba!».

En esta etapa luminosa y feliz de la larga vida de Charlie se inmiscuyó otra temporada de dolor. A Lois le diagnosticaron cáncer, y tanto Moore como otros recuerdan que se resignó a su destino, quizá incluso cuando aún no era inevitable. «Psicológicamente la anuló —me contó Moore, que por su especialidad estaba en contacto diario con el cáncer—. Fue perdiendo fuerzas sin reaccionar. Charlie no entendía que no luchara más. Tenía la sensación de que Lois se había rendido».

Recuerdo que Charlie tenía una visión bastante escéptica de la medicina, cosa rara, se diría, en un médico. Cuando se ponía enfermo alguno de sus allegados, le hacía guardar cama y beber

agua en abundancia. Siempre instaba a la gente a confiar en sus fuerzas.

Lois parecía no tener esa confianza.

Otro de los recuerdos destello de su yerno: Lois estaba en la cama, en el piso de arriba, con una campanilla al lado por si necesitaba algo. Se oyó la campanilla y, a pesar de sus casi noventa años, Charlie subió como una flecha. Al bajar, arrastraba los pies. «No necesitaba nada», dijo.

Yo sospecho que sí necesitaba algo. Quizá necesitase saber que le importaba bastante a alguien como para subir corriendo. O tener la sensación de que no se moriría sola. Es posible que, habiendo sido una mujer que antes de la enfermedad no podía entrar en una habitación sin convertirse en el centro de todas las miradas por su mezcla de belleza y confianza, necesitase sentir que podía hacer algo, que tenía algún poder. Quizá los de la muerte sean los parajes más hostiles para la supervivencia de una autoconfianza estoica. Es donde nos vemos frente al límite definitivo de nuestro poder, la humillante verdad que no ha podido cambiar nunca ser alguno.

Yo no podría reprocharle a Lois haber aceptado sin lucha su destino, que de todas formas tarde o temprano se habría cumplido. Tampoco seré yo quien me burle de que, al sentirse sola o tener miedo, pusiera a prueba la prontitud de Charlie. Que yo sepa, tampoco lo hizo él, que la sobrevivió casi veinte años. Los vértices del dolor se fueron suavizando hasta desaparecer. A mí, Charlie no me dijo nunca nada de ninguna campanilla.

Lo único que me contó de Lois, los recuerdos que más atesoraba, hablaban de su encanto y fortaleza.

Diez

Nuestra historia empezó esa tórrida mañana de domingo en que, al mirar al otro lado de la calle, vi a Charlie con su manguera y su esponja. Lois llevaba una docena de años muerta. Una vida muy larga es como una gran mansión: con muchas habitaciones, todas grandes. Charlie no tuvo una, sino dos carreras como médico: varios años ejerciendo de generalista y décadas como anestesiólogo. Su jubilación duró tanto como la mayoría de las vidas laborales. Tampoco estuvo casado una vez, sino tres, y soltero varios años. La estación de tren que había visto surgir de entre la inmundicia cuando era niño tuvo un largo apogeo antes de caer en desuso, y durante mucho tiempo languideció como un elefante blanco. Cuando ya parecía que la ciudad iba a renunciar a ella, fue restaurada en homenaje a la historia de Kansas City. Aquel edificio eran los confines de la mansión de la vida de Charlie.

No paró de construir habitaciones durante su novena década. Aparte de reunirse cada cierto tiempo con sus colegas para mantenerse al día de los últimos avances médicos y de participar en los *grand rounds* del hospital, también acudía de forma puntual a las sesiones de su club de inversores, un grupo de hombres más jóvenes que él (como ya lo era todo el mundo a esas alturas) que analizaban el mercado para aprovechar los momentos alcistas antes

de que estallase la burbuja tecnológica. Y no se paraba ahí. En lo profesional, podemos decir que se cerró el círculo: había pasado de la mesa donde de pequeño escuchaba con admiración lo que contaban los misioneros médicos y donde decidió dedicarse a la salud a embarcarse él mismo en misiones. Hizo dos viajes a Haití con un pediatra amigo suyo, Herb Davis, para hacer chequeos y vacunar a niños pobres. Allí volvió a ser médico de cabecera, como en la Depresión, diagnosticando todo tipo de dolencias e ideando soluciones prácticas para pacientes en una situación desesperada. Decía a menudo que ser médico no era un trabajo, ni tan siquiera una profesión, sino un privilegio: ningún otro empleo ponía a nadie en situaciones tan íntimas de confianza con otras personas. En su segundo viaje a Haití tenía noventa y nueve años.

Fuera adonde fuese, le preguntaban todos por el secreto de su longevidad. Su respuesta era un chasco: «pura suerte», decía. Su genoma, en el que no podía influir, no le había deparado la traición de un corazón frágil o una enfermedad debilitante. A diferencia del de su padre, su número no salió premiado en ninguna lotería cósmica de accidentes estrambóticos. Hay quien tiene cáncer de pulmón sin haber fumado nunca. Charlie fumó durante décadas sin que le causara perjuicios importantes.

Pura suerte.

Una vez, volviendo de vacaciones, su hijastra Linda, que entonces tenía sesenta y seis años, empezó a encontrarse mal. Al hacerle pruebas le descubrieron tumores por todo el cuerpo. Solo duró unos meses. Pocas semanas después de su muerte, cumplía Charlie ciento dos años.

Pura suerte.

Él aceptaba su fortuna y vivía el presente. En la fiesta de su cumpleaños número noventa y cinco se quitó la chaqueta e improvisó con el saxo junto al grupo, para deleite de sus amigos. Cuando ya hacía tiempo que habían muerto la mayoría de sus coetáneos, se embarcó en otra historia de amor por todo lo alto, convirtiéndose en novio de una de las viudas con más glamur de Kansas City: Mary Ann Walton Cooper, veinte años más joven que él y originaria de Texas. «Todo un bombón», la describió Jack Moore, y no puedo por menos que estar de acuerdo, porque la conocí poco después de ver a Charlie lavando su coche.

Era tan vital como guapa. No hacía ni cuatro minutos que nos conocíamos y ya me contó una anécdota de cuando su difunto esposo, cirujano, se había puesto en manos de Charlie para la anestesia. Cuando fue la propia Mary Ann quien necesitó que la operasen, su marido reunió a un equipo para la intervención. Después de que Charlie la durmiera, los médicos la desnudaron de cintura para arriba y se vio que tenía escrito en el pecho con pintalabios: «No abrir antes de Navidad».

Se fijó en Charlie cuando este llevaba poco tiempo viudo. La razón, me contó, era muy sencilla: se hacían reír mutuamente, así que estuvo segura de que se divertirían mucho juntos. Su anterior novio, de noventa y un años, se tomó con filosofía la noticia de que Mary Ann quería romper con él para salir con un hombre de noventa y dos. «Me acaba de ganar uno más viejo», dijo.

Y en efecto, se divirtieron. Durante años iban cada fin de semana a cenar al Blue Hills Country Club, y antes ella se presentaba en casa de Charlie para un cóctel previo en el estudio. A veces, viendo su coche, no podía resistirme a la tentación de llamar a la puerta para

saludarlos. Entre los dos infundían a cada una de esas visitas una buena dosis de la fuerza vital que llaman los filósofos chinos *ch'i*. Esta, asociada al vigor y la moral, fluye cuando se tiene la relación correcta con el orden de las cosas.

De Charlie y Mary Ann salía *ch'i* a raudales. Eran conscientes de que las penas no se tienen que buscar, porque ya nos encuentran ellas cuando quieren. Ambos lo sabían por experiencia y volverían a comprobarlo en lo que les quedaba de vida. Pero cuando las penas iban de caza a otro sitio, Charlie y Mary Ann estaban decididos a disfrutar con lo que les regalara cada nuevo día. Entre esos regalos estaba la risa. Un ejemplo: cuando más se rio Mary Ann fue cuando Charlie regañó al rector de su iglesia por haber anunciado en su sermón dominical que cumplía cien años. «Las mujeres pensarán que soy demasiado viejo para salir con ellas», se quejó.

A Mary Ann y Charlie les decepcionaba un poco mirar al otro lado de la calle, donde vivíamos nosotros. No es que no les cayéramos bien, sino que estaban convencidos de que a mi mujer y a mí nos convenía vivir un poco más. Un viernes por la noche, al pasar a saludarlos antes de que se fueran a cenar, comenté de forma casual el fin de semana que nos esperaba, lleno de partidos de fútbol, cumpleaños y otras actividades centradas en los niños.

«¡No, no, querido! —me riñó ella, frunciendo un poco unos labios dibujados a la perfección (era la mejor con el pintalabios)—. Ve a decirle a tu mujer que se ponga algo bonito, que esta noche salís. ¡Sin hijos! No les pasará nada porque no estéis».

Charlie asintió con la cabeza.

«Lo primero siempre es la pareja —continuó ella—. Vuestros hijos se harán mayores y se irán. Ellos tienen que vivir su vida y vosotros

la vuestra. Mira: cuando mis hijos eran pequeños nunca daban las cinco sin que me hubiera retocado el maquillaje y le hubiera preparado la copa a mi marido».

Al volver a casa y contárselo a mi mujer, esta puso los ojos en blanco, y es muy posible que hiciera un comentario por el estilo de «la copa te la pones tú». Pero no sería yo quien le llevara la contraria en asuntos vitales a un torrente de vitalidad como Mary Ann Cooper; tampoco sobre la paternidad, porque para entonces ya sabía que uno de sus hijos era el actor Chris Cooper, y que todo lo que hizo de pequeño lo hizo mientras su madre se retocaba el maquillaje y mantenía surtido el mueble bar. Poco antes de conocerla yo, fue la invitada de honor —con Charlie del brazo— en una fiesta para ver por televisión cómo le entregaban un Oscar a su hijo.

Esta historia de amor tan bonita entre Charlie White y Mary Ann Cooper duró hasta el final de la vida de él. Ella, en los últimos años, cuando se acercaba a los noventa, empezó a perder su incandescencia. Le fallaba la memoria. A Charlie, en cambio, no, y se quedaba a su lado, cogiéndole la mano, a veces en silenciosa comunión y otras hablándole o cantándole en voz baja.

Durante esos últimos años caí muchas veces en la cuenta de que llevaba un mes o dos, o incluso toda una estación, sin ir a ver a Charlie. Cada mañana le llevaba el periódico y se lo dejaba apoyado en la puerta, para que supiera que le tenía presente, pero dilapidaba en otras cosas el tiempo que debería haber dedicado a estar con él. Hay que ser idiota, o tener hijos adolescentes, para no

pasar un rato con un amigo de ciento tres años… ciento cuatro… ciento cinco… De todas formas, luego iba a verle y ya no había nada que perdonar, porque Charlie seguía como una rosa.

Tenía él ciento seis años cuando se me ocurrió escribir un ensayo sobre la corta carrera del joven Walt Disney como director de películas animadas en Kansas City. Al documentarme, me percaté de que casi toda la animación estadounidense previa a, más o menos, 1975 —todos los dibujos animados de mi infancia—, cabía en un árbol genealógico en cuyo vértice estaban los pocos jóvenes reclutados cincuenta años antes por Disney para su fallido estudio de Kansas City. Era una reacción de creatividad en cadena, como la Florencia del Renacimiento o Silicon Valley a finales del siglo xx.

Charlie no había conocido a Walt Disney, pero habían compartido aceras, de manera que llamé a su timbre y le pedí que me hablara de Kansas City en 1921. Nos sentamos en su cocina, donde él abrió sin vacilar la máquina del tiempo de su memoria y me hizo entrar en ella.

Un siglo después de haberse apeado del tren en los mataderos de Kansas City, Charlie conservaba su memoria en un estado excepcional. Se acordaba de los nombres de todos los cines de la ciudad, e incluso de sus direcciones. Yo creía tener localizada la antigua ubicación del teatro Newman, la gran sala donde se proyectaron por primera vez los cortos de Walt Disney, pero me equivocaba de esquina y Charlie me corrigió. Me acompañó entre los arriates y bajo las seductoras luces del antiguo Electric Park. Borró los estragos del tiempo del barrio donde había tenido Disney su pequeño estudio, en el piso de encima de un bar, allí donde guardaba en un cajón de su escritorio a su mascota: el mismo ratón

que inspiraría una de las creaciones artísticas más famosas de la historia.

Todos estos detalles estaban salpicados de saltos en el tiempo, digresiones y apartes que abarcaban décadas: comentarios sobre alguna noticia reciente de la que hubiera informado yo en la prensa, preguntas sobre mi familia, cotilleos sobre el mantenimiento del césped… Su cerebro se las arreglaba para mostrarse igual de agudo y ágil en el pasado que en el presente. Mantenía el mismo interés por el mañana que por el ayer.

La vitalidad de la mente de Charlie hizo nacer un sueño (o, mejor dicho, una fantasía) en la mía. Me acordé de nuestra primera conversación, cuando Charlie, apoyado en su palo de golf, se lamentó de no poder jugar, y empecé a dar vueltas a la maravilla de artículo que podría conseguir si le llevaba por última vez a un campo de golf. ¿Cuántos jugadores de ciento seis años podía haber en el mundo?

Se lo comenté y, a pesar de su sonrisa, sacudió la cabeza, muy consciente de algo que yo aún no sabía: a Charlie White, al fin, le estaba dando alcance el tiempo.

Un día de mucho frío resbaló en el hielo de delante de su puerta y se partió el tobillo. Creo que era el invierno de su centésimo sexta circunferencia al sol. Yo me enteré de esto por su yerno Doug, y pensé: «Igual es el principio del fin». Pero al pasar por el centro donde estaba recuperándose, me lo encontré de muy buen humor, recibiendo visitas sin parar, como un rey. Justo cuando llegaba Herb Davis, su amigo que organizaba los viajes a Haití, entró en la

habitación un empleado con un brik de vino y unos vasos encima. «¡Happy hour!», anunció. Brindamos por la salud de Charlie y debió de surtir efecto, porque no tardó mucho en volver a su casa y reanudar sus clubs y reuniones semanales.

Pasaron meses antes de que Doug me informase del siguiente percance de salud. Charlie había empezado a tener alucinaciones; no solo veía destellos o sombras, sino seres extraños y pintorescos que parecían haberse instalado en su estudio. Los médicos no sabían muy bien qué pensar. Podían ser los primeros síntomas de la demencia o de un tumor cerebral. En todo caso, no pintaba bien.

Dio la casualidad de que, unos años antes, un amigo mío había escrito un artículo sobre las alucinaciones de su padre en la vejez, y al leerlo me enteré del síndrome que padecía: algo tan poco peligroso como la pérdida de visión. El cerebro funciona perfectamente; de hecho, funciona de más para llenar el campo visual cuando los ojos ya no le aportan datos suficientes. Vaya, que se inventa cosas.

Parecía un posible diagnóstico. Según el artículo de mi amigo, el aspecto más peligroso de este trastorno era que a los pacientes podían asustarlos sus propias visiones, o infundirles miedo de volverse locos, así que crucé la calle para hacerme una idea del estado de ánimo de Charlie.

«Es rarísimo —me dijo cuando nos sentamos en su estudio—. Veo personas, animales y cosas con la misma claridad con que te estoy viendo a ti, o más. ¡Mira! —dijo, señalando el cofre donde tenía expuestas sus pistolas de duelo, recuerdo de sus aventuras en Perú. Seguían donde siempre, a diferencia del monito, Bill Duncan,

fallecido tiempo atrás—. ¿Lo ves? —No me dio tiempo de contestar —. No, claro que no; no lo ves porque no está».

Le expliqué lo poco que sabía del síndrome de Charles Bonnet, nombre de un científico del siglo XVIII que había descrito el trastorno al observarlo en su anciano padre, un hombre en perfectas facultades mentales —como él—, pero medio ciego. Las cosas que se ven varían en función de las personas, pero suelen ser benignas. Algunos enfermos ven personajes de dibujos animados. Leí el caso de un hombre que veía vacas pastando en la alfombra de su sala de estar. El padre de mi amigo el del artículo comentó una vez que la carretera estaba sembrada de letreros en hebreo.

«¿Y qué pone?», le había preguntado mi amigo.

«Sabes perfectamente que no sé leer hebreo», fue la respuesta de su padre.

Charlie asintió con afabilidad a mis explicaciones. Al principio le habían preocupado las imágenes, pero me dijo que ya no le parecían tan graves. A la gente le podían pasar cosas mucho peores. Lo sabía por experiencia.

Vaya, que le quitó cualquier importancia a una fractura de tobillo y no se dejó afectar por las alucinaciones. A pesar de todo, cuando le hospitalizaron a los ciento siete años por una neumonía, tuve la certeza de que se acercaba el fin.

En su manual de 1892, *The Principles and Practice of Medicine*, uno de los primeros colosos de la medicina moderna, William Osler, señala el elevado índice de mortalidad de las neumonías geriátricas. «Se ha descrito —escribe— como el final natural del anciano». De

hecho, es tal la eficacia con que pone fin, con relativa compasión, a la existencia humana, que se ha ganado un sobrenombre: el amigo del viejo.

Y para viejo, Charlie. Yo no es que quisiera quedarme sin mi amigo, pero me alegraba el hecho de que hubiera venido a buscarlo un transporte cómodo para llevárselo a casa. Así de filosófico estaba cuando pregunté por el número de su habitación y fui a despedirme de él en el hospital.

Estaba en una habitación grande de uno de los pisos altos de un hospital cercano al centro comercial. «Cortesía entre médicos», me dije. Era de día, pero estaban bajadas las persianas, así que todo estaba sumido en la penumbra. El cuerpo delgado de Charlie dormía debajo de una sábana blanca. Solo se oían sus ronquidos, suaves, como de bebé, y los pitidos con que acompañaba el monitor cardíaco cada pico en la luz verde de la pantalla. Me quedé un momento en la puerta antes de volver al pasillo con sigilo.

Fue donde me encontró minutos después una enfermera.

«¿Le puedo ayudar?».

«Venía a ver al doctor White —dije—, pero está dormido».

«Ah, pues pase —me contestó—, que íbamos a despertarlo».

Me acerqué a la cama de Charlie y me quedé un momento sin saber qué hacer. Su respiración acompasada se cortó con un bufido y un respingo.

«¿Quién es?», dijo con los ojos abiertos.

Me identifiqué, pidiéndole disculpas por haberle despertado, pero Charlie me miró fijamente y empezó enseguida a conversar. Yo me había acercado de puntillas a su cama como quien entra en una

tumba, pero de pronto volvíamos a ser tan solo dos amigos poniéndose al día de sus respectivas vidas.

Me aseguró que, después de algunas bolsas de suero y antibióticos, se encontraba bastante bien. Nos pusimos a hablar y fue todo como de costumbre. Charlie me explicó la historia de los tratamientos de la neumonía, y me instó a tener presente que Osler había escrito sobre ello antes de que se inventara la penicilina. Luego me contó cómo habían ido construyendo y ampliando el hospital donde estaba, sin olvidarse de mencionar ni un solo pabellón o anexo. También me preguntó por mi familia, y me aconsejó que confiara en que a mis hijos les iría todo bien. Viéndole así, tan vital como siempre, llegué a la inmediata conclusión de que había vuelto a escaparse de las manos del de la guadaña.

Me lo confirmó la entrada de un cardiólogo con bata blanca. Era mi amigo y vecino Matt, antiguo nadador del equipo de Yale. Charlie estaba en buenas manos. Tras consultar los resultados de algunas pruebas en su tablilla, Matt se mostró satisfecho con la recuperación de su paciente y dijo que ese mismo día le darían el alta.

—Apunta este día en el calendario, Matt —le aconsejé—. No creo que des de alta a muchos más pacientes de ciento siete años por una neumonía en tu carrera.

A pesar de los pesares, aún le quedaba un as en la manga.

A los ciento ocho años, finalmente, Charlie perdió su autonomía. Ya no podía vivir en su casa, ni siquiera con la ayuda de Madelyn y Doug. Se instaló, pues, en una residencia de alto *standing* donde podía pasar tiempo con Mary Ann en el vestíbulo, cogidos de la mano.

Un día Doug me dijo que Charlie se debilitaba por momentos. Era la primera vez que les decía a sus seres queridos que se encontraba cerca de la muerte, asegurándoles que estaba preparado. El amplio círculo de amigos y admiradores de Charlie se armó de valor en previsión de que el destino le iba a agarrar por el cuello. Pero al valle del Misuri llegó otra vez la primavera, los árboles abrieron sus sombrillas verdes de verano y Charlie cambió de opinión. Faltaba poco para su cumpleaños y, al estar tan cerca, decidió que, ya puestos, cumpliría los ciento nueve.

Qué impropio de Charlie, me dije, imaginarse que podía controlar algo tan poderoso y caprichoso como la muerte… Una de las enseñanzas básicas del estoicismo es que la muerte tiene su propia agenda; puede llegar en cualquier momento, y la única certeza es que lo hará tarde o temprano. Por eso, en palabras del filósofo y dramaturgo romano Séneca, «no pospongamos nada. Hagamos balance cada día en el libro de cuentas de la vida». Charlie siempre había vivido con esa actitud, excepto ahora, al poner rumbo a los ciento nueve y posponer su último balance.

Del esplendor de mayo se pasó a un junio algo más cálido y a un julio sofocante. Los días iban sucediéndose, largos y calurosos, hasta que, en uno de ellos, sonó mi teléfono y Doug me dijo que Charlie había muerto. La verdad es que yo había perdido la cuenta del tiempo que llevaba esperando esa llamada. Miré un calendario… y sacudí la cabeza, un poco mareado de sorpresa y alegría, sentimientos tantas veces asociados a Charlie dentro de mí. Era el 17 de agosto de 2014.

Se había marchado sin hacer ruido, de madrugada, justo después de cumplir un año más.

El funeral de Charlie congregó a cientos de personas. Nuestros cuatro hijos se pasaron los veinte minutos de trayecto hasta la iglesia episcopal de Saint Paul absortos en el vasto universo digital que les brindaba una pantalla personal. Al frenar delante de la entrada, se deslizó como por arte de magia la puerta del miniván. Pasamos del aire acondicionado de nuestro vehículo al de la iglesia. Sobre nosotros, a una altura que dificultaba verlos, unos tubos de aluminio transportaban a miles de pasajeros por el continente a cientos de kilómetros por hora. Lo que empezó hace más de un siglo entre caballos, carretas y lentos trenes llegó a su conclusión en un mundo muy distinto.

El templo, con columnas de piedra y vidrieras luminosas, era obra de los habitantes de una ciudad joven, quienes lo habían construido para sentirse como si hubieran estado siempre ahí. Aun así, y pese a la impresión de antigüedad, tenía menos años que Charlie. Nos despedimos con más risas que lágrimas y con más música que lamentos.

«No lo he pensado mucho», le dijo Charlie una vez a un entrevistador que le preguntó por su filosofía de la vida. Durante su última década le visitaron muchos escritores curiosos y otros tantos expertos en historia oral. Explicó sus anécdotas a reporteros de prensa y de televisión, y todos quedaron encantados, como yo.

El entrevistador al que me he referido le hizo una pregunta que parecía una obviedad. Charlie había dispuesto de un siglo para pensárselo. Seguro que sus primeras preguntas sobre el sentido de la vida se las había hecho el día mismo en que un destino cruel le arrebató a su padre. Aun así, la pregunta pareció pillarle desprevenido.

«He ido tirando», dijo al final. Charlie, de hecho, adoptó la filosofía de su madre, «tan sencilla» y que tan bien le fue: «Haz lo correcto». Era, continuó, una filosofía muy práctica. «Hacer lo correcto sirve para un montón de situaciones».

A partir de ahí, se fue animando. «Yo siempre digo: esto pasará». Ante las dificultades, sean cuales sean, «hay que abrirse paso, no ceder terreno y no venirse abajo. Ser negativo no tiene futuro».

Y, para acabar, «no lo hará nadie por ti. Cada uno tiene que remar lo que le toque, o sea, que no bajes nunca los *daubers*, pase lo que pase».

¿Es posible que una vida así, expuesta a semejante vorágine de cambios, a la depresión y la prosperidad económicas, a la guerra y la paz, a la juventud y la vejez, a las alegrías y las penas, se reduzca a algo tan simple?

Muerto Charlie, su familia encontró entre sus cosas un papel con el membrete «Claridge Court». Era la residencia donde había pasado sus últimos días.

Se le había quedado en la cabeza la pregunta del entrevistador y, sintiendo cerca el final, había cogido la libreta para destilar su filosofía de la vida. Usó los dos lados de la hoja, en bolígrafo y con

letra fluida. Era un hombre de acción y escribía en imperativo, con contundencia.

Piensa libremente.

Con esta rotundidad empezó.

Ejercita la paciencia.
Sonríe a menudo.
Saborea los momentos especiales.

La lista de Charlie se iba extendiendo por la página con letra regular y minuciosa, sin tachaduras ni señales de vacilación. Las frases eran todas de pocas palabras, como si el sistema operativo de una vida feliz y productiva cupiera en treinta o cuarenta frases escuetas de programación.

Haz amigos y consérvalos.
Cuéntales lo que sientes a tus seres queridos.
Perdona y procura que te perdonen.
Siente profundamente.
Observa los milagros.
Haz que se produzcan.

Hablaba de confiar bastante en uno mismo a la hora de correr riesgos, de abrirse a las oportunidades y estar dispuesto a aprovecharlas, y también de encontrar belleza en el mundo: el golpeteo de la lluvia, la fugacidad del arcoíris, el resplandor del sol…

Sé blando a veces.

Llora cuando lo necesites.
Equivócate de vez en cuando.
Aprende de tus errores.

Al estudiar la lista de Charlie —sus pasos para una vida plena—, me pareció que cada línea era como una postal o un meme de Facebook. Las enseñanzas que había sacado de vivir más de un siglo eran cosas que ya sabemos por haberlas oído mil veces.

Tras haberle dado vueltas unos cuantos años, sin embargo —años en los que, como el poeta T. S. Eliot, «he visto al eterno lacayo aguantarse la risa con mi abrigo en las manos»—, he llegado a la teoría de que una vida bien vivida se compone de dos partes. En la primera tendemos a la complejización. Cogemos el sencillo mundo de la infancia y descubrimos sus complicaciones. Nada es del todo como parece. Las cosas no son como nos lo han explicado. Decimos «sí, pero…», «por otra parte…» y «quizá no sea tan fácil». Después, si vivimos bastante, pasamos a la segunda fase y optamos por simplificar. A pesar de todos los libros de todas las estanterías de todas las bibliotecas del mundo, al final la vida tiene que vivirse como una serie de momentos discretos y decisiones individuales. Puede que nos enfrentemos a cosas complicadas, pero nuestra manera de reaccionar a ellas es sencilla. «Haz lo correcto», le decía Laura White a su hijo. «Tratad a los demás tal y como queréis que ellos os traten a vosotros», les enseñó un maestro a sus discípulos.

Charlie vivió tanto tiempo que el velo de la complejidad cayó del todo ante sus ojos, y vio que la vida no es tan difícil como tendemos a hacer que sea. Digámoslo mejor así: por muy difícil que pueda ser la vida, la manera correcta de vivirla se convierte en un destilado de

pocas palabras. No es que lo básico nos sea familiar por trivial, sino porque es verdad.

Me parece ahora tenerle delante, con menos vista pero lúcido como un diamante, llenando el papel con sus sencillas verdades:

Trabaja mucho.
Transmite alegría.
Arriésgate.
Disfruta de las maravillas.

Y yo ya tengo mi respuesta, mi libro para mis hijos. ¿Cómo se prospera en una vorágine de cambios? Con los pies en un suelo inamovible.

Agradecimientos

En 2007 elegimos nuestra casa de Kansas por dos razones: porque tenía un dormitorio para cada uno de nuestros cuatro hijos y porque el autocar de la escuela paraba justo al lado. Descubrir enfrente a Charlie White fue pura suerte. Sin embargo, nuestra nueva dirección traía consigo como premio gordo, sin que lo supiéramos, al Mejor Vecino del Mundo. Doug Dalgleish —conocido como «el señor D» por los niños Van Drehle, y como «mi yerno» por Charlie White— se convirtió para mis hijos en un segundo padre, mucho más divertido que el primero, al tiempo que me abría a un universo de nuevas y extraordinarias amistades.

El libro también ha contado con la generosidad y el respaldo del resto de la familia de Charlie, empezando por Madelyn White Dalgleish —la hija pequeña de Charlie— y su hermana Laurie White. Otro de los yernos de Charlie, Jack Moore, se ha prodigado en recuerdos de su suegro (y en consejos médicos siempre que los he necesitado). Bill Grimshaw, el hijastro de Charlie, y su hija, Lois Grimshaw, han compartido sus recuerdos orales y materiales. La verdad es que todo el círculo familiar y de amistades de Charlie ha respondido de forma generosa a nuestras peticiones de ayuda.

Una de mis fuentes más valiosas ha sido la historia oral grabada por los profesionales de Voices in Time, que preservaron la

encantadora voz de Charlie y sus anécdotas predilectas tal como las recordaba yo. Sus grabaciones me han ayudado a aclarar algunas confusiones cuando ya no estaba el propio Charlie para ayudarme.

Este pequeño libro ha tardado mucho en hacerse realidad. Una lista de todas las personas que me han dado ánimos, han aligerado mi trabajo, me lo han hecho todo más llevadero y han dado calor a mi vida con su amabilidad convertiría en grueso un libro que es delgado. «Observa los milagros», aconsejaba Charlie. Siguiendo su consejo, he pensado mucho en el milagro de amor y desvelos con que me han rodeado mis amigos y parientes. (Mi amigo John Herron, historiador profesional sobre Kansas City y otros lugares, ha tenido la bondad de releerme y corregir unos cuantos errores).

Les estoy enormemente agradecido a Henry, Ella, Addie y Clara, los niños con los que tantos libros leí hace tiempo. Gracias por vuestra paciencia. Siempre me alegráis, hasta cuando no lo demuestro. Karen Ball ha sido mi inspiración, y la mejor compañera de equipo que podría tener un escritor. Ella descubrió muchas de las mejores cosas de este libro.

Gracias a Esther Newberg y su equipo de ICM Partners, y también, por su apoyo, a los jefes del *Washington Post* y la revista *Time*, entre ellos Nancy Gibbs, Michael Duffy, Ruth Marcus y el gran Fred Hiatt, que en paz descanse; gracias asimismo a Jonathan Karp, Hana Park, Jackie Seow y toda la pandilla de Simon & Schuster.

Y, entre toda la pandilla, gracias en primer lugar a Priscilla Painton, que puso en marcha esta historia dándome un trabajo de ensueño al contratarme para *Time*. Luego, al hacerse pastora de libros, fue ella quien retomó la historia de Charlie. Editora de talento, es también algo más: un ser humano increíble.

Descubre un testimonio extraordinario que enseña la lección más valiosa: cómo dar sentido a tu vida



Millones de ejemplares vendidos, millones de corazones conmovidos por una historia profundamente humana.

Narra los encuentros semanales entre el periodista Mitch Albom y su antiguo profesor de universidad Morrie Schwartz, con quien se reencontró después de muchos años al enterarse de que sufría una grave enfermedad. El resultado es un libro sencillo e intenso que nos invita a reflexionar, a través de las conversaciones entre maestro y discípulo, sobre temas como la vida, el amor, la familia y los valores. Una formidable lección de vida para todos que se ha convertido en un extraordinario best seller mundial.

Título original: *The Book of Charlie*

MAEVA defiende el copyright©.
El copyright alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del copyright y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que EMBOLSILLO continúe publicando libros para todos los lectores.

Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

ISBN: 9791387664497
Conversión a formato digital: www.acatia.es

* Película muda estadounidense de 1915 dirigida por D. W. Griffith, cuyos avances técnicos no utilizados hasta la época la hicieron una de las más famosas de la historia del cine.

* Considerada la ciudad «más malvada» de Kansas por sus habituales asesinatos por tiroteos entre vaqueros. La ciudad contaba con numerosos salones, burdeles y salas de juego, y la prostitución estaba muy extendida.

* When Coon and Sanders start to play Those Nighthawk Blues you start to sway; Tune right in on the radio Rat-a-tat-tat and say hello! From coast to coast and back again You can hear that syn-co-pated ’frain It’s fair—to declare— Listen to the Nighthawk Blues!